

Juan Eslava Galán

EL VIAJE DE TOBÍAS



Lectulandia

Arrasada por un Virus, la ciudad de Nínibe ha olvidado su pasado y su futuro. Los supervivientes conviven con monos de creación genética bajo el férreo control de la Casa de la Vida. El extranjero Azar llega a la ciudad y acompaña al joven Tobías en un viaje iniciático de final imprevisible. Perseguidos por la policía y por los científicos del IBG, vivirán algunas aventuras en un territorio hostil donde nada ni nadie es lo que parece.

Lectulandia

Juan Eslava Galán

El viaje de Tobías

ePub r1.0

Titivillus 11.05.15

Título original: *El viaje de Tobías*
Juan Eslava Galán, 1992

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Uno

En la esquina de la plaza, pegado al cochambroso muro, había un pasquín: «A los jefes rebeldes yo, Aurnasirpal, los mandé desollar. Con sus pieles tatuadas revestí la pilastra; a algunos los clavé en el muro, a otros empalé y a otros hice clavar en postes. A los magnates y a los oficiales reales rebeldes los castré antes de empalarlos».

El rostro del forastero era el de un hombre que llega de muy lejos. Se detuvo ante el pasquín y descifró lo escrito con aplicada atención. Luego aguardó frente al semáforo, sin dar señales de impaciencia, a pesar de que la solanera del mediodía caía con fuerza sobre el yermo, derritiendo las piedras. De la sombra de los soportales, al otro lado de la plaza, le llegó una voz:

–¡Cruza, hombre! ¿No ves que está apagado? Hace muchos años que ese semáforo no funciona.

Las polvorientas sandalias del forastero dejaron su impronta en el asfalto reblandecido por el sol. Avanzaba con el tranco largo y lento del que no tiene prisa, pero está habituado a caminar grandes distancias. Era alto y enjuto, pero bajo el hábito de estameña que lo cubría desde el cuello a las rodillas, ceñido en la cintura por un cuero, se adivinaba un cuerpo vigoroso y nervudo. Un maltratado sombrero de paja protegía su cabeza. El rostro, quemado por el sol, sugería que la vida de aquel hombre transcurría a la intemperie. El dorado cabello escapaba en bucles bajo el sombrero y le orlaba el cuello. Las facciones del rostro eran casi indiferentes. Todo lo anulaba la viveza magnética de los grandes ojos azules. Una mirada candente que el hombre de los soportales recordaría durante toda su vida. Bajó la suya al banco de madera donde trabajaba y respondió a la pregunta del forastero:

–Nínibe es aquella ciudad de allá enfrente –su dedo señalaba una dirección precisa, pero entre el objetivo y la mirada del forastero se interponían las míseras casas del otro lado de la plaza–. Ya no se llama Babilonia. Ahora se llama Nínibe. Es la capital de los asirios –dejó transcurrir un breve silencio antes de inquirir–: ¿Es que piensas ir a Nínibe?

–Sí –respondió indiferente el forastero.

El hombre que trenzaba eneas para reconstruir el asiento de un reclinatorio ofreció su humilde morada al visitante. El recién llegado se acercó al sudoroso botijo, que se oreaba en un rincón del portal colgado de un gancho, y bebió de él. Alejaba de sí la vasija para que el chorro cristalino rebotara en la punta de la lengua y le salpicara la boca inundándola de agradecida frescura antes de deslizarse, a caño lleno, por la reseca garganta. Luego se enjugó los labios y el rostro con el dorso de la mano, volvió a colgar el botijo y se sentó en el poyo de piedra, frente al tejedor.

–¿Dónde está la gente, durmiendo la siesta? –preguntó mientras abarcaba la desierta plaza con un gesto.

El otro negó con la cabeza, sin levantar la mirada de su hacienda.

–Muchas cosas han cambiado en el mundo –respondió–. No lo reconocerás

fácilmente. Te has parado delante del semáforo sin necesidad. Ahora es un adorno. Ya no hay automóviles. Se acabó el petróleo. Tampoco hay electricidad, o, al menos, no la hay aquí. En Nínibe sí la disfrutan, aunque racionada: dos horas diarias o algo así. Aquí puedes encontrar pilas para la radio en el mercado negro. En Nínibe es más fácil, pero nadie puede entrar ni salir de la ciudad prohibida.

–¿Es eso todo lo que ha cambiado? –preguntó el forastero examinando la desierta plaza con la mirada.

–Depende del tiempo que hayas estado ausente –dijo el tejedor.

–Mucho.

–Babilonia pasó –tornó a decir el tejedor–. Y cuanto siguió a Babilonia también. Un virus terrible destruyó las naciones al filo del milenio. De aquella peste, solamente se salvaron unos pocos miles de hombres y mujeres que se encontraron como huérfanos en un mundo despoblado y hostil. De éstos, la mitad murió. La enfermedad se transmitía por la saliva, por el semen, por la leche, por la sangre, por los otros humores del cuerpo humano. Si te acercabas a un enfermo y una partícula de su saliva iba a parar a tu piel, fatalmente contraías la enfermedad. La locura se apoderó de los hombres. Perseguían a los sospechosos y los mataban como a alimañas, los rociaban con gasolina, los quemaban... Quedó un puñado de ciudades, repartidas por toda la tierra. Nínibe es una de ellas. Me llamo Aman. Toda mi vida ha transcurrido en este pueblo frente a la ciudad, pero nunca la he pisado. No está en mi mano. Los que vivimos en el campo no podemos penetrar en Nínibe. Tampoco sus habitantes pueden abandonarla si no es para siempre, cuando los destierran. Ellos son los Limpios. No están infectados por el Virus. El Virus habita entre nosotros, los del campo. Antiguamente, acababa por contagiarse. Ahora hace ya varias generaciones que el mal remitió y no se muere nadie de esa enfermedad. Sin embargo, el Consejo de la Casa de la Vida que gobierna Nínibe mantiene las antiguas restricciones. Los Limpios necesitan de nosotros para sobrevivir. La carne y el trigo y el aceite, las frutas y las verduras que consumen se las enviamos nosotros. Y nosotros necesitamos de ellos. De la ciudad recibimos medicinas, droga y, lo más importante de todo. Monos. Porque has de saber que nosotros no trabajamos el campo: los Monos lo hacen por nosotros. Pero los Monos proceden de Nínibe. Allí están las granjas donde los fabrican y los crían.

–¿De qué Monos hablas? –preguntó el forastero.

–En realidad no son exactamente Monos. Son medio hombres y medio monos. Combinaciones de ingeniería genética. No son muy inteligentes, son incapaces de aprender más allá de dos o tres frases sencillas, pero entienden media docena de órdenes simples y están entrenados para trabajar la tierra. Aran, siembran, siegan y cuidan el ganado. Y en la ciudad hacen otros trabajos desagradables para los Limpios, recoger las basuras y cosas así. El hombre se ha liberado de la antigua servidumbre del trabajo. El Estado lo mantiene y vela por su bienestar a cambio tan sólo de su fidelidad incondicional, de su observancia de la ley. Nínibe es el paraíso. El campo es

el infierno de los desterrados. Al campo vienen los delincuentes que son expulsados de Nínibe, así como sus descendientes. En torno a Nínibe existe un cinturón vacío de cinco kilómetros de profundidad que patrullan continuamente guardias con perros. Si encuentran a alguien merodeando por allí, animal o persona, lo matan sin remisión y dejan el cadáver a los buitres. Desde las alambradas del límite se ven, a lo lejos, blanqueando al sol, las osamentas de los transgresores.

El forastero permaneció largo rato en silencio. Inclinado en su asiento, un codo apoyado en la rodilla, trazaba con la otra mano ciertos arcanos signos sobre el polvo del suelo.

Se levantó viento. En la casa contigua, el postigo mal ajustado de una ventana daba rítmicos portazos. A cada golpe lo precedía el chirrido de los oxidados goznes.

Al otro lado de la plaza, una casa más grande que las otras, que había sido el Ayuntamiento, mostraba en lo alto de su descarnada fachada la esfera de un reloj sin agujas. Algunas certeras pedradas, lanzadas por manos antiguas, ya muertas, habían desconchado la porcelana, dejando la chapa a la intemperie. De los rodales descendían chorreras de óxido, que rebasaban los límites del reloj y se confundían con el carcomido ladrillo. Había también, en la fachada del antiguo Ayuntamiento, un balcón corrido de hierros oxidados. Adosadas a sus barrotes, quedaban letras de madera pintada, tachonadas de portalámparas renegridos que un día sostuvieron bombillas. En ellas podía leerse:

FELIZ NAIDAD

–Falta la uve –observó el forastero. Hablaba como para él, aunque en voz alta, como suelen hacer las personas habituadas a la soledad.

–¿Qué? –preguntó Aman levantando la mirada de su trabajo.

El forastero hizo un gesto con la cabeza hacia el ayuntamiento.

–Decía que falta la uve. En el letrero.

–¡Ah, sí! –respondió Aman–. Falta desde hace muchos años. Es la letra inicial de la palabra Virus. Mucha gente la evita porque trae mala suerte. Corre mucha superstición en estos tiempos. Creo que la fabricación y venta de amuletos es uno de los grandes negocios de la ciudad.

–Debo penetrar en Nínibe. Lo que he de hacer me aguarda allí –dijo el forastero.

El aire se doraba con la arena en suspensión. Una tolvanera desde una de las bocacalles vagó por el espacio abierto de la plaza, aventando las mil partículas que se acumulaban en los devastados parterres de los antiguos jardines municipales.

–¿Existe algún sitio mejor que otro para penetrar en la ciudad? –preguntó el forastero.

–Todos son malos –respondió Aman–. Cuando pases la alambrada estarás a merced de cualquier patrulla de guardias. Ve con cuidado. Son sanguinarios y crueles, como todos los asirios. Si están aburridos, sodomizan y despellejan a los transgresores antes de empalarlos. Los sodomizan con perros. Ellos no se atreven por atavismos heredados del tiempo en que había miedo al contagio. Son crueles estos

asirios. No hay sitio bueno para pasar la zona de seguridad, pero hay una hora que puede ser menos mala que las otras. Cuando se asienta el viento y baja la marea, a la caída de la tarde, el río deja escapar los efluvios y miasmas de toda la basura química que contiene. Antes del Virus, lo contaminaron tanto que quedó envenenado y podrido para siempre. Ese olor que emponzoña el aire entorpece el olfato de los perros y puede impedir que sigan tu rastro.

Tornaba a soplar Pazuzu anunciando el atardecer. Para los asirios y babilonios, Pazuzu era el demonio que encarnaba el viento del suroeste, procedente del desierto. En los amuletos se representa a un hombre sonriente provisto de alas, en cuyo dorso puede leerse, escrito en caracteres cuneiformes: «Yo soy Pazuzu, hijo del rey de los espíritus malignos, el que desciende con gran ímpetu de las montañas y trae las tormentas. Éste soy yo».

Una tormenta de polvo se abatía sobre la desierta aldea, enterrándola aún más y enturbiando el aire. El forastero se protegió el rostro de la punzante mordedura de la arena con su sombrero.

–Mejor será que entremos –dijo Aman arrastrando su silla al interior.

Se refugiaron en la vivienda. Aman cerró la puerta y la aseguró con dos trancas de palo. Un pasillo empedrado atravesaba la casa y desembocaba en el ruinoso corral, donde una parra verdeaba por el suelo sobre el emparrado desplomado. El patio olía a letrina. Aman orinaba cada mañana en el alcorque de la parra, para abonarla. Aseguró también la puerta del corral e hizo pasar al forastero a la mejor estancia de la casa, una pieza donde había una mesa redonda con tarima agujereada a la medida del invernal brasero. Abrió una alacena y colocó sobre la mesa dos tazas desportilladas asignando a su invitado la más presentable. Luego encendió fuego, laboriosamente, en el hornillo que había en un ángulo de la habitación, bajo la chimenea de yeso. Calentó una olla de porcelana.

–He cocinado algo especial en tu honor –declaró volviéndose hacia su invitado.

El forastero sonrió. Aman notó que era la primera vez que lo hacía desde su llegada. Había una cualidad siniestra en los dientes del forastero, inmaculadamente blancos y parejos, que parecían brillar malévolamente sobre el fondo oscuro de la curtida piel de su rostro.

Comieron en silencio. El guiso estaba delicioso. Era lo que los iraquíes actuales conocen todavía por *muloqiya*: brotes de ese arbusto aromatizados con ajo y coriandro y cocinados en caldo de cordero o de pollo. Se sirven sobre una base de arroz, tostones de galleta y dados de cordero. El forastero tomaba pequeñas pellas de alimento y las masticaba despacio. Meditaba sobre lo que Aman le había referido de la ciudad. De vez en cuando, le hacía preguntas sobre algún aspecto del problema.

El problema era, entonces como ahora, vivir. La palabra vida es una palabra amable, suave como el terciopelo o como la piel de la serpiente mamba. Vivir es, por el contrario, un áspero exabrupto. La realidad, es decir, la vida, está determinada por las palabras que nos habitan. Yo vierto en palabras nuevas –que pronto pasarán

también— aquellas palabras antiguas, rescatadas del olvido, en que los hombres antiguos contaron este cuento. Ya son podredumbre y nada, fétidos orines que, sin embargo, reverdecen los pámpanos y renuevos del decaído emparrado. Vino que nos embriagará cuando nos sintamos solos y nos acercará a la verdad por intrincados caminos, es decir, nos hará dioses durante el tiempo que dure su influjo.

Cuando remataron la cena se apagaba ya la tarde. El viento se había echado. Entonces se pusieron en camino. Recorrieron dos o tres calles polvorientas y desiertas, hileras de casas abandonadas y ruinosas, muros leprosos.

Escribo *leprosos* traduciendo así la palabra *saraʿat*, que aparece en este pasaje en casi todos los textos.

Salieron al campo, una sucesión de pedregosas colinas deforestadas (*jesimón* y *tsia* dice el texto hebreo, es decir, desolación y yermo) que se extendía hasta la indecisa línea del cielo. El sol poniente iba pintando sombras en las vaguadas, a la vez que doraba las alturas de los cerros. En aquel yermo crecían libres la grama y el cardo, el jaramago, el cantacuco y la zarza lobera. Sólo las planicies más cómodas, abiertas, estaban cultivadas: dorados campos de cereal suavemente mecidos por las brisas. Algunos habían sido ya segados, y en su áspero barbecho pastaban los ganados bajo la vigilancia de pastores remotos e inmóviles. Otros lo estaban siendo entonces. El forastero y Aman pasaron cerca de una cuadrilla de segadores. Hasta nueve figuras uniformadas con pardos guardapolvos, en cuya espalda podía leerse un número de identificación y las siglas IBG en rojo. Con torpe parsimonia se inclinaban sobre la mies, tomaban manojos de espigas, las degollaban con sus pequeñas hoces de madera y pedernal, e iban colocándolas sobre un ramal tendido en el suelo. Detrás quedaban las gavillas, unas en pie, otras tumbadas, en espera de que los barcinadores las transportaran a las eras.

—¿Son los Monos? —inquirió el forastero.

—Sí —respondió Aman—. Trabajan catorce horas diarias. Se afanan de sol a sol y comen una vez al día, de noche, una ración de papilla que fabrica para ellos el IBG. Pero no se rebelan. No se percatan de la atroz existencia que arrastran. Ya te digo que los fabrican con la inteligencia justa para trabajar en las tareas más penosas. Su mera existencia es ya un consuelo incluso para los proscritos, porque, al compararnos con ellos, nos consideramos muy afortunados.

—¿Y no hay capataces? —inquirió el forastero—. No se ven por ninguna parte.

—Nominalmente los capataces somos nosotros, los Sucios. Pero en realidad no hace falta vigilarlos. Trabajan a ese ritmo lento, tanto si hay humanos presentes como si no los hay, y sólo descansan cuando reciben orden de descansar. Son como los asnos de las norias, lentos y constantes. No causan problemas. El trabajo del capataz se reduce a asignarles la tarea diaria, a señalarles el haza que han de segar y a regresar, terminada la jornada, para traerles la papilla. A veces también hay que administrarles algunas medicinas, aunque raramente enferman. Y si la enfermedad es grave, o cuando se ponen viejos, se devuelven a Nínibe, al IGB. Supongo que los

matan allí. Nunca regresan. Es lo que las tablillas oficiales denominan «tratamiento terminal».

Cuando rebasaron el grupo de Monos, el forastero volvió la cabeza y notó que dos o tres de ellos habían interrumpido momentáneamente la labor para contemplarlo. Sorprendidos en su curiosidad, se inclinaron enseguida sobre la mies y reanudaron aceleradamente la tarea, intentando ocultarse detrás de otros, como niños cogidos en falta.

Los Monos tenían enormes cabezas casi esféricas. Su tez era flácida y amarilla, completamente limpia de vello. Los rasgos mongólicos y la fuerte mandíbula desprovista de mentón les otorgaban un aspecto bestial, pero la mirada opaca, casi sepultada entre los pesados pliegues de grasa de los párpados, no traslucía la menor agresividad. Tampoco el menor ápice de inteligencia o discernimiento que les permitiera percatarse de su condición esclava. Parecían totalmente indiferentes a su suerte, lo que podía ser una forma de felicidad.

Todavía anduvieron un buen rato Aman y el forastero por un camino de polvo acribillado por las rodadas de los carros agrícolas. Finalmente remontaron una suave loma desde cuya cima se podía contemplar, dilatada y espectral, la ciudad.

Recortada sobre la línea del horizonte, por donde se desangraba la puesta de sol, aparecía Nínibe: minuciosa y profunda como un cadáver inmemorial. Era la ciudad, en su brumosa distancia, una sucesión de líneas y planos oscurecidos por el aire del teñido incendio que los rodeaba. Las construcciones más altas destacaban sobre el casal de la ciudad vieja, como las torres, reyes y alfiles destacan sobre los humildes peones en un desordenado tablero de ajedrez. Sólo que aquí no había piezas negras y blancas: todas eran grises. Los edificios parecían amasados por el polvo de la distancia. En el atormentado corazón de la ciudad, elevando su forma poderosa como un índice que se alzara al cielo, como una onírica escala, como un trabajoso menhir, la torre del zigurat extendía la pesantez oprobiosa de sus terrazas escalonadas para recibir la caricia dorada de los rayos del sol poniente.

Había en aquella ciudad terrible, tendida en la desértica llanura, una uniformidad de cementerio. El forastero pensó que la presidía la quietud de las cosas muertas, pero luego advirtió que por el lado de Poniente se elevaba una densa y delgada columna de humo negro, único vestigio de vida en aquella fantasmal estructura.

—¿Y aquel humo?

—Es del IBG, es decir, el Instituto de Biotecnología Genética. De una u otra forma todos los Limpios que habitan la ciudad trabajan para él. Es ahí donde se fabrican los Monos y los animales útiles y todo lo demás: comida, medicinas, droga, objetos, lo que sea. Aunque algunas mercancías llegan de fuera, de otras ciudades, por el puerto fluvial, hasta la Casa del Comercio.

—¿Has dicho «animales útiles»? —se extrañó el forastero—. ¿Qué animales útiles?

—Animales que dan carne y trabajo. Los campos se aran con un híbrido de buey y mulo muy dócil y resistente. Se adapta bien a la estatura y conformación del Mono

que maneja el arado. Otra variedad, de mayor alzada y pezuña entera, sirve para tirar de los carros y para halar las barcazas que suben y bajan por el río. Para carne, han conseguido una mezcla de cerdo y ternera, de estómago simple, adaptado a digerir jugos químicos. Engorda rápidamente y su carne es rica en proteínas. También cultivan una especie de gacela ciega de cuyo bazo se extraen las GM-CSF. Sirven para obtener preparados farmacéuticos. Pero los experimentos del IGB no se han limitado a la fabricación de Monos y animales útiles, sino que han ido mucho más lejos. Circulan extrañas historias, algo más que simples rumores. Se dice que en el Instituto Genético hay una sección zoológica ocupada enteramente por mutantes.

–¿Mutantes?

–Sí, así se llama a las criaturas resultantes de experimentos. Han conseguido transferir rasgos humanos a los animales y viceversa. No sé si me estoy expresando correctamente. Puedes imaginarte que en estos tiempos la definición de humano es imprecisa. En realidad, ¿dónde está la frontera de lo humano? Los propios ingenieros y biotécnicos son, en parte, producto de mejoras genéticas introducidas por sus antecesores; fueron diseñados ya en el huevo materno para ser lo que son.

El forastero no hizo comentario alguno. Aman prosiguió:

–Hoy existen pocas personas que sean fruto de la unión sexual entre macho y hembra. Eso ha quedado para los perros, para las ratas y para otros parásitos incontrolados. Los óvulos humanos se fecundan científicamente en probetas, y sólo cuando pasan el exigente control del IBG, son implantados en la matriz de la receptora para que el embarazo prosiga su curso natural. Si alguien quiere tener un hijo y recibir la ayuda estatal –sin la cual nadie puede realmente vivir–, se inscribe en la lista de aspirantes y aguarda el permiso. Las leyes de la herencia son estrictas. No todo el mundo puede casarse con todo el mundo y engendrar hijos. Los asirios han movido pueblos enteros, han deportado muchedumbres, asignado barrios a las naciones, calles a los países, casas a las ciudades. Hurritas, acadios, amorritas, hititas, hebreos, eblitas, nómadas del desierto nabateo, todos viven aparte los unos de los otros. Un comité del IGB investiga los permisos de embarazo. También se producen preñeces fortuitas, por el procedimiento natural, pero es raro que éstas lleguen a buen término. Suelen malograrse antes de los cinco meses. Creo que el asunto tiene algo que ver con la comida. Las galletas energéticas, a las que todo el mundo está acostumbrado, deben contener ciertas sustancias abortivas ante las que sólo los óvulos implantados por el IGB están inmunizados.

–Pero, ¿es que nadie puede prescindir de la comida preparada por el IGB? –preguntó el forastero.

–Es prácticamente imposible. La IGB lo controla todo: ella produce, da trabajo y paga. El subsidio estatal tiene la forma de una especie de bonos que se canjean en sus Centros de Salud y Bienestar. Fuera de la IGB existe poca actividad. Sólo el mercado negro, fraudulento, perseguido por los inspectores y guardias de la IGB y escrutado por un sinfín de soplones voluntarios. En la ciudad casi todos son confidentes de la

policía. Están ansiosos por hacer méritos a ojos del Estado. Sin embargo no todo es malo, si bien se mira. Antes del Virus, según cuentan los que dan charlas por la radio, no había reposo para el corazón del hombre; el individuo se veía abrumado por el trabajo en la ciudad, los campos eran lugares de gemidos, tenía que ganarse el sustento con el sudor de la frente, ¡Con el sudor de la frente! ¿Puedes imaginar semejante aberración? Ahora la Casa de la Vida –así llaman al IGB en la ciudad –vela por las personas confiadas a su tutela. Todo el mundo recibe lo necesario para subsistir y los Monos hacen el trabajo de los hombres, o, al menos, casi todo el trabajo. Si uno es fiel a la Casa de la Vida, los asirios pueden promocionarlo, ascenderlo a guardia o hacer a su hijo funcionario del Estado. Es lo que todos ambicionan en la ciudad.

Comenzaba a oscurecer. Un resplandor rojizo en las nubes altas disputaba a la unánime noche su dominio. Aman y el forastero llegaron a un punto donde el tortuoso camino de carros se desdibujaba y perdía en medio de un terronal tachonado de tizones quemados. El aire se había adensado y era pestilente. Vapores pantanosos se concentraban en los puntos más bajos del terreno.

–Solamente puedo acompañarte hasta aquí –dijo Aman deteniéndose–. Ahí delante comienzan las alambradas. Continúa caminando en esa dirección, dejando siempre a tu espalda la estrella del Perro y, si tienes suerte, después de un par de horas de camino llegarás a la ciudad. Guárdate de las patrullas de guardias.

El forastero asintió grave, con la cabeza. Luego abrazó brevemente a Aman, como hacen los orientales en las despedidas, y prosiguió su camino en solitario sin volver la vista atrás. Aún no se había difuminado su alta figura en la oscuridad cuando Aman alzó la voz y le preguntó:

–¿Cuándo volveremos a vernos?

–No lo sé. Ya sabes que no depende de mí –respondió el que se alejaba, y Aman percibió vagamente que señalaba con el dedo al cielo mientras decía estas palabras.

Cincuenta metros más adelante estaba el límite permitido a los Sucios. Una zanja, medio cegada por la arena, marcaba el perímetro de la ciudad prohibida. Al otro lado, se alzaba un terraplén coronado por una espesa línea de alambre espinoso. Era más un símbolo que un verdadero obstáculo. A intervalos de veinticinco metros carteles metálicos, muy apedreados y enmohecidos, sonaban agitados por el viento sobre sus clavos ya flojos, como monótonos tañidos de campanas. El forastero se detuvo ante uno de ellos y lo descifró a la dudosa luz de las estrellas:

ÉSTA ES LA TIERRA DE NÍNI E PROHIBIDO EL PASO BAJO PENA DE MUERTE

Estaba escrito en cuatro idiomas: cuneiforme asirio, hebreo, latín e inglés. La *be* de *Nínibe* había sido cuidadosamente borrada a martillazos.

Dos

En estos amaneceres de primavera anticipada, en la eternidad que media entre la naranja y el azahar, descanso mi gastada vejez en el sillón de madera, delante de la mesa camilla pegada a la ventana y dejo correr mis cansados ojos por el devastado paisaje de la ciudad. Porque escribo esto que escribo, recuerdos de mi juventud, sé que estoy vivo, y porque al escribirlo odio y amo. Un alto caballero londinense, cuya voz descendía en otro tiempo hasta estos lodos mesopotámicos, dijo que la cultura crece como la hierba mientras que la civilización se construye como un puchero o como una herramienta. En los intersticios y grietas de las reventadas aceras, cuando yo era joven –tanto hace, que me parece que tengo los recuerdos de otro–, se criaban escuálidos matojos. Escribo porque espero la muerte y escribir es remontar, a cansadas y lentas brazadas, la corriente impetuosa de este río apacible que me lleva a la nada. Otro lo ha llamado amargo camino en espiral. Tanto da. Me resisto a escribir para que otros me lean. Escribo para apagar mi voz, no para hacerla oír, para hurtar mi destino y para adormecer mi conciencia. Son, otra vez, palabras del otro. El peso de los difuntos es tal, la cansada memoria del mundo pesa tanto, que ya no es posible decir algo que no se haya dicho antes alguna vez.

Cierro los ojos y contemplo al forastero la víspera de nuestro encuentro. El forastero descendió al fondo del foso. Las miasmas fluviales se concentraban en aquella hondonada. El aire era tan irrespirable que el hombre contuvo el aliento y anduvo unos veinte pasos, a lo largo de la artesa del barranco, hasta encontrar, en el escarpe interior, una terrera derrumbada que le facilitó el ascenso al terraplén. Cuando lo hubo salvado, se detuvo, inhaló profundamente y miró al cielo, examinando las estrellas. Aunque la niebla las desdibujaba, no era difícil orientarse. Alo lejos titilaba una fila de luces azules. El hombre dedujo que corresponderían al edificio gris del IGB. Volvió la cabeza para asegurarse. Detrás de él, alto en el turbio cielo, brillaba el ojo frío de la Polar. Sorteó sin esfuerzo la alambrada, primero una pierna y luego la otra, recogién dose la túnica para evitar que se enganchara en las púas de alambre oxidado. Tras la alambrada se extendía el pedregal improductivo, un yermo inhóspito invadido de matorrales y espinos. El forastero se internó por sus vericuetos siempre con la mirada puesta en la línea de luces azules. A veces cambiaba de rumbo, demorándose para evitar las vaguadas y hoyos donde se remansaban las emanaciones pestilentes. No tenía prisa. A medida que progresaba, aquella fétida niebla se adensaba. La mortecina luz de las estrellas se reflejaba en ella con una lechosa fosforescencia que daba al yermo una apariencia fantasmal. El mundo parecía malvado y enfermo, quizá muerto ya, en aquel páramo solitario sumido en el duro silencio que sucedía al croar de ranas y al zumbido de las chicharras de la tierra de los Sucios que había quedado atrás. Pero el forastero, lejos de amedrentarse, continuaba su marcha a buen ritmo, con la impavidez de un autómat a. A veces sus sandalias tropezaban con fragmentos metálicos diseminados entre los guijarros o pisaban el

terreno inestable que cubría los montones de basura plástica semienterrados por el viento arenoso. Tales vertederos menudeaban más a medida que el intruso se aproximaba a la ciudad dormida.

Algunas inmóviles sombras dispersas por el campo extrañaron al visitante, hasta que comprobó que no eran sino restos retorcidos de chatarras antiguas: automóviles calcinados, máquinas agrícolas desgazadas, contenedores semisepultados, generadores desplomados, aplastados depósitos de antiguos silos, variados vestigios de la industria y el quehacer de los hombres en los tiempos anteriores al milenario. Las mordientes ráfagas del Bóreas, al que los asirios llamaban «matacabras» – traducción literal–, ululaban entre los intersticios de la chatarra y a veces emitían vibraciones casi orgánicas parecidas a largos lamentos y solos de violín en manos de un desmañado principiante. Pero, fuera de estos circunstanciales sonidos, el forastero percibía únicamente la grava crujiendo rítmicamente debajo de sus pisadas en medio del silencio de la noche.

Un canal con escarpes de cemento se interponía entre el intruso y la ciudad. Por unos peldaños descendían hasta la seca artesa del fondo. Caminaba por el hondón, entre basuras, cuando, de repente, un fosforescente meteoro se elevó silbando desde la cima de una colina vecina y estalló iluminando el campo como si fuera de día, llenándolo de sombras contrastadas. Una bengala. La luz descendía lentamente, prendida de su paracaídas de juguete. El hombre detuvo su marcha y escrutó el entorno con un gesto de resignado fastidio, como la fiera que acaba de caer en la red.

A la viva luz del artefacto, cinco formas se recortaron sobre el escarpe del canal. Guardias. Sus chalecos de cuero cubiertos de placas metálicas superpuestas como las escamas de los peces producían un tintineo acompasado a los movimientos de sus portadores. Se cubrían las cabezas con yelmos de hierro rematados en un mango que les acrecentaba la estatura. Los rostros eran idénticos. La misma mirada escrutadora en todos ellos y la oficiosa ferocidad de los mismos ojos oscuros, los mismos pómulos huesudos renegridos por el sol y la intemperie, las mismas barbas y cabellos endrinos adornados con aquellos característicos tirabuzones con que los asirios gustaban de modelar su cabello. Uno de los arqueros, el jefe, aunque ningún signo exterior lo distinguía, se dirigió al forastero con su voz metálica y agresiva:

–¡Quédate donde estás! La desolación se lee en tu figura y vagas por el llano.

El forastero obedeció. Inmóvil, observó a sus captores mientras se aproximaban. En su rostro impasible no se dibujaba inquietud alguna. Ello sorprendió a los guardias, aunque pensaron que quizá el hombre pertenecía a alguna de aquellas sectas de locos que pretenden la indiferencia ante el dolor y la muerte.

Dos de los guardias traían, sujetos a sus correas, sendos perros de guerra, otro hallazgo de la ingeniería genética de los asirios. Extrañamente, aquellos agresivos canes, que enloquecían al percibir el olor del miedo, no pugnaban por arrojarse a la yugular del intruso sino, más bien, por huir de él. Desesperadamente latían con los desencajados ojos en blanco, ahorcándose en sus correas, y no parecían sentir dolor

alguno cuando sus amos los fustigaban sin piedad. Los guardias no comprendían el absurdo comportamiento de los animales.

–Dinos tu nombre antes de morir –ordenó el jefe de la patrulla.

El forastero sonrió mostrando los blancos dientes, que brillaron a la luz de las antorchas. Su enigmática sonrisa turbó a sus captores:

–Solamente los dioses deciden sobre nuestra muerte y sobre nuestra vida, pero no revelan el día ni la hora –dijo tranquilamente–. Preguntáis por mi nombre antes de morir y es la piadosa costumbre de muchos pueblos conceder el último deseo a los condenados. Varios nombres tengo, como cada hombre y como cada cosa. Os diré uno –hizo una pausa y añadió con sencillez–: Me llamo Azar.

Los perros aullaban desesperadamente, enloquecidos por el pánico, y pugnaban por romper las correas que los retenían.

–¿Última voluntad? –acertó a repetir el jefe de la patrulla. Se había contagiado de la extraña agitación de sus canes y no sabía a qué atribuir tan incómoda e inédita sensación. Temía que sus hombres se percataran de ello y anduvieran luego bromeando a sus espaldas, así que hizo un esfuerzo por sobreponerse y dijo abroncando la voz:

–Eres tú el que va a morir, perro babilonio. Y saldrás bien librado si te concedemos una muerte rápida y clemente –se volvió a sus hombres y preguntó–: ¿Lo empalamos?

El que sostenía la chisporroteante tea dijo:

–Es de noche y nos queda aún mucha ronda. Degollémoslo sin más y prosigamos.

–Eso pienso yo –dijo la voz del lancero que apoyaba su agudo hierro entre los omóplatos de Azar.

El jefe de la patrulla se terció el arco a la espalda y, acentuando su fría sonrisa, comenzó a desenvainar la espada con parsimonia. Miraba a los ojos de Azar mientras le sonreía cruelmente.

–Has tenido suerte, caminante –quiso bromear–. Ni siquiera te vamos a despellejar antes de rebanarte el pescuezo.

Los maestros de armas hititas, descendientes de los míticos herreros, describen en sus tratados ese instante fugaz que existe en el acto de desenvainar la espada, cuando la punta del hierro acaba de abandonar la vaina, en el que el arma está apuntando al cuerpo del que la empuña y todavía no se ha vuelto contra su enemigo. Azar aguardó a ese instante. Con la celeridad de un relámpago empujó el acero contra el pecho del hombre que lo sostenía. El jefe de la patrulla sintió, con pasmo y curiosidad, una llama que lo penetraba de parte a parte iluminando sus oscuros adentros, abrasándolo con un dolor lejano. Quiso aspirar una bocanada de aire y no lo consiguió. Turbiamente sintió que las rodillas se negaban a sostenerlo y que moría antes de desplomarse sobre el polvo. Su alma lo contempló un instante desde fuera de él, con ternura y con pena, antes de partir.

Azar giró sobre sus talones iluminando la noche con la terrible llamarada de su

ira, magnífico, como un coloso de bronce que estuviera dotado de un mecanismo automático. ¿Quién se le opondrá? Primero golpeó con el robusto antebrazo la lanza que amenazaba su espalda, al tiempo que lanzaba una patada al que la sostenía. El hombre, alcanzado en los genitales, se dobló con un gemido. Azar le arrebató la espada, que salió de su funda de cuero con un aullido lúgubre. Sirviéndose de ella desvió, con una finta, el hierro de otra lanza que ya iba contra él. Agarró el astil con su mano libre lanzando a la vez con la armada un tajo al cuello de su agresor. El herido quedó un instante en pie cuando ya la cabeza rodaba por el suelo, atónita la vidriosa mirada frente al relámpago revelador de su propia muerte. La antorcha que alguno sostenía había caído al suelo agigantando las sombras. El cuarto guerrero extinguió la flama de un pisotón accidental o intencionado. A la lechosa luz que las estrellas restituían sobre el devastado yermo. Azar detuvo una medrosa estocada del soldado y le hundió el hierro en la garganta. El último asirio, desplomado y berreante desde el principio del combate, comprendió que era inútil oponerse al forastero y se dejó degollar con mansedumbre bovina. En el restituído silencio de la noche se percibía apenas el gorgoteo de la sangre que manaba de las gargantas seccionadas.

Azar escaló la escarpa de cemento del canal y prosiguió su camino con la mirada puesta en las luces azules de Nínibe. Los perros se habían calmado. Arrastrando sus correas regresaron con sus dueños y se acercaron a lamer las heridas de los caídos. Lanzaban a las estrellas roncós y lastimeros aullidos.

Todavía caminó Azar por espacio de una hora, atravesando el yermo que aislaba Nínibe del mundo exterior, siempre con la mirada puesta en la fila de luces azules de la Casa de la Vida. Atravesó varias carreteras abandonadas, pero, aunque casi todas ellas conducían a la ciudad, procuraba evitarlas. Estaban tan deterioradas y reventadas por las lajas de asfalto y las raíces de los arbustos, que resultaba más cómodo caminar a campo través sobre la estéril tierra. Evitó un gigantesco cementerio de automóviles y chatarra. En las capas más bajas, los automóviles casi no se distinguían: el enorme peso de las capas superiores los había aplastado, pero, elevando la mirada a los pisos más altos de la torre de chatarra retorcida, podía distinguirse una apretada confusión de cuantos ingenios fabricó la humanidad para discurrir sobre ruedas o a impulsos de hélice o turborreactor: automóviles, barcos, autobuses, locomotoras, máquinas agrícolas, transportes militares y aviones de carga se abrazaban en un nudo de escoria fundiendo sus herrumbres en una sola pasta que algún día sería tan uniforme como la añeja cera quemada, sucia y fría, del candelero apagado de una capilla arruinada.

Azar rodeó el cúmulo de hierros, que el polvo del desierto cubría en sus estratos inferiores. Cuando nuevamente contempló las luces azules del IBG, se encontraba ya tan cerca de Nínibe que podía distinguir los perfiles de sus primeros edificios y las agresivas formas grises del vertical cemento, el asfalto y el aluminio con que estaba construida la ciudad de los asirios. Ruinas de construcciones, herrumbrosas estructuras metálicas de cobertizos, restos de cubiertas de uralita y cemento, se

sucedían en naves industriales. Una escuálida vegetación de lentiscos, jaras, aceitunos e higueruelas locas, triunfaba en las grietas del asfalto, entre el polvo.

Atravesó la explanada de cemento de un antiguo aeropuerto invadido por las incipientes dunas. En el edificio de la terminal, destruido por un incendio antiguo, un muro renegrido ostentaba la siguiente inscripción:

Bien enido a Níni e

La carretera de acceso había estado adornada por filas de palmeras. Ahora estaban secas, sin sus airosas arboladuras de palmas abiertas, pero algunos troncos aún elevaban al cielo atezados muñones. Azar notó que eran los únicos vestigios de vegetación arbórea con que había topado en su travesía. Lo atribuyó a que la madera de palmera no es tan aprovechable como la de los otros árboles. Con estos pensamientos desembocó en un tramo de la antigua autopista del Norte. Pasó ante las ruinas de la fábrica de Coca Cola, un sembrado de vidrios rotos. Más adelante discurrió frente a la fantasmal estructura de un pabellón de deportes, cuatro paredes de cemento con grandes ventanales que dejaban ver los graderíos. La antigua cubierta, una estructura tubular que sostenía la techumbre, estaba parcialmente hundida. El óxido había desteñido de ella en grandes chorreras, ensangrentando los muros de arriba abajo.

Azar se detuvo en la convergencia de dos anchas avenidas. Entre el deforme cascajo y la basura amontonada asomaba a medias el bajorrelieve de unos indicadores de cemento: «A enida de Kansas City», «A enida de Éfeso». La más dispar geografía confluía en el mapa urbano de Nínibe.

La noche adensaba sus fétidos efluvios en una niebla pegajosa sobre la fría geometría de los edificios del entorno. Azar tomó la avenida de Éfeso, anduvo trescientos metros por su arruinada acera y fue a dar a una plaza cuadrangular, un espacio devastado donde la invasión de yerbajos triunfaba sobre senderos y parterres. En el centro de la plaza, sobre un cúbico pedestal de granito, se alzaba una estatua colosal que surgía de la niebla como un espectro. La talla de obsidiana negra y brillante representaba a un gigante de anchas espaldas y musculados brazos, el pecho protegido por una loriga bajo cuyas placas, en forma de escama de pez, el artista transmitía la ilusión de fuertes músculos pectorales. Una túnica cubría el cuerpo del coloso hasta la altura de las rodillas. Las piernas eran formidables, torneadas, de fuertes pantorrillas. Los pies, firmemente asentados en la tierra, robustos como palancas. El cabello y la barba del coloso, geoméricamente rizados en forma de tirabuzones, la recta nariz debajo del ceño y los ojos saltones y fieros delataban a un asirio. La mano derecha se elevaba para sostener un cuenco oferente. La izquierda era un enorme puño cerrado. La musculatura de los brazos era imponente: bíceps poderosos pegados al cuerpo como tensos muelles. Azar leyó el pedestal escrito en cuneiforme asirio: «Yo soy Salmanasar III, señor de las Cuatro Zonas. El mundo quedó despavorido a causa del terror que emana mi posición de señor supremo, así como a causa del esplendor de mis violentas armas, y maté a su señor Giammu con

sus propias armas».

Al otro lado de la plaza un cráter enorme mostraba el interior de la tierra. La excavación había formado un pozo tan ancho que la niebla pestilente desdibujaba los perfiles del lado opuesto. En la claridad lechosa del fondo, se adivinaba la estructura de un templo griego casi sepultado entre sus propias ruinas. Una confusión de zócalos, fragmentos de arquitrabes y desplomados tambores de columnas corintias emergía del charco de lodo putrefacto que sellaba la hondura del cráter. El templo de Artemisa en Éfeso, que Alejandro Magno hizo construir sobre planos del célebre Dinócrates. Los restos de una de las siete maravillas del mundo yacían entre envases de plástico, tiestos rotos y ripios de derribos en aquel pestilente vertedero de Nínibe. A la memoria de Azar acudieron palabras griegas de ponderada musicalidad, que sus labios transmitieron quedamente a la hondura silenciosa de la noche: «Yo soy judío, tarsense, de una ciudad ilustre de Cilicia».

–Estoy en San Pablo –murmuró Azar como para sí–. Término de mi viaje.

Apartándose a unos pasos de allí, tomó asiento en un carcomido banco de piedra y esperó.

Tres

Aicar (hijo de Tobiel, hijo de Ananiel, hijo de Aduel, hijo de Gabael, de la familia de Asiel, de la tribu de Neftalí, nacido en Tisbe que está a la derecha de Cades, en Galilea, al norte de Hasor) se despertó antes de que empezara a alborear, pero permaneció en la cama, desvelado, en espera de que el cuadrado de lechosa e indecisa claridad fuese dibujando los contornos del día.

Aunque Aicar estaba ciego, de vez en cuando dirigía a la ventana la blanca mirada de sus ojos muertos, como solía hacer antes de perder la vista, y seguía levantándose al alba guiado por su olfato. Porque, cuando amanecía sobre Nínibe, la pestilencia nocturna se disipaba, como el rocío de la mañana se disipa cuando lo acaricia el tibio sol, o como los reptiles nocturnos tornan al seguro de sus viscosas madrigueras, amedrentados por la claridad del alba, para esperar nuevamente el regreso de la noche propicia.

Era la de Aicar una vigilia silenciosa y meditabunda. Ana, su mujer, dormía a su lado y tenía el sueño ligero y difícil. «Es que padece de los nervios (la loca ésta)». Aunque no la veía, Aicar percibía su respiración poderosa, que a veces se tornaba lóbrego ronquido. Entonces el viejo reprimía una risita malvada y chasqueaba la lengua imitando un croar de batracio que aligeraba el sueño de Ana y le atajaba el ronquido. Aicar se complacía en el inocente ejercicio y, tras silenciarla, se sonreía debajo del bigote. Con este juego inocente se desquitaba el anciano de la tiranía doméstica de su señora, que le había salido regañona, todo el día quítate de ahí, que siempre estás en medio como el jueves, ven acá, haz esto, haz lo otro, ¡Jesús, qué flojo eres!, no sé cómo estuve para casarme contigo, Aicar hijo, que estás cada día más inútil, vaya vejez que estás dando, mira que estás chocho, ¿eh?

Amaneció sobre los ojos muertos de Aicar, fijos en el techo agrietado y sucio del que pendía una bombilla de pocos vatios. Ana cambió de postura, conmoviendo el lecho con su poderosa humanidad. De mozuela, cuando Aicar puso en ella sus ojos y la pretendió, era una chatilla morena, menuda y reidora a la que se le formaban unos graciosos hoyuelos en las mejillas. La madurez le había triplicado el tonelaje y le había agriado el carácter. Empero, después de toda una vida soportándola y compartiendo con ella penas y alegrías –más penas que alegrías, cierto es–, Aicar le había cobrado cariño. A veces, en momentos de debilidad, incluso daba en pensar que la quería. También ella lo quería a él, aunque todas las pruebas circunstanciales estuviesen en contra. En medio de las cotidianas trifulcas conyugales, de los días pasados sin dirigirse la palabra y de las codificadas invectivas que mutuamente se lanzaban, seguían enamorados, aunque los besos y carantoñas de la verde mocedad hubiesen cedido su espacio a gruñidos y protestas bajo las cuales sólo un muy perito observador hubiese acertado a percibir, como la lamparita oculta en la oscuridad de un celemín, el viejo, eterno e inevitable amor.

Aicar abandonó el lecho conyugal con movimientos cautelosos, buscó a tientas

las ajadas pantuflas de fieltro y salió del dormitorio llevándolas en la mano, descalzo y de puntillas. La habitación contigua hacía las veces de comedor y cuarto de estar. Era una pieza invadida de muebles de los más dispares orígenes. Aicar tomó asiento en su sillón de orejas y tanteó la superficie plastificada de la mesa camilla en busca de su diminuta radio de transistores. Cuando dio con ella giró la ruedecita del interruptor y la puso bajita, para que el sonido no llegase al dormitorio. Música de Beethoven. Sinfonía número seis, en Fa mayor, opus 68, Pastoral, interpretada por la filarmónica de Nínibe. Primera pieza: sentimientos agradables que se despiertan en el hombre a la llegada al campo. El ciego, melancólicamente asomado a su nevado paisaje interior, suspira. ¿Qué es el campo? Ningún habitante de Nínibe sabe lo que es el campo. Sólo los más viejos, como yo, recordamos vagamente lo que era el campo en nuestra confusa juventud. Mi hijo Tobías no ha estado en el campo, ni lo estará nunca. Nació y morirá entre saqueados bloques de cemento, en calles de asfalto, entre esterilizados montones de antiguas basuras, ruinas, desolación, herrumbre y decadencia. En el tercer movimiento de la sinfonía una súbita tormenta disuelve la alegre reunión de campesinos. Retumban los truenos que finalmente son conjurados por un arte descriptivo atrevido y naturalista. Finalmente el hielo se convierte en luz y la melodía pastoral del clarinete apoyado por la trompa entona un himno de los pastores que expresa la cercanía del *allegretto* final; sentimientos de alegría y gratitud después de la tempestad.

Si Tobías me preguntara, como solía de niño, ya no me pregunta tanto, ¿cómo es que los campesinos tienen una *alegre* reunión? ¿No son los Monos los campesinos? Y todo el mundo sabe que los Monos no son capaces de alegrarse. No conocen lo que es el gozo. Tampoco lo que es el dolor, claro. ¿Cómo te lo explicaría, hijo? Antes de que los Monos viniesen a sustituirnos, los campesinos eran hombres como tú y como yo. Y se alegraban y hacían fiestas a veces. Pero, ¿cómo podían alegrarse si tenían que trabajar? ¿No trabajaban ellos la tierra? Sí, por supuesto. Cuando trabajaban la tierra les resultaba fatigoso y sufrían y sudaban, pero en los momentos de asueto bailaban y reían y tañían músicas y danzaban.

A las siete en punto, como cada mañana, la cálida, sensual y modulada voz de Esther Ranzem se asomó a la radio y dijo: *Buenos días mis queridos radioescuchas. Les habla su amiga Esther Ranzem con el primer noticiario del día 20 de junio que en estos momentos amanece plácidamente sobre Nínibe* –dulce música del fondo crece para llenar el efectista silencio de la voz locutora. Van y vienen los compases del Himno a la Alegría durante un minuto. Después la música desciende de nuevo a su discreto segundo plano y la voz de Esther Ranzem regresa–: *Paso a dar lectura al parte oficial de las victorias, mis queridos radioescuchas* –la guerra, ese recuerdo del pasado siempre presente para que nadie olvide los firmes y dolorosos fundamentos de la autoridad del Estado–. *No hay en el ejército asirio* –recita la bella voz femenina, como todas las mañanas– *quien se canse y tropiece, quien se duerma y se amodore; nadie se suelta el cinturón de los lomos, ni se rompe la correa del calzado. Sus saetas*

son agudas y todos sus arcos están tensos. Los cascos de sus caballos semejan pedernal, y las ruedas de sus carros de guerra, torbellino. Tiene un rugido como la leona, ruge como los cachorros, brama y agarra la presa, la arrebatada y no hay quien la libre. –Nueva ráfaga musical. Esta vez una estridente fanfarria militar. Luego se va desvaneciendo la música y la metálica voz de un locutor anónimo comienza con las noticias del día e informa–: *Cinco guardias fueron asesinados anoche en el canal de la zona Norte del cinturón de seguridad de nuestra ciudad. Inspectores de la Dirección General de Seguridad que investigan el quíntuplo asesinato han podido determinar que el agresor fue un hombre de elevada estatura, quizá un metro noventa, y recia complexión, unos noventa kilos de peso. Se trata probablemente de un luchador entrenado que podría haber sido infiltrado por algún grupo terrorista de los que operan contra la Ciudad desde la tierra de los Sucios. Es posible que este intruso haya conseguido penetrar en Nínibe. Un bando emitido hace tan sólo unos minutos por el consejo superior del IBG recuerda a los ciudadanos la obligación que tienen, según la Constitución y bajo pena de muerte, de colaborar con la policía en la detención del intruso. Se ha ofrecido una recompensa de mil bonos estatales a quien ofrezca información conducente a la detención del asesino.*

Nuevos compases musicales. Esta vez un delicuescente preludeo de Listz. Se difumina la música y la suave voz de Esther Ranzem, voz que despierta amor en tantos infectos y malolientes agujeros de la ciudad podrida, se hace modulado susurro para sugerir: *Matar es la suprema expresión del poder. El Estado mata e infunde terror porque tiene poder para ello. Pero tiene poder porque mata e infunde terror. Y la palabra terror resuena como un eco, devolviendo toda la magia de sus sílabas precisas que en el lenguaje de los asirios son las mismas de existir con un ligero cambio vocálico no perceptible para todos los oídos.*

Aicar advierte los poderosos bostezos de Ana y el rastrilleo perezoso de sus rascadas. La recién levantada aparece en el umbral empequeñecido de la habitación, gorda mochilona, de caminar vacilante, desgredada y todavía soñolienta.

–¿No querías que metiéramos a Tobías en el IBG? –sermonea jovialmente Aicar señalando al aparato de radio que oprime contra su oreja. Incluso cuando Ana está despierta prefiere mantenerlo muy bajito para ahorrar pilas–. ¿Sabes lo que acaban de decir en las noticias? Anoche un criminal mató a los cinco guardias de una patrulla en el cinturón de seguridad. ¡Fíjate dónde querías meter a tu hijo!

–¡Qué imbécil eres, Aicar! –replica la imponente matrona–. ¡Es que todavía no me explico cómo estuve para casarme contigo! Si algo le echo en cara a mi pobre madre, que en paz descansa, es que no me abriera los ojos a tiempo y viéndolas venir, como seguramente las vería, que menudo lince era la pobre, no desbaratara la boda de su hija. ¿Crees tú, pedazo de alcornoque, que tu hijo va a estar mejor tirado en la calle, como está todo el santo día, sin oficio ni beneficio, hasta que un mal día se meta una sobredosis y se lo lleven a la losa de la autopsia?

–¡Yo no consentiría que se lo llevaran a la casa de la Vida que antes es de la

Muerte! –grita Aicar clavando en el techo su blanca mirada ciega mientras ensaya la débil energía de un puñetazo sobre la mesa. Pero está tan viejo y la mesa tan acolchada por el doble tapete de paño y el hule protector que el golpe suena sin convicción, incapaz de restituir su perdida autoridad patriarcal.

–No permitiría que mi hijo sufriera la ignominia de servir de alimento a los Monos y a los Sucios. ¡Eso nunca! ¡Y sabes que puedo evitarlo!

–¡Claro que lo sé! –clama Ana despechada–. ¡Cómo que todos nuestros problemas proceden de tu manía de dar piadosa sepultura, como tú la llamas, a gente desconocida con la que no te iba ni te venía nada! ¡Aicar el sepulturero! Sabiendo que transgredías la ley de la Casa de la Vida. Sabiendo que mordías la mano que nos da de comer. ¡Mira qué bien nos luce el pelo con tu caridad y tus buenas obras! Primero destituido y desterrado y ahora conformándonos con malvivir en la clase tercera de la Seguridad Social mientras que todos nuestros vecinos y parientes, gente que valía menos que tú, están en la clase primera o en la segunda, ricamente instalados y sin haber trabajado en su vida.

–Todos ellos arrastran una existencia de esclavos, adulando la Casa de la Vida.

–Pero, ¿qué vida llevamos nosotros, infeliz? –replicó Ana ya fuera de sí–. ¿Es que te crees que somos libres o estamos en algo mejor que ellos? ¡Pues sí que estamos bien! ¿Qué has adelantado tú en la vida?

–Tengo la satisfacción de haber obedecido los dictámenes de mi conciencia.

–¡Pamplinas, Aicar! ¡Tonterías que tienes en la cabeza! ¡Chocheces! Que naciste chocho y nunca has tenido dos dedos de frente. Pero la culpa de todo la tuve yo al casarme contigo sabiendo con lo que cargaba, ¡nadie más que yo!

Sonó una llave en la cerradura y se abrió la puerta. Era Tobías, el hijo de Aicar y Ana, que se había acondicionado una habitación en la planta de arriba, lejos de las habituales riñas de sus progenitores. Tobías era un adolescente delgado, moreno, la tez sonrosada algo marcada por el acné juvenil, tímido, de grandes ojos inocentes que la áspera calle no había logrado pervertir todavía.

–¡Ea, ea, tengamos la fiesta en paz! –dijo jovialmente a modo de saludo. Besó en la frente a Ana, después a Aicar y se sentó a la mesa. La madre sacó una caja de galletas del destartalado aparador. Con un cuchillo de remendado mango se untó tres clases de paté sobre una misma galleta y acto seguido la devoró con excelente apetito.

–¡Menudas guarradas te fabricas con los patés! –lo recriminó amorosamente la madre. Las últimas reservas de la riña conyugal velaban apenas el afectuoso tono maternal–. ¡A saber cómo tendrás el estómago!

–¡Deja en paz al muchacho, mujer! –intervino Aicar, algo aliviado de tener con quien compartir el malhumor de los despertares de Ana–. ¿Qué más te da a ti? ¿No ves que no dejas vivir a nadie?

Ana se encrespó una vez más.

–¡Sí, sí, tú dale alas a este mocoso a ver cómo nos sale con esas amistades que se está echando!

–¡No te cases nunca, Tobías! –aconsejó el ciego medio en broma–. Todas son respondonas.

Tobías se encogió de hombros y continuó comiendo. Se untó tres galletas con la misma curiosa mezcla de sabor carne, sabor pescado y sabor fruta que había ensayado en la primera y las devoró con entusiasmo. Luego apuró una taza de leche sintética. Se dispuso a salir.

–¿A dónde vas tan temprano? –le espetó Ana que descargaba ahora su enfado en el suelo. Propinaba grandes escobazos a las partidas baldosas de terrazo en persecución de una imaginaria mota de polvo.

–¡No lo sé! –respondió Tobías–. Por ahí, ¿qué voy a hacer aquí?

–Espera y no tengas tanta prisa, porque tu padre tiene algo que decirte –luego miró severamente a su marido y le ordenó–: Anda, dile a tu hijo lo que hablamos anoche.

Tobías fue al lado de su padre e introdujo sus manos entre las sarmentosas del anciano en señal de acatamiento y obediencia filial. El anciano se las apretó y dirigiendo sus ojos muertos al techo, como habitualmente hacen los ciegos cuando hablan, dijo:

–Hijo mío, yo soy viejo ya. No viviré mucho más. Cuando muera saca mi cadáver y dale sepultura para que no lo profanen los sicarios de la Casa de la Vida. En todo lo demás obedece a tu madre y súfrela con paciencia el resto de tu vida como me has visto hacer a mí. Cuando sea vieja, cuídala. Cuando muera, sepúltala al lado de mi tumba para que durmamos juntos y haya paz entre nosotros en la eternidad. Sé justo y temeroso de Dios y no te juntes con los viciosos ni con los malvados. Ayuda a los pobres y a los necesitados. Comparte con generosidad lo que tengas, poco o mucho, porque en la ruindad habitan la penuria y el hambre. Sé humilde, porque en el orgullo habitan la perdición y el desorden. Escoge esposa de nuestro linaje. Recuerda que por tus venas corre la sangre de los profetas, de Noé, Abraham, Isaac y Jacob. Lo que no quieras para ti, no lo quieras para nadie. Muéstrate cauto en la conversación. No te piques ni consumas droga alguna que te saque el seso y te esclavice hasta la muerte. Sigue el consejo de los prudentes.

A todo asentía Tobías con grave semblante y sentía en su corazón la congoja de ver a su padre, tembloroso y anciano, ciego, pobre y olvidado, recomendando limosna y justicia como si no estuviera él necesitado de ellas más que nadie.

–Has de saber también –prosiguió Aicar sin soltar las manos de su hijo– que tengo diez talentos en poder de Gabael, hijo de Cabrías, en Ragúes de Media, al otro lado de la ciudad, cruzando el río, en Peñamefecit. Esa suma remediará nuestra pobreza, si Dios consiente que la recuperemos.

Respondió Tobías a su padre diciéndole:

–Padre, te obedeceré en lo que me has encomendado, pero ¿cómo voy a recuperar los diez talentos que te adeuda Gabael si no lo conozco?

–Ve a mi dormitorio –dijo Aicar– y saca la perinola de la derecha del cabecero de

la cama. Escondido dentro del tubo encontrarás un papel enrollado. Tráelo.

Tobías regresó con el papel. Era el recibo del préstamo firmado por Gabael y sellado por el notario y los testigos. Un papel timbrado y amarillento que Ana, aunque no sabía leer, tomó con alegría y contempló largamente, fascinada por la minuciosa caligrafía de las rúbricas y contraseñas. Lo alzaba a contraluz para observar las marcas de agua, se lo colocaba sobre la cabeza, extravagantemente, y reía feliz como hacía mucho tiempo que no se había reído.

Otro relato asegura que Tobías miró a Ana que, de pie delante de ellos, asistía emocionada al parlamento del anciano y que, con amorosa ternura, se retorció el pico del delantal conteniendo las lágrimas. A Tobías se le hizo un nudo en la garganta:

–Haré lo que tú digas, padre –dijo, con voz decidida y viril–, y partiré con tu bendición cuando dispongas.

–¡Somos ricos, hijo mío! –decía Ana intentando entusiasmar al muchacho–. ¡Diez talentos! ¿Qué vecino puede vanagloriarse de tal riqueza? Y el alcoroque de tu padre se lo tenía tan callado... ¡Somos ricos!

Yo mismo, que compilo estas líneas a partir de textos tan dispares, soy consciente de que este personaje de Ana resulta a veces incoherente, pero prefiero respetar esa incoherencia a inclinarme por un texto en perjuicio de otro. Otra cosa que le conviene saber al lector es que el talento hebreo es una unidad de peso y, al propio tiempo, una moneda. En los dos casos equivale a 34/20 kilos de cebada.

–Vete ahora –dijo Aicar –y lleva los ojos bien abiertos por si el Santo Todopoderoso nos envía al hombre duro y fiel que necesitamos para que te acompañe.

Tobías besó las manos de su padre y salió. Desde la puerta dirigió un guiño a su madre. Luego bajó las escaleras de tres en tres, al tiempo que hacía sonar su amuleto por la ruidosa malla de alambre que en tiempos más prósperos protegía el hueco del ascensor.

Ido el chico, Aicar y Ana desayunan en silencio. Aicar come su galleta vitamínica a pequeños mordiscos de su despoblada boca, pensativa y desganadamente. De sus ojos nublos descienden lágrimas silenciosas que la canosa barba retiene. Cuando nos trajeron cautivos a Nínibe, todos mis hermanos y la gente de mi linaje comían los manjares de los gentiles, pero yo me abstenía de tal abominación, porque con toda mi alma me acordaba de Dios. En los días de Enemasar, cuando mi cuerpo era joven y vigoroso y tenía dinero, hacía muchas limosnas a mis hermanos. Ninguno de ellos me las ha agradecido después. En los días de mi pobreza y mi ceguera, las han olvidado y se apartan de mi amargo camino porque creen que censurándome con sus silencios halagan a los asirios y hacen méritos para futuras prebendas. Sólo Ana me recuerda, cada día, el desagradecimiento de los míos, para torturarme, y que cuantas dádivas y limosnas hice fue como si hubiese arrojado mi dinero a un estercolero. Di pan a los hambrientos, vestí a los desnudos, si veía muerto a alguno de mi linaje, arrojado junto a los muros de Nínibe, le daba sepultura. Si el rey Senaquerib mataba a alguno, luego

que regresó huido de Judea, yo en secreto lo enterraba. En su furor mató a muchos cuyos cadáveres buscaba luego y no los hallaba. Es un delito constitucional porque todo pertenece al Estado y debe reciclarse. Un hombre muerto ha dejado de ser un cadáver merecedor de piedad, como lo era en el tiempo de nuestros padres. Ahora es solamente materia orgánica que se reprocesa en la Casa de la Vida. Son órganos trasplantados, proteínas, grasas y caldo que la Casa de la Vida convierte en paté de carne o de pescado que luego sirve para alimentar a los Sucios. Los cadáveres de los Limpios alimentan a los Sucios; los de los Sucios a los Monos y los de los Monos a los animales del Centro de Investigación del IBG. Eso se dice, y algo de verdad habrá en ello. El paté que consumimos los Limpios, aseguran, procede de las vacas y cerdos que los Monos pastorean en el campo. Y los Monos comen papilla vitamínica salida de los laboratorios de la Casa de la Vida. Los han diseñado para que los alimentos humanos les repugnen. Porque, como se sabe, todas las rebeliones se gestan en el estómago de los oprimidos.

Es malo ser viejo porque los recuerdos se van volviendo dolorosos, pero es bueno ser ciego porque no ver las cosas mitiga el dolor de compararlas.

Yo, cuando como esta galleta vitamínica untada de paté que dicen está hecho de carne de vaca y cerdo, recuerdo mi juventud en Jerusalén, cuando los tirios traían el pescado y toda clase de mercancías a la Puerta Áurea y las vendían a los hijos de Judá. Pescado fresco incluso en el día del sábado. Era otra vida, no esto.

Clarea la mañana en el cielo, ya libre de las veladuras repugnantes de la niebla nocturna. En el silencio del día se percibe el rebullir de las ratas entre los escombros y desperdicios del piso superior. Pero el anciano Aicar no lo advierte. Sumido en sus dolorosos recuerdos consume las pilas de la radio sin escucharla.

Durante años salí a buscar los cadáveres que los guardias abandonaban en las calles y plazas después de las ejecuciones para recreo de la chusma sedienta de sangre. Me adelantaba a los piquetes de limpieza, burlaba a los Monos de la Casa de la Vida. Antes de que ellos acudieran a recoger el cadáver con sus carricoches ya lo había enterrado yo. Los pobrecillos se volvían locos buscándolo donde les habían indicado. Pero un ninibita hizo saber a la Casa de la Vida que era yo el que los enterraba. Tarde o temprano tenía que ocurrir: la ciudad está llena de delatores y espías. Todos: parientes, amigos y vecinos, incluso los propios hijos aspiran a medrar. Los que son de categoría C quieren ser B, los que son B quieren ser A y los que son A quieren que su hijo o su nieto sea admitido para el servicio de la Casa de la Vida o que su hija o su nieta sea designada portadora para recibir un óvulo fecundado y convertirse en madre de un futuro investigador o de un tecnócrata del IBG. En fin: me buscaron los guardias. Tuve que ocultarme. Supe que me querían para ejecutarme y huí. Me declararon rebelde, me despojaron de todos mis bienes, aunque ya eran pocos. No me dejaron nada. No lo lamenté, por más que a todo me hago con resignación, sino por Ana, mi mujer, que es muy aficionada al lujo y a la vida regalada, y por Tobías, mi hijo, que era un niño y no entendía lo que estaba

ocurriendo y sufría a la dolorosa manera de los niños.

Tuve suerte. Ahíkar, mi sobrino, servidor de la Casa de la Vida, intercedió en mi favor ante Saquedón y alcancé el perdón y pude otra vez salir de las alcantarillas y vivir en mi casa entre los murmuradores vecinos, amargado por los continuos reproches de mi mujer, lejos de la cual, sin embargo, me sería ingrato vivir.

Cuando regresé a mi casa me devolvieron Ana y Tobías. Fue por la fiesta de Pentecostés. Me prepararon un banquete de bienvenida y yo, conteniendo las lágrimas, me recosté para comer. Al ver tantos manjares allí dispuestos le dije a Tobías: «Anda, hijo, sal a la plaza e invita a comer con nosotros al primer necesitado que te encuentres, para que me recuerde el Señor. No tardes porque estaré esperándoos».

Al cabo del rato regresó Tobías con el semblante triste y mirando al suelo me dijo: «Padre, uno de nuestro linaje yace en la plaza estrangulado». Sin probar bocado salí a la plaza y oculté al difunto entre unas ruinas donde no lo viera nadie. Luego regresé a la casa, me purifiqué y comí entristecido. Bien recordaba la profecía de Amos: «Vuestras fiestas se convertirán en duelo y vuestras alegrías en lamentaciones». Lloré y en cuanto se puso el sol y anocheció cavé una fosa y sepulté el cadáver. Algunos vecinos me vieron, porque era verano y había gente en la calle paseando y tornando el fresco. Se daban con el codo señalándome y se reían: «Mira éste que todavía no ha escarmentado, ya tuvo que huir por eso y ahora vuelve a las andadas».

Aquella misma noche, cuando acabé de dar sepultura a aquel desconocido, aun antes de purificarme, pasé por el atrio del templo y me senté a descansar junto al muro. Me quedé dormido con el rostro descubierto. Ignoraba que había nidos en el alero del tejado. Teniendo los ojos abiertos, los pájaros dejaron caer sus excrementos calientes sobre mis ojos y me produjeron unas manchas blancas que los médicos fueron incapaces de curar.

Cuando mi desgracia ocurrió vivíamos en un octavo piso (a Ana le gustaban los pisos altos), pero después de mi ceguera nos mudamos a un bajo –en el mismo edificio del que éramos los únicos vecinos –para que yo pudiese acceder más fácilmente a la calle.

Cuatro

Ana se aproximó a su esposo y, tomándole la cabeza entre las manos, lo besó tiernamente en la calva.

–Gracias, Aicar, por decidirte a cobrar esa deuda –le dijo, mimosa–. Ahora preveo una vejez descansada y sin sobresaltos si empleamos juiciosamente ese dinero.

El anciano emitió un profundo suspiro y sacudió la cabeza, resignadamente.

–No sé si hacemos bien en mandar al muchacho –murmuró–. El camino está lleno de peligros y Tobías es casi un niño. Si hasta ahora nos hemos arreglado sin ese dinero, bien podríamos seguir sin él.

Al escuchar estas palabras. Ana se apartó bruscamente de Aicar y lo fulminó con una iracunda mirada, hábito inútil heredado del tiempo en que el anciano podía notarla. Lo tomó por los brazos y lo zarandeó desconsideradamente.

–¡Aicar, alcornoque! ¿Es que no sabes pensar nada a derechas? –le espetó–. Deja que yo decida por una vez, ya que hasta ahora tus decisiones no han sido más que desaciertos. ¿Dónde están tus limosnas y tus buenas obras? Ya lo ves ahora. Aquellos que en otro tiempo te visitaban cuando aún teníamos algo, te han vuelto la espalda y fingen no conocerte. Con tus torpezas y tu falta de previsión has permitido que llegemos a la triste vejez con una cartilla de tercera, mientras que la gente que valía menos que tú nos ha adelantado y ahora nos mira por encima del hombro. ¿Ves lo que has conseguido, desgraciado?

El anciano callaba. Hermético y concentrado, la barbilla hundida en el pecho, soportaba la bronca conyugal. Pero en su corazón se sentía más humillado y confuso que nunca. De pronto Ana corrió a encerrarse en el dormitorio. Podía imaginarla echada en la revuelta cama, bocabajo, llorando a lágrima viva, ahogada en sollozos, la cara hundida en la almohada.

Después de cincuenta años de convivencia, cada gesto de Ana era predecible. Quizá también cada gesto suyo. Lentamente se incorporó en su sillón. Buscó a tientas, sobre la mesa, la taza y el plato desportillado donde había tomado las galletas del desayuno y los llevó al fregadero. Después salió de la casa, sorbiéndose las lágrimas, y bajó a la calle.

Con su bastón blanco, el ciego tanteaba las familiares formas de la vecindad: los muros, las ventanas, los vanos de las puertas, los surcos de los bajantes desaparecidos, los variados relieves y obstáculos con que la ruinas y la incuria había ido poblando el tramo de acera que separaba su vivienda de la cercana plaza. Solía bajar cada día para tomar el sol mientras hacía la tertulia con otros viejos. Suspiraba el anciano amargamente y se lamentaba en su corazón de esta manera: «Dios mío, si verdaderamente eres justo y misericordioso, te pido que me envíes la muerte, porque prefiero morir a seguir viviendo en este tormento. Quítame el aliento de la vida para que muera y me convierta en polvo. Me entristecen todos los ultrajes y mentiras que tengo que soportar. Líbrame ya de esta angustia. Señor, y llévame al descanso de no

ser. No apartes tu rostro de mí».

En estas graves consideraciones andaba cuando llegó a la plaza que creía desierta dado lo temprano de la hora y las sosegadas costumbres de sus habituales contertulios. Pero aquel día advirtió que alguien lo acompañaba. Era Azar. Aunque no podía verlo, el anciano advertía su presencia. Percibía en el aire una extraña vibración magnética, el presagio de tormenta. Entonces, porque, a pesar de su aflicción, era Aicar muy aficionado al amable comercio de los hombres, fue a sentarse en el mismo banco de piedra donde Azar había permanecido, serio y absorto, contemplando la mañana que ya se alzaba anunciando un caluroso día por encima de los arruinados edificios que rodeaban la plaza.

–Hombre, ¿a qué has venido? ¿Cuál es el objeto de tu penoso viaje? –preguntó Aicar, alzando al cielo sus ojos nublos.

Eran palabras textuales del poema de Gilgamesh. Azar miró al ciego con simpatía y completó la cita:

–...en la morada de la Reunión son detenidos, en verdad, los destinos de los hombres.

Aicar rió con la suave risa de los ciegos, mientras asentía con la cabeza. No todos los días se hallaba con un conversador familiarizado con los textos antiguos. Tras breves instantes, mientras hurgaba en los desvanes de la memoria en busca de una cita más recóndita, preguntó:

–¿Qué busca el hombre?

Era otro pasaje clásico, ahora del poema de *Abastahana*, mucho menos conocido que el popular *Gilgamesh*.

–En el fondo del agua –contestó Azar– hay una planta semejante al Ucio espinoso y que pincha como el rosal y te hiere las manos. Si tus dedos la toman alcanzarás la inmortalidad.

La cita que había devuelto el forastero era, una vez más, del poema *Gilgamesh*, aquella que ofrece la receta de la planta de la vida eterna. Aicar quedó estupefacto y admirado de que Azar le hubiese leído el corazón, pues su verdadera angustia era en aquellos días la presentida proximidad de su muerte.

Entonces Aicar se levantó del banco y sin acordarse de decir adiós al forastero, tan agitado estaba, corrió a comunicarle a su esposa que un extranjero había leído claramente en las angustias de su corazón.

La conversación entre Azar y el anciano padre de Tobías aparece en las versiones más comunes de esta historia en términos muy similares a los que acabamos de exponer. Pero existen otras versiones, señaladamente el código de la Biblioteca Colombina de Sevilla y la transcripción que Espinosa hizo, hacia 1780, de un Ms. griego de la Biblioteca del Escorial, en las que es el joven Tobías el que habla con el misterioso forastero en la plaza. La narración de Sevilla discurre en estos términos:

Llevado por un impulso de curiosidad, pues no era corriente ver por el barrio a gente extraña, exceptuando a los guardias de la Casa de la Vida que hacían sus

acostumbradas rondas, Tobías se sentó cerca de Azar y trabó conversación con él. Se sentía extrañamente atraído por aquel desconocido cuyo aspecto duro contrastaba con la dulzura de su palabra. Se propuso ser su amigo, a la irreflexiva manera del adolescente hijo de padre anciano, que se busca un amigo más fuerte que pueda suplantar la figura del padre cuando ésta no encaja con los heroicos sueños de la juventud.

Tobías señaló el edificio frontero, al otro lado de la vasta plaza, un acribillado bloque de pisos de doce alturas, con herrumbrosas ruinas de chabolas en la azotea.

—¿Ves aquella casa? Ocho viviendas por planta. Casi cien viviendas en total... Pues allí no vive nadie. Puedes quedarte aquí y mudarte cada día a un piso distinto si te place. Aunque es aconsejable vivir lo más alto posible. La fetidez nocturna disminuye con la altura. Pronto te acostumbrarás a ella, qué remedio. Los pisos últimos tampoco son buenos en invierno porque cuando llega el tiempo de las tormentas se llenan de goteras y de hongos venenosos. Si piensas quedarte aquí dímelo y te ayudaré a encontrar los muebles y un *shedu* propicio para tu casa.

—¿Qué es un *shedu*? —preguntó Azar.

—Es un demonio benévolo que cuida del hogar. En el mercadillo quincenal venden figuras que son capaces de fijarlo: son toros o leones alados fabricados por los alfareros por gracia del dios Shamash. Compra una, le dices ciertas oraciones y la fijas en el umbral de tu casa o detrás de la puerta. El *shedu* te la cuidará y te dará salud.

—No lo necesitaré —dijo Azar—. No pienso quedarme aquí.

—Pues, ¿a dónde vas?

—Tengo que cruzar la ciudad —respondió Azar distraídamente mientras mordisqueaba un tallo de hierba seca.

—¿Cruzar Nínibe? —preguntó Tobías incrédulo—. ¿Tienes salvoconducto de la Casa de la Vida?

—No, no lo tengo.

—¡Entonces es imposible! —exclamó el muchacho, escandalizado del aplomo del forastero—. En cada barrio de la ciudad manda un concejal con tropa armada. Sólo dejan entrar en su territorio a los funcionarios de la Casa de la Vida o a los que llevan la tablilla del salvoconducto con el sello del Consejo. Si no cuentas con los papeles reglamentarios estás perdido. Por todas partes hay controles. Nadie sale de su barrio. A veces incluso pasar de una calle a otra resulta peligroso. Mi padre dice que sobra gente y que por eso matan o deportan a tantos. ¿De dónde procedes tú que no conoces estas cosas?

Azar ignoró la pregunta. Había tomado del suelo un ripio de yeso y dibujaba con él aspas y letras enigmáticas, triángulos, cuadrados, pentágonos, sobre las baldosas de la acera. Estaba más atento a su juego que a las palabras de Tobías.

—Mi padre quiere enviarme a Ragúes de Media —dijo el muchacho—. Quiere cobrar una vieja deuda, ¿sabes? Necesita a una persona de experiencia y valor que me

acompañe. ¿Te interesaría venir conmigo por un sueldo?

Azar levantó la mirada y escrutó con sus verdes pupilas las del joven. Una sonrisa complacida, burlona quizá, bailaba en el extraño fulgor de su mirada.

–No me conoces, muchacho. ¿Te confiarás a un extraño?

–Sí –contestó Tobías con firmeza. Y luego, bajando la mirada, añadió–: No sé por qué, pero me inspiras confianza. Pareces un hombre recio y justo. De todos modos, mi padre tendría que conocerte y aprobarlo –titubeó, dudoso, y añadió–. Aunque la que de verdad tomará la decisión será mi madre. Si le gustas a ella no hay problema.

–No sé qué responderte –dijo Azar–. No sabía que atravesar la ciudad fuera tan difícil. En cualquier caso habrá miles de hombres que puedan acompañarte. Gente mejor que yo, conocedora de los caminos y atajos.

–¡Miles de hombres! –exclamó Tobías, incrédulo–. ¿De qué mundo sales, forastero? En toda Nínibe no hay más que unos cientos de hombres. Antes del Virus la ciudad llegó a albergar un millón de personas. En la hora presente viven menos de diez mil, según las estadísticas de la Casa de la Vida, que probablemente exageran. A decir verdad estas estadísticas tampoco pretenden ser exactas puesto que no tienen en cuenta a la población ilegal, los babilonios que habitan en el soterrano.

Tobías ilustró al forastero sobre la difícil existencia de aquella población proscrita que se oculta en los subterráneos, en el nivel inferior donde un día estuvo Babilonia, entre cuyas ruinas ha crecido Nínibe. Viven en los abandonados túneles del ferrocarril metropolitano, en las cloacas de la ciudad nueva que discurren a la altura del primer piso de la antigua, y en una intrincada maraña de catacumbas y galerías que excavaron a lo largo de los últimos decenios.

Los ninibitas llaman babilonios a esos proscritos, aunque se les denomine terroristas en los comunicados radiofónicos y en los carteles que edita la Casa de la Vida. No se sabe a ciencia cierta cuántos son. Unos cientos, unos miles quizá. Jamás se dejan ver. Sólo se atreven a salir de noche, al amparo de la niebla, sombras furtivas que hurgan en las basuras, registran los rincones, recorren los edificios abandonados en busca de enseres y materiales con que hacer más cómoda su vida en las cloacas. De vez en cuando los guardias se atreven a descender a su inframundo, matan a un par de docenas y apresan a otros tantos que son juzgados e invariablemente condenados a la tortura, el despellejamiento y el público empalamiento delante de las tabernas y casas de placer del Contadero, al lado del puerto fluvial, en la parte franca de la ciudad. Esta zona depende directamente de la Casa de la Vida. Allí las ejecuciones tienen más resonancia y cumplen mejor su función, que es la de servir de escarmiento para los buenos ciudadanos que en un momento de debilidad puedan acariciar la idea de desobedecer las normas con las que el IBG regula Nínibe desde que los terribles sucesos de los años del Virus aconsejaron poner el destino de la ciudad en manos del Consejo.

Mientras Tobías hablaba, el forastero lo contemplaba con simpatía. Al cabo de un momento de reflexión, le dijo:

–Está bien, muchacho. Te acompañaré si tu familia lo aprueba. Conozco el camino. No preguntes por qué, y hasta he sido, en una ocasión, huésped de Gabael, nuestro hermano.

Tobías exclamó, jubiloso:

–¡Espera un poco que voy a decírselo a mi padre!

Azar le respondió:

–Vete y no tardes.

Una antigua litografía nos muestra a Azar aguardando a Tobías. Vemos a un hombre sentado en el banco de piedra, las manos apoyadas en el pulido bordillo de la losa, la cabeza hundida entre los hombros. Sus claros ojos contemplaron circularmente, con la lentitud de un faro, la ruinoso Nínibe que iba a cruzar en la custodia de un mozalbate irreflexivo. Rechazando más profundos pensamientos, se entregó al pasatiempo de contar las casas habitadas deduciéndolo de las señales de Labasu que había a la vista. En beneficio del lector moderno no estará de más explicar que las pocas casas donde vivía gente presentaban un aspecto tan abandonado y ruinoso como las otras, pero se distinguían de las deshabitadas por ciertas señales de excavación en sus dinteles, donde los moradores habían perforado el suelo primitivo, fuera este asfalto, ladrillo, mármol o embaldosado de terrazo, para excavar un hoyo en el que sepultar a Labasu familiar. El Labasu es, entre los asirios, el demonio que lleva la desdicha a los hogares. Para conjurarlo se soterra bajo el dintel de la casa un muñeco que lo representa. En tal ceremonia asiste un sacerdote que repite ciertos conjuros. No debemos confundir a Labasu con el Lamasu, ente benévolo, protector de la entrada de los hogares y palacios, cuyo exponente más monumental son los leones alados, hoy en el Museo Británico, en el Louvre y en la melancólica barcaza naufragada en el fondo del Tigris.

Mientras Azar aguardaba, Tobías fue a su padre y le dijo:

–Padre, ya tengo un acompañante para ir a Ragúes de Media.

–Tráelo aquí para que lo conozca –dijo el anciano–. Quiero preguntarle a qué tribu pertenece y ver si podemos confiar en él.

Salió Tobías y un momento después regresó acompañado de Azar.

Azar tomó la mano de Aicar y la estrechó.

–¿Quién eres tú? –preguntó el anciano–. ¿Cómo te llamas?

–Hace un rato me has conocido en la plaza. Me llamo Azar, hijo de Azar, hijo de Ananías, grande entre tus hermanos.

–Noble y buena ascendencia –observó el ciego, complacido–. Yo conocí a Ananías y a Jonatán, hijos de Semei, el grande, de cuando concurríamos a la Catedral para asistir a los oficios. No eran capillitas ni alardeaban de salir de costaleros el Viernes Santo, pero eran hombres justos y piadosos, de robusta fe, y no se descarriaron como los otros. Eres de buena cepa, hermano.

Hasta entonces. Ana había seguido la conversación desde la cocina, donde se había refugiado a la llegada del forastero. Al escuchar la aprobación del ciego,

descorrió la cortina que la separaba de la sala y salió de su observatorio con una botella de aguardiente y dos vasitos de grueso cristal. Saludó al visitante con una sonrisa falsamente tímida, que Azar le devolvió alzándose de su asiento e inclinándose levemente, como mandan las reglas de la buena crianza.

–Este es el hombre que acompañará a Tobías –lo presentó el ciego–. Se llama Azar. Dime si su aspecto te agrada. Ana.

–Parece un buen hombre –dijo Ana ruborizándose ligeramente, y bajó la mirada para escanciar la bebida con un gracioso mohín de coquetería que Aicar adivinó en su ceguera y le hizo sonreír. Cuando estaba presente una persona extraña, nadie hubiera dicho que Ana fuera la misma vieja gruñona y malhumorada que Aicar conocía y, a pesar de todo, amaba.

Los dos hombres apuraron sus copas de aguardiente de un golpe y chasquearon la lengua para mostrar complacencia.

–Pero dime, buen amigo –dijo Aicar –, ¿cuál será el salario que habré de darte? ¿Te parece bien un dracma diario y los gastos de comida y posada para ti y para mi hijo? A la vuelta añadiré algo más si todo ha ido satisfactoriamente.

Azar estuvo de acuerdo. Aicar estrechó su mano y volviéndose a Tobías le dijo:

–Ya lo has oído, hijo. Prepárate para el camino y que tengáis un buen viaje.

Ana tornó a salir detrás de la cortina para llenar nuevamente los vasos sin que Aicar la hubiese requerido para ello. Un dispendio que evidenciaba la medida de su felicidad. Aicar la amó en su corazón y lamentó una vez más haberla llamado Tarasca, aunque sólo para sus adentros, tres veces ya en lo que iba de luminoso día.

Cinco

No lejos de la casa de Aicar habitaba un antiguo conocido suyo de nombre Ezequiel que había sido guardia en la Casa de la Vida durante muchos años. Cometió una falta menor, según se rumoreaba, y lo procesaron, pero, gracias a la intervención de Aicar, que abogó por él ante su pariente Saqisar (eran los tiempos en que éste aún no le había vuelto la espalda, comprometido por sus veleidades de sepulturero), Ezequiel se libró de la pena de muerte y fue solamente expulsado de su trabajo y degradado a cartilla de tercera. Cuando ocurrieron los hechos que estamos relatando vivía pobremente en un ático cercano a la plaza y hacía por la vida, como tantos otros, traficando en el mercado negro.

Cuando asentaron los detalles del viaje, Aicar dispuso que Tobías y Azar lo acompañasen a ver a Ezequiel. Les explicó que su amigo era una de las pocas personas de Nicea que conocía los entresijos de la ciudad toda, por la que, en sus tiempos de guardia, había circulado sin restricciones. Aicar tenía la esperanza de que Ezequiel pudiera indicarles un camino seguro para Ecbatana.

Estaba Ezequiel asomado a la terraza del edificio donde vivía y atalayaba la calle por sí llegaban clientes indecisos. Era un bloque de cemento y ladrillo de diez pisos de altura al que en los tiempos del Virus habían saqueado de puertas, ventanas, cables y tuberías. Encima de los huecos de las ventanas de algunos pisos, los desnudos ladrillos conservaban las huellas renegridas de antiguos incendios, o quizá tan sólo de domésticas fogatas. Desde su observatorio, Ezequiel vio llegar a los tres hombres y reconociendo a Aicar y a su hijo los saludó:

–¡Hola, Aicar y la compañía! ¡Que el Santo os guarde! ¿Qué os trae por aquí?

Aicar se detuvo y apuntando con su blanco bastón a las alturas de donde procedía la voz, alzó la suya y dijo:

–¡Hola Ezequiel, buen amigo! A verte veníamos.

–Ahora bajo –gritó Ezequiel–. Esperadme, que ya voy para allá –y se apartó de su observatorio. Mientras descendía, los visitantes tomaron asiento en el bordillo de la acera. «A éste no le gusta que lo visiten en su casa, –comentó Aicar bajando discretamente la voz para evitar ser oído por los posibles transeúntes–. Ahí arriba debe guardar una fortuna en pilas de transistor y otras menudencias.»

Un instante después apareció Ezequiel, el rostro iluminado por una radiante y profesional sonrisa. Elogió la apostura del joven Tobías y el excelente aspecto de Aicar, a pesar de su edad avanzada, y examinó a Azar con curiosidad sin dejar de sonreír, disimulando la suspicacia que le producía la presencia del extraño.

–¿Cómo has dicho que te llamas? –le preguntó.

–No lo he dicho –respondió el interpelado–, pero me llamo Azar.

–Azar... Azar... –repitió Ezequiel pensativo, mientras se mesaba la recortada barbita con dedos inquietos–. No me suena tu nombre pero tu rostro me resulta familiar.

Aicar interrumpió las indagaciones de Ezequiel para exponer el problema. Se trata de averiguar el mejor camino para atravesar Nínibe sin documentación. Tobías va a cobrar una vieja deuda escoltado por el forastero.

–¿A dónde queréis llegar exactamente? –inquirió Ezequiel sin dejar de escudriñar el rostro de Azar, ¿dónde lo había visto antes?

–A Ragúes de Media, más allá de Peñamefecit.

–¡Pero eso está al otro lado de la ciudad, cruzando el río!

–Así es –confirmó Aicar–. Por eso buscamos tu ayuda. Si fuera cosa fácil ya nos habríamos apañado por nuestros propios medios.

Ezequiel negó con la cabeza, abrió los brazos e hizo un gesto de impotencia. Vendía cara su mercancía.

–Hay poca ayuda que pueda prestaros –suspiró–. Nadie ha llegado jamás tan lejos sin un salvoconducto. Mejor dicho, algunos lo han intentado pero ninguno ha regresado con vida. Solamente la gente de la Casa de la Vida puede viajar tan lejos sin contratiempos. Si no tenéis papeles es mejor que no lo intentéis.

–Vamos a intentarlo.

–Allá vosotros –dijo Ezequiel encogiéndose de hombros–. Yo sólo os puedo aconsejar sobre cómo llegar hasta el Estadio.

–¿Y después? –preguntó Tobías.

–A partir del Estadio no es difícil progresar por el subsuelo, pero no tengo idea de las condiciones actuales de ese camino. Depende de muchos factores y debe haber cambiado bastante desde los tiempos en que yo era guardia.

Aicar meditó los alcances de la respuesta de Ezequiel. Hubiera deseado escuchar algún parecer de Azar, pero el forastero permanecía mudo como un Hermes.

–Está bien –dijo al fin–. Dinos al menos cómo llegar hasta el Estadio.

–Existen dos caminos –expuso Ezequiel–: Uno por la superficie, siguiendo la avenida de la Soleá. Pero al llegar al cruce Egeo acaba la jurisdicción de nuestro barrio y comienza la de Damasco. Tendréis que negociar un salvoconducto de los esenios y ni siquiera eso va a ser fácil porque están divididos en dos o tres facciones. Basta que una os otorgue permiso de tránsito, que habréis comprado a peso de oro, para que otra os declare enemigos y espías y os degüelle si os captura. Mal asunto.

–Eso parece –dijo Azar, impaciente–. Dinos ahora cuál es el segundo camino.

Ezequiel elevó la mirada hasta encontrarse con la de Azar, pero ésta era tan penetrante que no la sostuvo. Recuperando el hilo, prosiguió:

–El segundo camino es menos complicado pero más caro, porque tendréis que satisfacer un crecido peaje a cierta sociedad que lo utiliza para contrabandear mercancías o personas. Existe una cloaca abandonada que en sus tiempos sirvió de desagüe del ferrocarril. Llega hasta las inmediaciones de la antigua estación de Oriente, paralela al trazado de las vías. A partir de allí se vertía en el Guadalbullón, un arroyo cubierto que desemboca en el río grande, pero en ese sector se estrecha tanto que no puede pasar un hombre. Si tomáis ese camino podéis salir a la estación

de ferrocarril, no lejos del Estadio. Eso contando con que la gente de Damasco no haya dado con la cloaca y la tenga vigilada o la haya taponado, que todo puede ser. Hace tres meses que se utilizó por última vez, para traer ciertas mercancías. Tendréis que arrastraros durante horas a lo largo de un conducto infecto donde el aire está enrarecido, entre ratas y sabandijas ponzoñosas. Necesitaréis linternas y suerte –hizo una pausa y terminó–. Yo puedo venderos las linternas, la suerte depende solamente del Santo.

Por la tarde Tobías y Azar se reunieron con Ezequiel en una esquina de la Avenida de Kansas City. Juntos cruzaron la calle y se dirigieron al antiguo foso de la vía férrea, ya despojado de sus raíles y medio relleno de basuras y escombros. Disimulada entre los reventados tabiques de una caseta de guardagujas se abría un pozo de ventilación de la antigua cloaca en la que desaguaba el foso. Ezequiel se adelantó y asomó la cabeza al interior después de apartar los matojos y telarañas que lo obstruían. Husmeaba como un perro de caza:

–No huele a gas –declaró–. Este túnel sigue estando practicable. Trescientos metros más adelante hay otra lumbrera como ésta y trescientos metros más allá una segunda lumbrera, ya bajo la marquesina de la estación de Oriente. Deberéis salir por ella.

Con precaución regresaron a la esquina de Kansas City. Ezequiel se despidió. Antes de alejarse se volvió para preguntar:

–¿Cuándo pensáis iros?

–Dentro de tres días –dijo Azar adelantándose a Tobías–. Hemos consultado un oráculo y nuestro día fasto es el viernes.

–¡Que el Santo os dé suerte!

Regresaron a la casa de Aicar y el forastero dijo:

–Preparad lo necesario y despedid a vuestro hijo porque nos marcharemos esta misma noche.

–¿Pero no decías que faltaban tres días? –preguntó Ana alarmada por aquel brusco cambio de planes.

–Será esta misma noche –dijo Azar con firmeza–. Temo que Ezequiel nos denuncie a los guardias.

–¿Qué te hace sospechar tal cosa? –preguntó el anciano Aicar angustiado.

–Si su intención fuese limpia nos habría preguntado quién soy yo. Sabe perfectamente que soy el intruso al que los guardias andan buscando. Seguramente quiere entregarme a ellos para hacer méritos ante sus antiguos camaradas. Dentro de tres días nos estarán esperando en la antigua estación, a la salida de la cloaca. Pero nosotros haremos el viaje esta misma noche –sonrió y añadió–: Además, nos ahorraremos el peaje del concejal.

Aicar y Ana no se atrevieron a replicar a Azar, aunque un momento antes se habrían dejado cortar la mano por atestiguar la honradez de Ezequiel, que tanto les debía. De sobra entendían que las fidelidades eran quebradizas en aquellos tiempos

difíciles.

–Puede que tengas razón –murmuró el ciego, desolado por la revelación del forastero–. El mundo está loco: los hijos denuncian a sus padres, las esposas a sus maridos, el amigo al amigo y el vecino al vecino. Todo el mundo espía para los guardias. De la desgracia del prójimo depende tu prosperidad. Ésos que tienen la cartilla de primera, ¿qué fidelidades inconfesables demuestran al Consejo para que los promocionen a ese rango? Ofrecen a sus hijas para la implantación de óvulos, venden a sus hijos todavía niños para guardias, se venden ellos mismos por unos números de lotería estatal o por una cartilla de racionamiento.

Abrazó Tobías a su madre y Ana se echó a llorar. Volviéndose hacia Aicar le reprochó:

–¿Por qué mandas tan lejos a nuestro hijo? ¿No era él nuestro báculo? No tuviéramos nunca ese dinero si había de costarnos a nuestro hijo. Hasta el presente, el Santo nos dio de qué vivir y aunque pobres estuvimos contentos.

Al oír esto, Aicar levantó sus ojos muertos al cielo, apretó los temblorosos puños y suspiró profunda y teatralmente como solía hacer cuando era víctima de alguna manifiesta injusticia o cuando su mujer decía algún despropósito. No reprochó a Ana que era ella precisamente la que había insistido en cobrar la antigua deuda. No quería que Tobías llevase a su largo viaje el triste recuerdo de sus padres riñendo en el momento de su despedida.

–No digas eso, mujer –repuso apaciguador, reprimiendo la ira–. Volverá sano y tus ojos lo verán ya que no los míos. Porque un ángel bueno lo acompaña. Tendrá un viaje feliz y volverá contento.

Ana miró a Azar, que sonreía enigmáticamente al oírse llamar ángel. Se le borró el recelo que abrigaba sobre el desconocido y dejó de llorar, si bien continuó emitiendo hipidos, no fueran a juzgarla voluble por aquel brusco cambio de humor.

Después de despedirse de sus padres, Tobías apoyó su mano diestra en la tablilla del dintel y recitó: «Deseo partir, oh Shamash, y elevo mis manos hacia ti. ¡Ojalá pueda regresar con vida! Haz que torne a las calles de Éfeso. Concédeme tu protección. Voy a emprender un viaje desconocido. Si triunfo, te celebraré con alegría en mí corazón, te haré sentar en un trono».

Y Aicar alzó sus ojos nublos al cielo y elevando sus sarmentosas manos dijo:

–El que va delante protege a su compañero. Haced vuestro viaje con prudencia. ¡Que Shamash os otorgue la victoria, que vuestros ojos puedan ver lo que vuestra boca ha anunciado, que los senderos sean rectos delante de vosotros, que las montañas se aparten a vuestro paso!

Todavía había luz en el aire, aunque ya el tono plomizo del cielo anunciaba el declive del día, cuando Azar y Tobías se encaminaron avenida de Éfeso abajo hacia los antiguos desmontes del ferrocarril. En un morral terciado a la espalda llevaban una cuerda, algunas provisiones y dos linternas. Cerca de la esquina del pabellón polideportivo atisbaron una patrulla de guardias que avanzaba por la avenida de

Kansas City. Se ocultaron tras un montón de escombros y aguardaron hasta que la patrulla se alejó.

Los dos hombres abandonaron su escondite, cruzaron la avenida y se dejaron caer resueltamente por el desmante. En la caseta de las agujas destaparon el pozo de la lumbrera y se introdujeron en él. Azar delante, con las linternas encendidas. A tres metros de profundidad se abría el conducto horizontal, un angosto túnel de cemento de ochenta centímetros de altura, por el que era forzoso circular en cuclillas. El fondo plano estaba muy incrustado de resacas materias orgánicas. Avanzaron con precaución hacia la estación de ferrocarril. A medida que se iban alejando de la lumbrera, el aire se enrarecía y la respiración se dificultaba. A poco, los calambres en el dorso de los muslos los obligaron a descansar. Prosiguieron el camino. Las ratas y sabandijas que poblaban el túnel huían de las luces de las linternas. Encontraban montones de trapos y materia vegetal con que los roedores construyen sus madrigueras. Sudaban. El calor era asfixiante. Crecía la pestilente humedad del río. Cuando alcanzaron la lumbrera intermedia escalaron el pozo hasta la superficie para respirar un poco de oxígeno. Afuera había oscurecido. En el desmante vecino no se veía nada aparte del acostumbrado manto de escombros y basura. La carrocería de plástico de un coche, materia inútil despreciada por los chatarreros, reposaba bocarriba ensartada por sus ventanillas delanteras en una viga de cemento que en sus tiempos sostuvo una señal viaria. Zumbaban los mosquitos en el silencio de la noche.

–Descendamos y prosigamos el camino –propuso Azar. Tobías asintió, tratando de transmitir entusiasmo a su gesto. Quería mostrarse esforzado y animoso, a la altura de su acompañante.

Cuando asomaron la cabeza por la segunda lumbrera, ya al término de su penosa excursión subterránea, se encontraban bajo una gigantesca estructura de cemento y duraluminio que semejava vagamente el esqueleto de un animal prehistórico. Las placas de plástico del cerramiento original habían desaparecido dejando que las estrellas titilaran entre la cuadrícula fantasmal de la techumbre. En un muro cercano, entre los chafarrinones de *graffiti* más o menos recientes, medio borrado por el tiempo y la suciedad, se leía: «Estación de Oriente». Poco más restaba de la antigua estación: un ingente montón de escombros y ruina entre el que se adivinaban todavía las primitivas dependencias, pero a la destrucción de los saqueadores se unía ahora la invasión poderosa de la noche y la niebla lechosa que empezaba a remansarse en las zonas más deprimidas. El aire apestaba ya.

Salieron a una plaza rectangular en cuyo centro había un enorme pedestal vacío.

–El Estadio debe quedar hacia allá –señaló Azar. Extremando las precauciones, a pesar de que la noche y la niebla les permitían pasar desapercibidos, caminaron por la acera derecha de una calle ancha que debía ser todavía la famosa avenida de Kansas City a juzgar por los renegridos muñones secos de palmeras que, de trecho en trecho, se elevaban al cielo desde la acera desventrada.

La amplia avenida giraba a la derecha y desembocaba en una plaza con restos de

fuente surtidora en el cruce de alguna vía importante. Al otro lado, flanqueando la calle, se elevaban las moles negras de dos edificios sin ventanas que albergaron unos grandes almacenes y un hotel. A lo largo de las aceras, una sucesión de colosales esfinges con cabeza de perro vigilaban celosamente el camino.

–Allí debe estar el Estadio –señaló Azar una mole lejana.

En aquel momento un rumor conmovió los escombros detrás de los dos hombres. Tobías se volvió, sobresaltado. Cuatro sombras armadas con garrotes y lanzas les cerraban el paso. Otras tantas surgieron del portal más cercano, delante de ellos, y los rodearon apuntándoles con sus hierros. El que parecía el jefe advirtió con áspero acento:

–Daos presos y no intentéis escapar o sois muertos.

Seis

Empezaba a oscurecer. La terraza del comedor de verano del IBG se había quedado casi desierta. Una docena de Monos camareros, impecablemente uniformados de blanco, recogían las mesas de la cena. Algunos comensales prolongaban la sobremesa disfrutando de la agradable temperatura y de la refrescante brisa que se gozaba en aquellas alturas, puesto que las pestilentes emanaciones del río muerto no alcanzaban todavía los niveles superiores del edificio.

Con el pretexto de fumar un cigarrillo, Asmodeo se había alejado de sus compañeros para sentirse solo bajo la bóveda estrellada. Como otras veces, había buscado un rincón apartado, detrás del gigantesco mamparo de la letra I que anunciaba las siglas del IBG a todos los puntos de la ciudad. El zumbido eléctrico del neón iluminado por encima de su cabeza no lo importunaba. Su monótono discurso lo ayudaba a alcanzar una especie de ensueño hipnótico que favorecía sus reflexiones.

Era Asmodeo de unos cuarenta años, aunque representaba mayor edad, delgado, ojos vidriosos orlados de oscuras ojeras, incipiente calva y fino bigotito nítidamente recortado sobre el labio. Era algo cargado de espaldas, como acababan siendo inevitablemente los investigadores de la Casa de la Vida. Los dioses Anu, Enlil y Ea lo habían hecho sabio, de vasta inteligencia, aunque algo retraído y tímido. Desde su alto mirador contemplaba melancólicamente la apagada ciudad que se extendía a sus pies. Al otro lado del río comenzaba a despertarse la bullanga nocturna de los cabarets, tabernas y casas de placer que ocupaban los antiguos palacios del paseo de Contadero. A su espalda un vaho sonoro ascendía de la calle Betis, a este lado del río. Se percibían, de vez en cuando, los bocinazos con que los concejales y oficiales de la guardia se disputaban los aparcamientos en los sectores más iluminados de la acera. Allí abajo desfilaban estupendas limusinas de las que se apeaban hombres orondos y satisfechos que concurrían ansiosos a su estipulada juerga semanal. Los otros sonidos eran retazos de estridente música escapados de las salas de espectáculos cada vez que se abría una puerta, avisos de tómbolas o loterías y prostíbulos, anuncios de las turroneerías, de las freidurías, de los fumaderos y de los paraísos del sueño que pregonaban sus exóticas drogas. Todos esos refinamientos y muchos más estaban al alcance de Asmodeo sin necesidad de aguardar turno. Para los científicos de la Casa de la Vida no había restricciones en ningún tipo de consumo. Eran la crema de la clase privilegiada, el lubricante que mantenía en marcha la máquina estatal. Nada se les negaba. De ellos dependía el funcionamiento de la ciudad, el progreso de los pueblos, la estabilidad del Estado.

En la Casa de la Vida se producían los seres: los Monos adecuados a cada trabajo necesario para el sostenimiento de la ciudad; la combinación que daría simiente animal y vegetal de cualidades precisas para alimentar a la población. Los científicos elaboraban, en diversas secciones, los alimentos, las medicinas, los vestidos y los enseres necesarios para que los habitantes de Nínibe vivieran a costa de la

beneficencia, redimidos del trabajo, felices, sin más obligación que la de mantenerse escrupulosamente fieles al Estado y respetar las leyes de los asirios, tanto los Limpios, que poblaban la ciudad, como los Sucios desterrados al campo.

Lo tenía todo, pero Asmodeo no era feliz. Se interrogaba, en soledad, sobre el sentido de la existencia, de su existencia. No había conocido familia. No tuvo padres. Era el resultado de un programa de ingeniería genética, de una serie y plan quinquenal, una complicada sucesión de letras y números que definían sus capacidades. Lo habían creado para científico. Una muchacha desconocida, tan sólo otra cifra en los registros del IBG, cedió su matriz a cambio de una cartilla de primera clase para su familia. En esa matriz sus predecesores en la Casa de la Vida implantaron un óvulo previamente programado según una serie de la sección E del Departamento de Ingeniería Genética Humana. En cuanto seccionaron el cordón umbilical, lo apartaron de su madre –*portadora* era el término técnico–. Después pasó sucesivamente por la casa cuna, el parvulario, la academia y la facultad de la sección E-8 sin pisar jamás la calle, siempre enclaustrado, al igual que sus compañeros, en la torre de marfil del vasto edificio estatal.

Cuando el aire comenzó a emponzoñarse con la hediondez de las exhalaciones fluviales, Asmodeo abandonó la terraza. Era el último que se retiraba. Incluso los Monos del servicio habían desaparecido ya, después de volver las sillas encima de los veladores y de barrer el suelo.

Asmodeo descendió al piso inferior, la residencia de los internos. Recorrió la silenciosa moqueta de un largo pasillo de techo fosforescente. Se detuvo ante una puerta marcada con el número 473. Asmodeo apoyó la mano sobre el diagrama, debajo del número. La puerta se abrió con un leve zumbido. Entró. Una velada luz cenital azulada se encendió automáticamente. Era una habitación cuadrada de unos cuatro metros de lado, sin ventanas. El techo bajo, a diez centímetros de la cabeza, invitaba a una posición sedente o yacente. En un lado había una cama y un armario empotrado; al otro una amplia mesa con tablero de cristal oscuro. Delante de ella, un cómodo sillón giratorio tapizado de cuero negro.

Detrás de la mesa la pared estaba cubierta por una estantería con baldas de cristal abarrotadas de libros técnicos, formularios y revistas especializadas en algunas de las cuales aparecían artículos firmados por Asmodeo.

Como cada noche, Asmodeo se cepilló los dientes, se duchó con agua tibia y se fue a dormir. Ya en la cama recordó que había olvidado tomar la pastilla: un complejo vitamínico –o, al menos, eso decían– cuya ingestión formaba parte de la rutina diaria de los científicos del IBG. Era la tercera noche consecutiva que recordaba su olvido estando ya en la cama y la tercera vez que se complacía íntimamente en aquel inocente acto de desobediencia y rebeldía a la norma establecida.

Discurrieron lentos los minutos. Dos horas después, Asmodeo aún no había logrado conciliar el sueño. Inquieto se removía en la cama mirando de vez en cuando el ojo luminoso del reloj en la pared frontera. Dejaba vagar la imaginación, urdía

oscuras fantasías, proyectos de rebeldía, se complacía con la remota ensoñación de escapar de la Casa de la Vida para vivir inmerso en el tráfago de la ciudad, anónimamente, como uno de esos hombres desamparados pero libres, casi mendigos, que vegetan en las esquinas o hacen corrillos frente a las hogueras de las plazas, en espera de la próxima cartilla de racionamiento.

Después de otra hora, Asmodeo desistió de dormir. Como si un resorte hubiese disparado un ignoto mecanismo de su conciencia, se incorporó, y se sentó al borde de la cama.

En el lado despejado de la habitación, junto a la puerta del baño, dos barras metálicas descendían del techo hasta casi tocar el suelo. En cada barra dos diminutos pilotos emitían rojos destellos que delimitaban una superficie cuadrada de dos metros de lado. Asmodeo abandonó la cama, se acomodó en el sillón y lo hizo girar para encarar las barras. Un reducido cuadro de mandos se iluminó al instante debajo de la negra superficie del tablero. Con la yema del dedo tocó, o tan sólo señaló, un círculo iluminado de verde. Se produjo un leve zumbido. El espacio entre las dos barras metálicas se iluminó tenuemente borrando la pared del fondo. En el aire se dibujaba nítidamente la palabra programa. Asmodeo accionó otras luces del tablero de la mesa. Nuevos datos se fueron añadiendo al campo electromagnético que constituía la aérea pantalla:

PROGRAMA

A.4977

B.8180

1. SERIE J 15.604: Naturaleza primitiva
2. SEC. SE 8902 X: Vegetal
3. SEC. 03235 AL: Árboles.
4. SEC. 92: general.

Asmodeo pulsó un nuevo botón rojo: acción. La información titiló en la pantalla durante un instante antes de esfumarse en una súbita explosión de color. Aparecieron árboles, muchos árboles, un fresco bosque verde y espeso que tapizaba las laderas de la montaña, un bosque agitado por el viento, acariciado por el sol, habitado por miles de pájaros, de zumbadores insectos, de menudos seres de vida bullidora y minuciosa. Un bosque en primavera. Sobre el alegre fondo aparecieron rótulos rojos que desfilaban por la pantalla:

GINKGOÁCEAS

TORREYAS

PODOCAPÁCEAS

CUPRESÁCEAS

SALICÁCEAS

Asmodeo activó otra célula brillante del tablero. Se desvanecieron las letras rojas y la imagen cambió. Ahora el espectador volaba sobre un bosquecillo meridional en cuyo límite se extendía un prado y un apacible lago cuyas aguas transparentaban los

guijarros del fondo entre el espejeo del sol. Una modulada voz femenina susurró:

–Salicáceas. Latino *salicáceas*. Álamos y sauces. Árboles de crecimiento rápido en suelos húmedos, dioicos. Tienen las semillas cubiertas de borra. Tienden a hibridarse espontáneamente. Álamos, chopos –la imagen de la pantalla cambió a un espléndido y solitario ejemplar de chopo–. *Populus*. Unas treinta especies septentrionales, gran tamaño, crecimiento rápido, álamo negro, álamo híbrido de Berlín, álamo híbrido del Canadá, álamo blanco, álamo cano –a cada denominación se iban sucediendo imágenes de la tierra arbolada, como dicen que fue antes de la plaga, de la tierra fértil a la que sucedieron los estériles desiertos, los calcinados páramos, y las pedregosas torrenteras cuya formación propició la deforestación del milenario. Asmodeo contemplaba extasiado aquella sinfonía vegetal. La sugerente voz, levemente ronca, de la mujer continuaba–: Sauces. Latino *salix*. Grupo de trescientas especies y muchos híbridos, principalmente arbustivas. Mimbres, sauce laurifolio, *Salix pentandra*; sauce cabruno, *salix caprea*; sauce ceniciento, *salix cinérea*...

Pero Asmodeo ya no la escuchaba, ni siquiera la oía. Regresó de su ensoñación. Instintivamente volvió la cabeza hacia la puerta de su celda. Permanecía cerrada. Tocó un nuevo color sobre el brillante tablero de la mesa. La voz de la mujer se apagó pero el lujurioso desfile vegetal se mantuvo en el aire con toda su sugestión hipnótica. Con mano nerviosa, Asmodeo pulsó otros colores del tablero. Nuevas cifras y clasificaciones del conocimiento codificado aparecieron en la pantalla sobrescritas al fondo arbolado. Finalmente, activó el color rojo que daba salida al nuevo programa. Desaparecieron las cifras y las letras. Sobre los árboles agitados por el viento bajo un cielo azul purísimo, como el que jamás había conocido Asmodeo, se escucharon los primeros compases del *Allegro Giunté*, la primavera de Vivaldi. Asmodeo abandonó el sillón giratorio y se echó en la cama. Se desabrochó el cuello y acomodó las almohadas de forma que le fuera posible continuar contemplando cómodamente la sucesión de bosques que aparecía en la pantalla. Movía la cabeza levemente, oscilándola al compás de la música, del canto de los pájaros, del rumor de las fuentes, del crujiente sopor del verano, del canto del cuco, de la tórtola, del jilguero, del susurro de los suaves céfiros, del viento del Norte. Arrullado por el canto de un joven campesino, que él confundió con su propio incontenible canto desatado finalmente sobre la sordina de la almohada, Asmodeo fue adormeciéndose. Pero no iba a dormir aquella noche. Con un brusco movimiento rechazó el embozo de la cama. En la brumosa duermevela de su primer sueño había tomado una decisión.

Quizá la decisión lo había tomado a él.

La que había estado madurando largo tiempo, casi como un juego culpable relegado a los más íntimos pliegues de su imaginación. Ahora, despierto, dolorosamente lúcido, no quería reflexionar más porque de lo contrario renunciaría a su deseo. Con precipitación se despojó del pijama y se vistió la ropa exterior. Abrió la puerta de la habitación, se asomó al pasillo, miró a un extremo y otro del corredor. No

había nadie. Salió de la habitación. Afuera reinaban la soledad y el perfecto silencio. Diminutas lucecitas azules emplazadas a lo largo de los muros, a diez centímetros del suelo, iluminaban el silencio de la moqueta gris. Caminando sigilosamente, el fugitivo se deslizó hasta la puerta que sellaba el final del pasillo. Después de un breve instante de indecisión, apoyó su trémula mano derecha sobre el helado diagrama de la mano. La puerta se deslizó obediente con un leve zumbido hidráulico que sobresaltó al furtivo transgresor. Asmodeo miró hacia atrás por encima del hombro, temeroso de que una docena de cabezas asomadas a otras tantas puertas estuvieran presenciando su delito. Pero el corredor continuaba desierto. Sus compañeros dormían. Ante él, al otro lado de la puerta, que tornaría a cerrarse automáticamente transcurridos diez segundos, se despeñaba, angosto como la garganta de un monstruo, un tramo de escaleras. Descendió nerviosamente. Después recorrió un nuevo pasillo estrecho y kilométrico. Franqueó otra puerta y luego otra. Estaba de suerte. Cada puerta del IBG estaba programada para accionarse según el estímulo de ciertas manos. Sólo las de los componentes del Consejo Supremo Asirio podían abrir todas las puertas. Lo establecido era que cada uno de los científicos de la Casa pudiese franquear las que correspondían a su sección de los laboratorios de los servicios comunes. Sin embargo Asmodeo iba discurriendo por sectores del edificio que nunca antes había visitado y, no obstante, las puertas obedecían dócilmente al estímulo de sus huellas dactilares. Quizá una avería providencial en los circuitos de la computadora central había descargado o alterado los programas de su memoria dejándola a merced de cualquier intruso o de cualquier fugitivo. Una avería en la computadora central era de lo más improbable, pero Asmodeo no encontraba mejor explicación a lo que estaba ocurriendo. Él, como científico, no comprendía argumentos tales como la providencia o el azar.

Bajó otra escalera, franqueó su enésima puerta y luego otra. Guiándose por su mal ejercitado instinto de orientación, intentaba alcanzar la dirección y profundidad a la que calculaba se encontraría la puerta de entrada del edificio. Finalmente desembocó en un amplio vestíbulo pavimentado con un mosaico de vivos colores que representaba a Shamash.

En el centro de la sala se erguía un pedestal cúbico de granito rojo sobre el que se alzaba, mayestática y brutal, la estatua de un rey en obsidiana negra, un coloso de anchas espaldas y robusto cuello que abrazaba mortalmente a una rugiente leona estrangulándola contra el pecho sin perder la parsimoniosa gravedad de su pose, eminente la soberbia cabeza, altivo y concentrado el gesto. La rizada barba, cuyos tirabuzones habían peinado calientes tenacillas de hierro, despedía fulgores por la miríada de luces azules de una gran lámpara de bronce que pendía de los altos artesones del labrado techo de cedro e iluminaba la sala. La leyenda esculpida sobre el pedestal de granito rezaba:

Yo Sargón, el poderoso rey de Akad rey de las cuatro regiones del mundo, pastor

de los asirios

Mi madre era humilde, a mi padre no lo conocí.
El hermano de mi padre vivía en las montañas.
Mi ciudad es Azupicanu, en la orilla del Éufrates.
Mi humilde madre me concibió en secreto y me parió en secreto,
me arrojó al río que me fue favorable.
Akki, el regador, me crió para jardinero.
La diosa Ishtar me amó
cincuenta y cuatro años goberné el reino.
Reiné sobre las cabezas negras,
destruí poderosas montañas con hachas de bronce.

Las bronceas puertas exteriores del IBG cerraban el paso. Las puertas, de diez metros de altura, arrancadas del expoliado palacio de Nabucodonosor. Recios batientes de cedro, ciprés y olivo, chapados con guarniciones de marfil y plata y oro; adornadas de cobre, ajustadas con troncos y bisagras de bronce; adornada la sobrepuerta con una cornisa azul. Asmodeo se sintió como un insecto despreciable ante la opresiva magnificencia de las puertas. Al otro lado, a veinte centímetros de distancia, estaba su libertad.

En la sólida lámina sin remaches visibles del rojizo bronce, destacaba la negra y brillante huella de una mano abierta, incrustada a la altura del pecho del fugitivo. Después de un instante de indecisión, recelando de que la computadora central le tendiese alguna trampa, una descarga eléctrica o una maldición apocalíptica, por haber osado llegar hasta aquel punto, Asmodeo reunió valor para alargar el brazo y posar tímidamente su mano sobre la mano negra de cristal. Su piel entró en contacto con el frío elemento y ninguna descarga se produjo. Presionó ligeramente.

Nada. La puerta permanecía cerrada.

Probó de nuevo, apoyando esta vez la mano con mayor firmeza. Sin resultado. Lo intentó con la mano izquierda, lo que era absurdo puesto que el diagrama era claramente el de la derecha, con el pulgar separado en el lado izquierdo.

Nada.

Silencio que dejaba oír los desacompasados latidos de un corazón angustiado.

Insistió con la mano derecha. Tenía que ser la derecha. Pero ni la derecha ni la izquierda servían en aquel último obstáculo que lo separaba de su libertad. Advirtió que un sudor frío perlaba su frente y le mojaba el espinazo.

Angustiado, trató de reflexionar.

Intentó persuadirse de que razonaría mejor si conservaba la calma. ¿Qué había hecho? Se había comprometido irreparablemente sin resultado alguno. En cuanto amaneciera, y ya faltaban pocas horas, lo descubrirían. Era inevitable. Todas sus idas y venidas por el laberinto de corredores del IBG habían quedado puntualmente registradas en su ficha. La computadora central trabajaba veinticuatro horas al día.

Velaba siempre, pendiente incluso de los mínimos movimientos que se produjeran dentro de aquellos muros que eran su dominio. La máquina procesaba los datos que cada puerta o corredor o cada probeta o aparato de cada recóndito laboratorio del edificio suministraban. Todo le estaba sometido. Nada ni nadie podía escapar al escrutinio de su ojo implacable. La computadora leía las huellas dactilares. Era ella la que decidía qué puerta franquear a quién y cuál no y a qué hora del día. A la mañana siguiente el Consejo Asirio sería puntualmente informado de la excursión nocturna de Asmodeo.

El frustrado fugitivo comprendió que estaba perdido.

Había caído en una trampa. Demasiado tarde advirtió que la computadora central había sido programada para que permitiese deambular libremente a cualquiera de los habitantes de la Casa de la Vida, franqueando cuantas puertas y pasillos conducían a la salida del edificio, todas las puertas excepto, precisamente, la puerta exterior, la última. La computadora había ido archivando los datos del itinerario nocturno del frustrado fugitivo. De esa información deducirían que había intentado salir de la Casa de la Vida a altas horas de la madrugada y sin la correspondiente autorización. Es decir: que había intentado evadirse.

El desorden era traición al Estado en su grado más grave. Las antiguas leyes asirias, esculpidas en la columna de pórfido de Tenaltinurra, castigaban el delito de traición con la muerte por despellejamiento y empalamiento. Todo ello significaba dolor. Asmodeo nunca había sentido dolor, pero tenía una vaga idea de lo que aquella cruel y primitiva experiencia debía significar puesto que algunas veces había presenciado, desde la terraza del IBG, los despellejamientos y empalamientos de los ajusticiados, entre horribles aullidos, en el vecino paseo del Contadero, al otro lado del río. Por vez primera sintió esa destilación seca y amarga de la garganta.

El miedo.

¿Miedo a la muerte, a la transformación física de su materia orgánica en otra más simple que después revertiría en la composición de otras más complejas? No, desde luego que no. ¿Miedo al dolor, entonces?

Se detuvo en el descansillo de la escalera de regreso. Cerró los ojos e inspiró profundamente. Desbloqueó su mente liberándola del mecanismo de autocontrol del dolor y cuando creyó haberlo conseguido se llevó la mano izquierda a la boca y la mordió con decisión. Clavó profundamente los dientes hasta que el sabor acre de la sangre le inundó la boca. Fascinado contempló la sangrante herida que goteaba sobre la moqueta gris. La experiencia del dolor le devolvía, más como un hallazgo que como una pérdida, el sentido del miedo a la muerte, un sentido absurdamente animal del que los habitantes de la Casa de la Vida estaban, o creían estar, genéticamente liberados.

La muerte no es la mera transformación de la materia. O es algo más. Es el fin del mundo. Es la desembocadura del ser en el no-ser, de mi yo, de mis certezas, de mis recuerdos, de mis complejos y de mis dudas, en la sima oscura de la nada, pensó.

Por vez primera se sintió desamparado como un insignificante átomo que flotara en la honda tiniebla del espacio infinito. Y sólo una luz remota acertó a iluminar su vasta soledad aportándole un leve rayo de esperanza: tengo que escapar. Salir a la vida y al dolor. Rescatar mi vida de mi muerte. No, algo más hondo. Rescatar mi muerte de mi vida.

Un corredor de servicio conducía a una serie de pequeños cuartos donde se guardaban componentes y repuestos con destino a los laboratorios de la segunda planta. En el del final del pasillo existía un respiradero, una ventana baja que se asomaba al río. Asmodeo había penetrado allí en algunas ocasiones, acompañando a un técnico de mantenimiento. Con pasos automáticos se encaminó hacia aquel lugar.

Obraba más por instinto que por determinación de su voluntad. No tenía idea de lo que iba a hacer allí, pero vagamente comprendía que el respiradero constituía otro posible camino al exterior. Dócilmente, cruelmente, la computadora le iba franqueando las puertas ante el breve estímulo de la palma sudorosa de su mano derecha. Asmodeo penetró en el cuarto levemente iluminado por un filamento azul que se encendió en el techo al registrar la presencia de una persona. A la altura del pecho de Asmodeo se abría el respiradero: un rectángulo de anchura suficiente como para que un hombre pasara holgadamente a través de él.

Asmodeo estudió el espacio de su libertad. Al otro lado del agujero se extendía la noche de invisibles riberas. Abajo se percibía el curso lento del río. Las aguas oscuras duplicaban luces y reflejos a través del manto brumoso. Entre la espesa niebla, la orilla del Contadero se había poblado de animación y sonidos. Dejando que su instinto suplantara a la inteligencia, a sabiendas de que una infranqueable barrera invisible impediría que cualquier objeto transitase por el vano de aquella abertura, Asmodeo adelantó cautamente una mano. La sólida vibración del campo electromagnético la detuvo tercamente como un muro invisible. Durante unos instantes Asmodeo contempló las tinieblas exteriores, su libertad.

Razonaba mientras se mordía nerviosamente el labio inferior. Un campo de fuerza electromagnético se interponía entre su prisión y su libertad. Asmodeo conocía los principios científicos del obstáculo. El campo de fuerza se interrumpiría solamente si se produjera un cortocircuito en los sistemas de tensión de la planta. Estos sistemas dependían de un complejo programa del ordenador central que registraba las exactas necesidades energéticas de cada sector del IBG en cada preciso momento del día o de la noche. Si una línea se sobrecargaba, por accidente o porque alguna demanda de energía no registrada alteraba las condiciones del programa, el suministro se interrumpía inmediatamente y la interrupción activaba un ciclo de alimentación paralelo dependiente de una computadora de inteligencia superior capaz de afrontar la nueva situación tras analizar el origen de la anomalía.

Teóricamente, entre el instante de la sobrecarga del sistema automático y el subsiguiente relevo del sistema auxiliar, transcurrían unas décimas de segundo, en que los campos electromagnéticos de la sección afectada quedaban interrumpidos. Si

Asmodeo obraba con suficiente rapidez podía saltar al río en ese momento a través del hueco del respiradero.

Rápidamente tomó su decisión. Abandonó la habitación y buscó la terminal de mandos del sector. Las terminales solían estar emplazadas en el segmento central de cada corredor de servicios. No le fue difícil localizar la brillante placa de cristal ahumado que casi no se distinguía del tono del muro en el que estaba incrustada. Aplicó la mano sobre el diagrama. Inmediatamente aparecieron unas filas de luces de distinta intensidad y color. Nerviosamente recorrió su índice por los sensores adecuados, accionando un programa modificado que sobrecargara la potencia de los circuitos de refrigeración del sector. Lo cronometró de manera que comenzase a funcionar dos minutos más tarde. Pulsó el color que ponía en marcha el programa y a toda prisa regresó al respiradero sobre el río, advirtiendo confusamente que la computadora general acababa de registrar su maniobra. Esto era sabotaje malicioso de las instalaciones del IBG. El pliego de las posibles acusaciones iba aumentando. Se encogió de hombros. De todas formas ya estaba perdido y condenado si lo atrapaban. El zumbido vibrante mantenía su barrera invisible. Se inclinó sobre la ventana. Apoyó sus dos manos extendidas sobre la vibración, cargando el peso del cuerpo. Empujó con decisión. El zumbido aumentó. El cosquilleo del campo electromagnético sobre su piel se tornó casi doloroso. Cuando se consuma el tiempo y desaparezca el obstáculo del campo exterior, dispondré de medio segundo para saltar al vacío, se dijo. Registró los fuertes latidos de su corazón, una sensación elemental que no le resultaba desagradable. Hizo un esfuerzo por concentrarse en la idea del inminente salto. Se proponía dominar sus reacciones primarias en aquel momento decisivo, pero sólo lo consiguió a medias. Fugazmente rechazó el pensamiento de que a medida que profundizaba en su rebeldía contra el IBG sus reacciones parecían tornarse más elementales e instintivas, como si la bestia conquistara parcelas cada vez más extensas al hombre creado para ejercer el intelecto, a la inteligencia pura. ¿No acabaría volviéndose como los Monos de servicio? Quizá su rebeldía había activado algún programa latente en su organismo que lo retraería a tal estado. ¿Tendría algo que ver con las enigmáticas pastillas que por tercer día consecutivo había dejado de ingerir, vulnerando las reglas de los científicos del IBG?

Intentaba rechazar estos pensamientos para volver a concentrarse en su huida cuando, de pronto, el zumbido electromagnético cesó, las manos perdieron apoyo y escaparon por la ventana. Reprimió el movimiento instintivo de retroceso ante la caída. Se impulsó hacia adelante con suicida decisión precipitándose en el denso y caliente vacío de la noche. Tan sólo dejó atrás un zapato, prendido en el aire de la ventana, atrapado en el renovado campo electromagnético que tornaba a sellar la Casa de la Vida como el hermético cofre funerario de un rey antiguo.

Asmodeo cayó al río desde siete metros de altura. Se precipitó entre una niebla densa que hedía a azufre, a excrementos fermentados y a combustión. El caldo espeso de la noche se lo tragó con un leve chapoteo. A través de los apretados párpados

creyó percibir la cerrada oscuridad de un fondo fluvial de cenagosa negrura. Luego, a medida que ascendía a la superficie, impulsado por una fuerza exterior, la progresiva claridad de todos los matices del gris y del verde, un verde lujuriente movido por el compás abisal de las músicas submarinas, como el verde de los bosques de Vivaldi que la pantalla tridimensional recreaba en sus noches clandestinas.

Ishtar gritaba como una mujer en trance de parto.

Siete

Dolorosamente maniatados con cuerdas de piano, llevaron a Azar y Tobías a lo largo de la avenida de las esfinges. Sus captores, borrachos o drogados, los apremiaban entre zancadillas y empellones. En un dialecto medio inteligible bromeaban sobre el inminente empalamiento de los cautivos. Tobías, aterrado, miraba de vez en cuando el rostro de su compañero en busca de una sombra de esperanza que lo ayudase a sobrellevar aquella hora angustiosa, pero el rostro de Azar estaba tan inexpresivo como el de las mayestáticas cabezas de lebreros que coronaban las esfinges de piedra alineadas a lo largo de la avenida. Azar no parecía alterado por la situación, antes bien mantenía alta la cabeza y firme el paso y mostraba una indiferencia que enfurecía a sus atormentadores. Cuando éstos se percataron de la actitud despreocupada del prisionero, concentraron en él sus pullas y dejaron en paz momentáneamente al atribulado Tobías. Quizá fuese esto precisamente lo que Azar perseguía con su desafiante actitud.

A medida que se aproximaban al Estadio, la mole negra y sombría del edificio iba creciendo por encima de la sucia neblina maloliente que la envolvía. El aire era espeso y los hombres resollaban. Se detuvieron frente a lo que en tiempos fue la entrada principal del edificio. Entre la suciedad y el tizne de la fachada aún se distinguían los adornos de un gigantesco mosaico decorado con las insignias de antiguos clubes de fútbol. El que presidía el centro, mucho mayor que los otros, correspondía al equipo titular del campo. El tiempo y las pedradas de muchas generaciones de ociosos transeúntes se habían ensañado hasta el punto de que no quedaba un centímetro cuadrado sin desconchadura.

El jefe de la patrulla, loriga de cuero adornada con tachuelas metálicas, se llevó a los labios un silbato niquelado y lo hizo sonar. Un momento después los goznes del portón giraron con un chirrido mohoso y uno de los batientes se entreabrió. Por la estrecha rendija asomó una cabeza con un casco rojo de motorista adornado de plumas de gallina.

–¡Salud a Tukultininurta! –gritó el del silbato al tiempo que alzaba un brazo a guisa de saludo–. ¡Franqueadnos la entrada porque traemos una presa preciosa! Dos extranjeros que habían cruzado subrepticamente la frontera y merodeaban en el territorio.

–¡Daño y ruina! –dijo el portero– ¿Son babilonios?

–No son babilonios. Están muy bronceados del sol. Éstos no viven en las alcantarillas.

La cabeza emplumada desapareció. Tras un breve instante de indecisión o consulta tornó a asomar:

–Podéis pasar –dijo. Y apartándose, franqueó la entrada. Pasó la patrulla con sus prisioneros. El portero cerró nuevamente el portón y lo aseguró con una gruesa tranca de hierro que pasaba por dos robustas arandelas.

Adentro, una débil lamparilla de barro, cuya luz parecía a punto de extinguirse, apenas alcanzaba a iluminar un rincón de la vasta estancia. Al fondo, alineados sobre el suelo a lo largo del muro, se adivinaban diversos bultos de distinta forma y tamaño. Algunos podrían corresponder a personas dormidas bajo cobertores. El lechoso claror de la luna, velado de niebla, recortaba una gran abertura hacia el fondo de la estancia. Se percibían distantes ronquidos y alguna tos nocturna.

—¿Está despierto Tukultininurta? —preguntó el jefe de la patrulla.

—No lo sé. Vamos a ver —dijo el portero, y dirigiéndose a uno de los bultos del fondo le dio una patada. El hombre dio un respingo y descubrió su desgredada cabeza de ojos.

—Tú —le ordenó el portero—, vete a ver si está despierto el concejal.

—¿Cómo no voy a estar despierto —tronó una voz ronca y malhumorada en la oscuridad del fondo —si desde que me acosté no habéis dejado de alborotar? El día menos pensado os despellejo, os descuartizo y os hago paté de cerdivaca para los Sucios. Pero antes os caparé y me comeré crudos vuestros menudillos.

Dijo y rió su propia gracia con una risa tan estruendosa y prolongada que acabó por desvelar a cuantos aún dormían en la estancia.

Se encendió una luz eléctrica en la habitación de Tukultininurta. El concejal del barrio había instalado su residencia privada en el interior de una furgoneta Studebaker, una reliquia del pasado que constituía el talismán y la más preciada posesión del edil. La viva luz que escapaba por las ventanillas del automóvil alcanzaba a iluminar parte de la estancia. Azar y Tobías pudieron hacerse una idea del lugar donde se encontraban: una sala enorme mucho más larga que ancha, cuyo techo de cemento decrecía escalonadamente desde el lado del portón de entrada hasta la abertura del lado opuesto, que aparecía libre de obstáculos, tan sólo taponada por la espesa niebla exterior. Hasta cincuenta personas, entre hombres, mujeres y niños, dormían esparcidos por un revoltijo de camastros y literas. Los niños semidesnudos y harapientos se arrebujaban bajo las mantas para hurtarse al frío de la noche. El alboroto de los recién llegados los había despertado. Fueron levantándose y se acercaron a curiosear formando en torno a los dos prisioneros un cerco de rostros primero soñolientos e inexpresivos, luego progresivamente expectantes y crueles.

Tukultininurta acabó de vestirse y salió del Studebaker apagando la luz. Para entonces habían encendido media docena de lucernas que iluminaban la sala.

Tukultininurta era alto y ancho como un oso. Reforzaba esta impresión el hecho de que fuera ataviado con un aparatoso abrigo de piel que se cerraba por el lado del pecho con un valioso broche de oro y piedras preciosas. Su cabeza era enorme, un revoltijo de cabellos grises entrecanos en el que destacaba la nariz partida y chata y dos ojillos astutos y escrutadores, medio ocultos bajo unas cejas feroces pobladas de largas cerdas que se proyectaban desordenadamente, como las púas de un puercoespín, y unos labios regordetes y femeninos casi tapados por el indócil bigote. Los labios se abrían en una húmeda sonrisa que dejaba al descubierto dos filas de

dientes lobunos y amarillos.

–Así que vamos a tener un buen empalamiento –comentó mientras se frotaba las manos, complacido–. ¿Dónde los habéis capturado?

–Cerca de la estación vieja –respondió uno de los de la patrulla–. En el camino de Kansas City.

–¡Hola, hola! –exclamó Tukultininurta emboscando los dedos de su mano derecha en la espesa maleza de su barba. Se rascó el mentón reflexivamente y añadió, dirigiéndose a los prisioneros–: Veníais del Norte, ¿no es así, perros? ¿No seréis, por ventura...? –sacudió la cabeza como ahuyentando una idea absurda–. ¡No, no puede ser! La radio dijo que el intruso era uno, no dos. Ya deben haberlo capturado.

–Éramos dos –intervino Azar con firmeza, atajando los razonamientos del edil–. Somos nosotros. Pero como este muchacho no sabe luchar quedó apartado y oculto mientras yo me enfrentaba a los guardias.

–¿Es eso cierto? –tronó Tukultininurta sin disimular la satisfacción que la información le producía, y acercó su rostro al de Azar como si pudiera leer la verdad dentro de los ojos del prisionero–. ¿No tratas de engañarme?

–Es como te digo –repuso Azar tranquilamente–. Créetelo si quieres.

–¿Quieres decir que tú exterminaste a los guardias? –insistió Tukultininurta incrédulo.

–Gritaré en Uruk: sí, soy fuerte y capaz de mudar el curso de las cosas. El hijo del llano es robusto y pujante –recitó Azar con acento burlón citando un pasaje muy conocido del poema de Gilgamesh.

–Bien, bien –reflexionó Tukultininurta rascándose nuevamente la barba–. En ese caso os habéis librado del despellejamiento. Por ahora. A la Casa de la Vida le interesaréis vivos. ¡Lástima! –Y volviéndose a la turba mugrienta de mujeres y niños que rodeaba a los forasteros dio dos sonoras palmadas y ordenó–: ¡Ea, a dormir! Todo el mundo a la cama que aquí no hay nada más que hacer. Tú, tú y tú, llevad a éstos a la mazmorra y quedaos guardándolos toda la noche, y los de la ronda que vuelvan a la calle y mantengan bien abiertos los ojos por si hubiera más intrusos. ¡Ea, todo el mundo a dormir, que mañana será otro día!

Obedecieron prestamente, se apagaron las lámparas y Tukultininurta, restablecida la paz y el sosiego nocturno, se retiró a su furgoneta sin dejar de frotarse las manos, contento ante la perspectiva de alcanzar una sustanciosa remuneración de la Casa de la Vida como premio por la captura de los intrusos y por el celo con que guardaba su distrito.

Azar y Tobías pasaron la noche maniatados dentro de una cisterna rectangular. Los mefíticos vapores de la niebla nocturna se remansaban en aquel pozo y apenas permitían distinguir las siluetas de los tres guardianes que envueltos en sendas mantas, cabeceaban de sueño apoyados sobre los astiles de las lanzas apagados.

Tobías, horrorizado por la situación, no concilio el sueño, pero Azar se durmió enseguida tan apaciblemente como si nada hubiese ocurrido. Antes de empezar a

roncar le había dicho al muchacho: «Ea, hijo, ahora a descansar que mañana será otro día y proseguiremos el viaje si Dios quiere». Aquella despreocupación de su compañero pasmaba a Tobías. No sabía qué pensar, si era que Azar estaba loco o si se trataba simplemente de un hombre que aceptaba la muerte como un accidente sin importancia. Quizá pertenecía a alguna de esas extrañas sectas que desprecian la vida considerándola un valle de lágrimas, tránsito fugaz a otra existencia más apacible que aguarda más allá de los umbrales de la muerte. En cualquier caso estaba tan asustado que no consiguió dormir hasta muy tarde cuando, vencido por las emociones del día, reclinó la cabeza en un rincón y se ausentó del mundo.

Levanto la mirada de estas líneas y puedo imaginármelo, inerme ante su incierto destino, frágil navecilla combatida por los vientos, al borde de la hondura sin ser de la piadosa nada. El poeta persa asemeja los dormidos a los muertos.

Entonces Tobías tuvo un sueño que no recordaría al despertar sino mucho tiempo después, en los pálidos atardeceres de su vejez. Un hombre delgado y pálido se hallaba postrado en una silla de ruedas. Unos pantalones grises y una camisa estampada, floja y ancha, cubrían un cuerpo esquelético, desmadejado y retorcido. El joven Tobías se apiadó del hombre y le preguntó:

–¿Qué te pasa? ¿Puedo ayudarte?

La sarmentosa mano del hombre estaba agarrotada por la parálisis pero aún conservaba el movimiento de dos dedos. Tecleó torpemente sobre un panel adosado a la silla. Al instante se iluminó una pequeña pantalla y sobre ella comenzaron a proyectarse letras que formaban palabras:

–No puedo hablar –decían las palabras–. Sufro..., mi cuerpo sufre, esclerosis lateral amiotrófica.

Tobías leyó el mensaje. Miró al hombre. No había entendido nada. Los torpes dedos volvieron a teclear laboriosamente:

–Destrucción gradual de las células de la médula y del cerebro que regulan la actividad muscular.

–¿Quién eres? –preguntó Tobías.

–Soy el guardián del cielo que habita cerca de la galaxia de Andrómeda. En mi vida me llamé, me llamo, me llamaré Stephen Kawkings. Inglés. De Oxford.

–Yo me llamo Tobías. Hebreo. Nacido en la diáspora.

El hombre tornó a teclear en su panel. En la pantalla se encendieron las palabras. «¿Qué quieres saber?»

–Quisiera conocer –dijo Tobías –las respuestas del hombre.

En la pantalla volvieron a desfilar las palabras: «Un rey asirio invitó a tres ciegos a definir al animal llamado elefante. Uno palpó la trompa y dijo, es como una serpiente áspera. Otro palpó un colmillo y dijo: es como un árbol liso. El tercero palpó la panza y aseguró: Es como un muro». Chisporroteó una luz en el centro de la pantalla y se apagó.

El joven Tobías reflexionó un momento.

–¿Qué sentido tiene el universo? –preguntó.

–Pensar en el universo –dijo la pantalla–: procedimiento general de los desdichados y a veces bálsamo. No son palabras mías. Son de Acevedo, bibliotecario de Babilonia. Hace mucho tiempo, es decir, ahora.

–¿Antaño y ahora?

–Sí. En otro tiempo los hombres medían el tiempo y lo dividían en pasado y futuro. Ignoraban que las leyes de la física que rigen el universo abominan de ese tiempo lineal. Todo ocurre, ocurrió y ocurrirá en el mismo punto. Partículas que se deslizan adelante, antipartículas que van hacia atrás. Mundos especulares que son haz y envés, materia y antimateria. Pero la palabra ha dejado de servir y el hombre sigue atado a ella. La palabra rige sus procesos mentales. Inventa dioses insatisfactorios, pero el último dios, el más inaccesible y poderoso, habita en la palabra. Es la palabra.

–¿No reside Dios en la armonía del universo? –preguntó Tobías.

–¿Qué armonía? –replicó la pantalla–. Hay muchos más estados desordenados que ordenados.

–Pero las respuestas están en el universo. ¿De dónde venimos, a dónde vamos?

–La respuesta es la nada. Venimos de la nada, vamos a la nada. Sin tiempo, fuera del tiempo. El universo tiene principio y final fuera del tiempo infinito. Comenzó en una curvatura infinita. El espacio-tiempo se parece a un globo terráqueo de éstos con los que los antiguos representaban la Tierra. Un globo en el que los grados de latitud comienzan en un punto imaginario, en el Polo Norte. A medida que nos desplazamos hacia el Sur los círculos de latitud crecen.

–¿Quieres decir que el universo comienza en un solo punto y se expande después?

–Así es –respondió la pantalla–. De esa manera el universo alcanzaría un tamaño máximo que sería el ecuador de este globo imaginario y luego se contraería lentamente a medida que nos acercamos al Polo Sur.

–¿Y después del Polo Sur?

–No hay nada. Nada. Igual que antes del Polo Norte. De la nada a la nada. El comienzo y el final del tiempo son puntos ordinarios del espacio-tiempo en los que las leyes de la física continúan siendo válidas. El universo comenzó a expandirse desde un estado suave y ordenado. Pero en el acto de la expansión, la densidad de sus regiones era variable. Las más densas se expandían más lentamente debido a la atracción gravitatoria de la masa adicional. En algún momento se interrumpió la expansión y se colapso para formar galaxias, estrellas y seres como nosotros. Al suave orden del comienzo sucedió el desorden geométricamente progresivo que determinan las leyes del azar. La palabra que lo define es entropía.

–Pero ¿qué ocurrirá cuando deje de expandirse?

–El desorden entrópico continúa aumentando en la fase de contracción. La ley termodinámica continúa actuando.

–¿Qué será, entonces, del hombre?

–No habrá hombres entonces. Las condiciones de la fase de contracción no serán

apropiadas para la existencia de seres inteligentes: el universo será un desorden térmicamente equilibrado. Para entonces las estrellas se habrán apagado y sus bariones se habrán desintegrado en partículas ligeras y radiación.

La niebla nocturna se fue disipando antes de que empezara a clarear la luz indecisa y turbia del alba. Desde el hoyo de su prisión. Azar y Tobías, madrugadores como todos los condenados, alcanzaban a distinguir un vasto anfiteatro de cemento. En las gradas prosperaban arriates de plantas. Allá donde, en los tiempos antiguos, tomaba asiento la multitud excitada que asistía a la competición de los campeones, Tukultininurta había instalado terrazas irrigadas con singular industria. En realidad había sido idea de su padre y antecesor, al que había asesinado y suplantado.

–¡Los jardines colgantes de Nínibe! –tronó el señor del estadio–. Hubo otros en Babilonia –reconoció– pero éstos deben estar más bajo tierra aún de lo que estáis vosotros. Deben estar por alguna parte, a lo mejor debajo de mis plantas, jo, jo, tendría gracia. Una de las siete maravillas del mundo, según dicen, sirviéndome de pedestal y yo sin enterarme. A decir verdad no creo que se pudieran comparar con los míos.

Dirigió una severa mirada a los centinelas y ordenó: «¡Sacadlos!».

Los guardias izaron a los cautivos. Tobías comprobó con pasmo adolescente cómo el alto graderío que atisbara desde el pozo rodeaba una extensa llanura ocupada por un sembrado cuadrangular en cuyos rectos surcos y planteles se alineaban cultivos de distintas clases y tonos. Un espectáculo nunca visto antes por el muchacho criado en el improductivo asfalto.

–Estás bien instalado, concejal –comentó Azar.

–¡A que sí! –respondió Tukultininurta complacido, incapaz de captar la ironía–. Veo que sois gente entendida. Bien, para demostraros que no tengo nada personal contra vosotros, voy a mostraros mi castillo. Así haremos tiempo en espera de que llegue la patrulla de la Casa de la Vida que os recogerá. Esta mañana han vuelto a pregonar tu cabeza por la radio. Andan como locos buscándote. Bien, seguidme, todo esto que veis sembrado por el campo y por los grádenos son tres clases de plantas que contribuyen a alegrar la vida del justo: adormidera, opio y belladona, drogas que ya no se encuentran en el mercado. Y lechugas, a mí me gustan mucho las lechugas.

–¿Lechugas? –se atrevió a preguntar Tobías, que buscaba congraciarse con su captor.

–¡Lechugas, eso he dicho! –exclamó el concejal–. Unas hojas verdes y tiernas que se comen. Tú no las has visto nunca. Sólo conoces el paté y las galletas, je, je.

Halagado por la admiración que despertaba y por los elogiosos comentarios de Azar, que estimulaban su vanidad, Tukultininurta condescendió a mostrar a sus prisioneros las más secretas y reservadas dependencias del castillo. Los invitó al piso superior. Todas las ventanas del antiguo estadio, y los huecos de iluminación o ventilación estaban tabicados con bloques de cemento y ladrillos. Tan sólo pequeñas aspilleras verticales servían para iluminación y vigilancia. Extendida por el suelo, en

la penumbra de las galerías altas, fermentaba una gruesa capa de estiércol sobre la que crecían champiñones y otras clases de setas y hongos de los cuales el concejal explicó que podía obtener alimento y sustancias alucinógenas. En el cuarto donde antiguamente se albergaba la maquinaria y las placas del marcador del estadio, había instalado un jaulón toscamente fabricado con palos y malla de alambre.

–Éste es mi mejor tesoro –explicó con orgullo–:

Tres gallinas y un gallo. Otros concejales poseen loros. Creo que hay uno que incluso tiene una cabra, pero el único que puede comer huevos soy yo. Y mis mejores hombres alcanzan el honor de adornar sus cascos con las plumas de estas preciosas aves.

Tukultininurta se jactaba, entre estentóreas carcajadas, de ser el concejal más poderoso de Nínibe y el más respetado y honrado por el Consejo Supremo Asirio. Su gente vivía próspera y regaladamente, todos con cartillas de primera. Él tenía, además, dos docenas de esposas en las cuales había engendrado más de cien hijos. Casi la mitad trabajaban para la Casa de la Vida; los varones como guardias y las hembras como madres receptoras de proyectos genéticos. Era tal el prestigio de que gozaba Tukultininurta que cuando concurría, rodeado de sus pretorianos, a los cabarets y casas de placer del puerto para participar en las periódicas juergas a que tenía derecho, los guardias asirios, tan severos con otros, hacían la vista gorda y reían sus gracias aunque, en medio de la borrachera, le diera por arrojar pacíficos transeúntes al río. Aunque él se guardaba muy bien de poner las manos encima de un asirio.

Desde la terraza del estadio, Tukultininurta mostraba la ciudad a sus cautivos y les señalaba lugares y edificios con su grasiento índice rematado en enlutada uña. Allí tenéis el zigurat. La torre más hermosa del mundo, con su broncea estatua giratoria en la cúspide. La morada de la poderosa Ishtar, la Casa del Amor, y más allá, aquel enorme edificio gris con una fila de ventanas en la base, es la Casa de la Vida, y esta avenida que discurre frente al estadio aquí delante, a nuestros pies, es la del Magnicidio, una de las más ilustres de Babilonia y de Nínibe.

–¿El Magnicidio? –preguntó Tobías.

–Ese nombre le han puesto, muchacho –repuso el gigante–. No sé por qué. Ni me interesa. Es mejor no saber, más seguro. Esa calle no es territorio nuestro –añadió caviloso bajando algo la voz–. Nuestro distrito acaba en esta acera de la calle, delante del castillo. ¿No veis la alambrada? La acera opuesta pertenece a otro concejal. Gente rara los que ahí habitan. Medio desnudos, incluso en invierno. Locos. Nunca hemos capturado a ninguno vivo, je, je. ¡Nadie quiere dejarse empalar por Tukultininurta! Tampoco ellos nos capturan vivos a nosotros, claro.

–¿Y esa escalera que hay en el suelo, en medio de la calle? –señaló Azar. Mientras el concejal se explayaba, Azar no había dejado de examinar la disposición exterior del castillo y sus alrededores.

–Ésa es la boca del metro –explicó Tukultininurta–. Un tubo subterráneo que

llega hasta el corazón de la ciudad. Eso dicen. Aseguran que discurre por debajo del río y pasa a la otra parte. Antiguamente lo recorría el tren. Ahora está taponado para dificultar la salida de los babilonios del soterrano. Son como ratas. De vez en cuando abren un portillo y hay que cerrárselo. Salen de noche y roban lo que encuentran. Se alimentan de cualquier cosa, incluso de carne humana –añadió con cierta aprensión.

Cuando les mostró el estadio, Tukultininurta condujo a sus prisioneros al gran vestíbulo de la entrada y ordenó a su mayordomo que les entregara la misma ración de galletas vitamínicas y pasta de champiñones que daba a sus gentes. El concejal de distrito estaba de excelente humor. Los comentarios de Azar habían halagado su vanidad.

Azar cavilaba cómo escapar. Ignorante de lo que tramaba su prisionero, Tukultininurta mostraba los más exquisitos modales. Incluso condescendió a sentarlo a su mesa, familiaridad que raramente usaba con su gente. Cuando hubieron comido las galletas, de las que Tobías dio buena cuenta con excelente apetito. Azar, que había ignorado a su joven compañero durante la visita al estadio, le dirigió una furtiva mirada que Tobías no supo bien cómo interpretar, pero que, en cualquier caso, lo alertó. Azar se llevó a la boca las manos, como si fuese a reprimir un bostezo, y alzándose de un salto se lanzó sobre Tukultininurta y rodeó el cuello del gigante con la cuerda de piano que lo maniataba. La presa fue tan rápida que ninguno de los sicarios tuvo tiempo de reaccionar. Tukultininurta cayó de bruces sobre el tablero de la mesa. Sintiendo que se asfixiaba, extendió la mano para indicar a sus hombres que se abstuvieran de intervenir.

–¡Que nadie se mueva de donde está! –advirtió Azar recorriendo a los gorilas con una mirada hostil–, o romperé el espinazo de este buey presuntuoso henchido de viento. Tú –señaló a uno con la cabeza–, libera a mi compañero de su atadura y entrégale unas tijeras.

Obedecieron. En el espeso silencio se percibía, lejano, detrás de una cortina de mantas, el desconsolado llanto de un niño. Todos los presentes habían quedado petrificados. Los que estaban comiendo no se atrevían a tragar el bocado.

Tobías cortó las cuerdas que ligaban las manos de su compañero.

–Ahora abrid el portón –ordenó Azar–. ¡Enseguida!

Con torpes y atropellados movimientos, el tipo del casco de motorista empenachado de gallina descorrió la tranca y abrió el portón.

–Ahora vamos a salir y llevaremos con nosotros al concejal. En cuanto salgamos cerráis de nuevo y corréis la barra. Si alguien asoma por esta puerta antes de una hora degollaré a esta alimaña. ¿Habéis comprendido?

El lugarteniente de Tukultininurta se percató de la expresión angustiada de su amo y asintió con la cabeza. En cuanto Azar hizo ademán de salir, llevando por delante a Tukultininurta babeante y congestionado, los sicarios abrieron paso.

De este modo abandonaron el castillo Azar y Tobías, cuando ya una patrulla de guardias de la Casa de la Vida venía a prenderlos.

Los fugitivos rodearon el Estadio, sin abandonar la protección de los soportales, a cubierto de miradas y tiros de las aspilleras.

Cuando alcanzaron la calle del Magnicidio, la frontera donde se abría, al otro lado de una maraña de devastadas alambradas, el túnel del metro. Azar ató a Tukultininurta a uno de los pilares de su castillo.

–Aquí te quedas, concejal –le dijo–. Que tengas suerte.

Los fugitivos atravesaron el corto espacio que los separaba de la boca del metro. Algunas saetas, lanzadas desde las alturas del castillo, se quebraron contra el piso de cemento de los antiguos aparcamientos.

La boca del metro estaba cegada, pero a pocos metros había un respiradero, una pesada trampa de hierro colado, medio disimulada entre la maleza. Formada de artejos de hierro articulados, sólo se abría desde el exterior.

Juntando sus fuerzas. Azar y Tobías levantaron una de las tapas y entraron. Una oxidada sucesión de travesaños de hierro formaba una rudimentaria escala en un ángulo del lóbrego pozo de cemento. El interior estaba tan oscuro que no se percibía el fondo. Una fuerte corriente de aire pestilente ascendía, inflando las túnicas de los fugitivos, como las de los derviches giróvagos del Oriente.

Ocho

Cuando alcanzó la superficie, Asmodeo aspiró una bocanada de aire nauseabundo. A pesar de la miríada de candentes cristales que arrasaba sus pulmones, aún podía contemplar el sufrimiento de su cuerpo como una experiencia ajena que apenas empañaba el goce de su espíritu. Se alegró. El primer paso hacia la libertad estaba salvado. («Se le alegró el corazón en medio del pozo de la angustia», dice el texto de Qumran.)

Abrió los ojos. Entre las veladuras de la niebla gris, más allá de la pegajosa película de grasa que le resbalaba por la frente, vio alzarse ante él, como un dique granítico, el muro pulimentado y negro de la Casa de la Vida. Giró sobre su cuerpo manteniéndose a flote torpemente. Del otro lado lo rodeaba la espesa niebla cargada de mefíticos vapores. Por un instante, sintió desfallecer su voluntad de vivir en aquel desierto de soledad con que la noche hostil coronaba su locura. Quizá fuera mejor hundirse para siempre en el abismo turbio y permitir que su cadáver amaneciera flotando entre las suciedades de la exclusiva para testimoniar un último gesto de rebeldía y libertad. Pero se repuso enseguida y, rechazando estos pensamientos, ordenó sus ideas. Despertaban sus sentidos más elementales como despiertan, alertados por eléctricos sensores, los circuitos de una máquina que sabe hacer su trabajo.

Un confuso rumor le llegaba de las casas de placer de la orilla opuesta. El agua no estaba demasiado fría, pero su contacto oleoso, rodeándolo y envolviéndolo como una placenta, asqueaba a Asmodeo más aún que el hedor a cieno removido que se espesaba en la niebla a medida que se desplazaba.

Nadó torpemente a lo largo del muro, orientándose hacia el puente de la Alcantarilla. En aquel sector, una carcomida escalera de piedra, resto del antiguo embarcadero, ascendía hasta el paseo superior. Con precaución salió del agua y ganó el paseo fluvial. No había nadie a la vista. Echó a andar por la acera en dirección al puente. Su único zapato chapaleaba ruidosamente y las ropas chorreaban adheridas al cuerpo como una segunda piel. Un aceite espeso le resbalaba desde la cabeza. Sintióse penetrado por aquella envoltura hedionda, Asmodeo se inclinó sobre el pretil del puente y vomitó entre arcadas. Después se sintió aliviado. Contempló el mundo que lo rodeaba, para afirmar su propia seguridad en los inciertos ámbitos de la noche. Nuevamente percibió aquella sensación de miedo propia de animal acosado. ¿A dónde ir? ¿Qué hacer? Guiado por el instinto, cruzó la Alcantarilla. El puente permanecía hundido sobre el río desde los tiempos del milenario. De una y otra orilla, dos planos inclinados de oxidadas planchas de hierro descendían hasta las aguas cenagosas en el centro de la corriente. Para salvar el obstáculo del canal central el IBG había construido un puente auxiliar, un simple armazón de tablones de madera ajustados sobre pivotes de piedra. Con este suplemento, los peatones podían atravesar el río a pie enjuto, pero los escasos automóviles se veían obligados a hacerlo por el

vecino puente de la Sierra, igualmente hundido desde el cataclismo, pero remendado con planchas de hierro sobre pontones. En cualquier caso sólo los vehículos del IBG estaban autorizados para transitar de una parte a otra de la ciudad. A Tukultininurta y al resto de sus colegas en las concejalías de Nínibe les estaba prohibido utilizarlo. Cuando iban al río a lucir sus flamantes furgonetas de gasógeno, debían aparcar en el paseo de la ribera correspondiente y atravesaban el fétido foso fluvial a pie, como todo el mundo.

Asmodeo se detuvo indeciso en la orilla. ¿A dónde ir? Pronto amanecería y se disiparía la niebla. Tenía que alejarse de la Casa de la Vida, escapar de la ciudad. Con el nuevo día descubrirían su desertión, enviarían patrullas a buscarlo, la radio pregonaría su cabeza, ofrecería una recompensa, los esbirros de los concejales rastrearían los escombros hasta dar con su pista. Muy pronto no quedaría en toda la ciudad un hueco por escudriñar. Ellos conocían hasta los más recónditos rincones de la urbe. Él, por el contrario, apenas había salido de la Casa de la Vida. No tenía posibilidad alguna de pasar desapercibido. Confusamente conocía la forma de la ciudad y el trazado de sus calles principales, a través de los planos y diagramas de la pantalla tridimensional, pero, fuera de esto, su conocimiento del devastado laberinto de calles, plazas y pasadizos se reducía a lo poco que podía ver desde la terraza de la Casa de la Vida y al territorio común de las márgenes del río, los cabarets y prostíbulos del Contadero y los reñideros del Betis. La ciudad estaba herméticamente cerrada incluso para sus más privilegiados habitantes. Nadie podía entrar ni salir de ella sin el consentimiento expreso del Consejo Asirio. Nadie excepto aquel osado extranjero que había logrado introducirse dos días antes, al que los guardias buscaban afanosamente. Quizá fuera el ejemplo de su temeridad lo que animó a Asmodeo a intentar la suya, aquel descabellado proyecto que de otro modo posiblemente nunca hubiese osado acometer. Pero Asmodeo era consciente de lo limitado de sus fuerzas. No podía, como el extranjero, lanzarse a escapar a través del cinturón de seguridad. Los guardias lo capturarían y lo devolverían maniatado a la Casa de la Vida. No podía enfrentarse a los soldados, con sus débiles brazos, su piel fina, su pecho estrecho. No era un luchador. Lo habían diseñado para pensar, para experimentar, para sintetizar, para crear. Mas estaba perdido e indeciso en medio de la noche, sus manos sin fuerza y sus brazos colgando como muertos. Su única oportunidad de huir consistía en alcanzar la Puerta Omega, el único punto por donde se podía abandonar Nínibe sin pasar por el cinturón de seguridad. La puerta Omega, cuya existencia sólo unos pocos miembros de la Casa de la Vida conocían, pues constituía materia reservada al Consejo Supremo. Asmodeo supo de ella por un programa erróneamente numerado en una serie obsoleta de la computadora bibliotecaria. Se trataba de un punto del espacio donde convergían dos planos dimensionales, un generador natural en el que se concentraban todos los lugares posibles del universo. Tenía la virtud de modificar el contenido de la energía. Convertía materia en energía y energía en materia. Por aquel punto transmutatorio se podía acceder a otra dimensión y desde

esa otra dimensión era posible regresar a la materia en un punto del espacio alejado de la posición inicial, por ejemplo, fuera de la ciudad, al otro lado del cinturón de seguridad, o más lejos aún. A ese túnel espacial, a ese turbador paréntesis en la geografía y en el tiempo, lo habían denominado Puerta Omega.

La Puerta Omega se encontraba en el hondo Sur. Por lo tanto, Asmodeo debería escapar en aquella dirección. Pero antes necesitaba calzar sus doloridos pies y cambiar de vestidos.

Vestía la gris túnica de los científicos de la Casa de la Vida. Aunque lograra lavarla y desprender de ella la grasa hedionda que la impregnaba, lo que era bastante improbable, era peligroso circular por la ciudad con aquel atuendo. Nadie vestía así en Nínibe.

En aquellas condiciones no podía proseguir su huida. Si no se aseaba pronto, todos los perros y ratas de la ciudad acudirían a él. ¿Dónde procurarse nuevas ropas? Entre la niebla distinguió las luces de los cabarets y prostíbulos del Contadero. ¿En un prostíbulo? Posible, pero peligroso. Tendría que comparecer ante mucha gente, a la delatora luz de las lámparas, uniformado y mojado. Atraería la atención. Acudirían guardias. Desanimado, descartó la idea. Sin saber qué hacer miró la oscura niebla. Allí detrás se alzaba la mole negra del zigurat como un gigante petrificado. Allí no había más luces que las humildes lamparitas votivas que depositaban las oferentes. Nadie lo reconocería allí. Con un poco de suerte se procuraría otra túnica y otras sandalias. Convertido en otro hombre, en un ninibita anónimo, regresaría por el camino del puente y cruzaría la ciudad hacia el Sur. Con otro poco de suerte antes de que amaneciese podría alcanzar la Puerta Omega, o, si lo alcanzaba el día, podría ocultarse en algún bloque de viviendas abandonado hasta que la niebla y la noche le permitieran proseguir a salvo su viaje.

Vestida de niebla se alzaba la opresiva torre, como una montaña, como una pirámide, como un faro. El pedestal que sostenía la morada de Santo era un bloque macizo de ladrillo de noventa y cinco metros de lado y cuarenta de altura. Sobre este soporte se alzaban otros seis cuerpos de tamaño decreciente que remataban, a noventa y cinco metros de altura, en el Santo de los Santos, una cámara de mármol donde, en otros tiempos, se ayuntaban el rey y la Diosa. En los tiempos de Tobías aquella alta cámara permanecía vacía y sellada por mandato del consejo de la Casa de la Vida. Nadie guardaba memoria ya de los antiguos ritos, tanto tiempo hacía que habían caído en desuso.

Cada uno de los siete pisos de la Casa de Fundamento del Cielo y la Tierra (en lengua asiría *Etemenaki*), estaba consagrado a un planeta. Cada piso estaba pintado de diferente color: el primero negro, con asfalto; el segundo, blanco, con cal; el tercero, rojo; el cuarto, azul celeste. La niebla era tan espesa que no dejaba distinguir los colores restantes.

El oro, la plata, el cobre, la roja piedra arenisca, el mármol, el alabastro, el marfil, el arce, el boj, la morera, el cedro, el ciprés, el pino, el olivo, el roble, todos estos

materiales abundaban en su ornamentación. En su interior admiraban al visitante los grandes plafones de ladrillo, esmaltados de brillantes colores, los techos blanqueados para ahuyentar la penumbra, los espesos cortinajes desplegados en torno a elaborados pinjantes de plata. Junto a las puertas exteriores había unas colosales vacas de mármol y marfil que soportaban el cáliz floral donde descansaban las robustas columnas. Para el mismo propósito se habían fundido unos toros y leones alados de bronce. Las columnas de madera de cedro que sostenían sobre sus potentes lomos estaban chapadas de cobre. Así era el palacio sin rival, la antigua Casa de la Vida, centro de un mundo que ya pasó.

Pero las maravillas del zigurat no acababan en él. Antes bien irradiaban su luminosa presencia a los edificios y dependencias colindantes. Un gran patio porticado se asomaba, por el lado del Sur, a las terrazas del río, no lejos de la Alcantarilla. Al patio cuartelado de arriates y alcorques, donde antiguamente esparcían su azahar los aromáticos naranjos, se abría una sucesión de cámaras o celdas enjalbegadas sobre cuyas paredes se habían aplicado decorativas pinturas de hierbas y flores. Las cámaras eran idénticas y carecían de puerta. A través del vano de entrada de cada una de ellas se veía, en el centro del patio, una preciosa imagen de la divina Ishtar, de cedro y tamarisco, adornada con piedras preciosas y oro. En el bello rostro doliente de la diosa unas perlas figuraban lágrimas. Entre la niebla se adivinaba la constelación de lamparitas votivas que ardían en torno a la imagen duplicando el cielo invisible en sus temblorosos pabilos. El velo de la diosa era rojo y entre los dedos abiertos de sus manos, casi ocultas por el encaje, se enroscaban serpientes.

En una de las celdas de aquel patio reservado se lamentaba amargamente una virgen llamada Sara. Las esclavas de su padre la despreciaban porque durante siete años consecutivos se había ofrecido a Ishtar y había permanecido durante los siete días canónicos en su templo sin que ningún extranjero se acercase a ella para liberarla del compromiso con la diosa. Sara presentía el desprecio de sus amigas y de sus esclavas cuando regresara por séptima vez fracasada y virgen. Este pensamiento la deprimía tanto en aquella su última noche que sólo pensaba en quitarse la vida. Pero se decía: «Soy la única hija de mi padre y si me colgara de una viga del templo, el oprobio caería sobre él, y el dolor resultante conduciría su ancianidad al sepulcro». Oraba dirigiendo sus ojos llorosos a la diosa y le decía: «Bendita eres Ishtar, y bendito es tu nombre santo y excelso por los siglos. Que te bendigan todas tus obras para siempre, blanca paloma. En ti pongo mis ojos y mi rostro, virgen morena, llévame de esta tierra y que no escuche ya más desprecios. ¿De qué me sirve la vida?».

Escribo tu nombre Sara y lo pronuncio en voz alta y me resuena como la distante marola de los días felices de la infancia. Levanto la mirada, Sara, al lento amanecer por encima de Jabalcuz y otra vez pronuncio tu nombre y me parece que te encierra a ti y a alguna belleza indescifrable. Tú eras Sara. En eso, Sara, todos los textos son unánimes, si bien algunos te transcriben *Sarai*. Tu nombre deriva de una antigua

palabra semítica que significa *reina o princesa*. Así llamaban sus devotos a la Diosa Madre neolítica.

Bañada en lágrimas se acostaba Sara cada noche y, si finalmente lograba adormecerse, malvados genios la atormentaban con ensoñaciones consoladoras que aumentaban su desdicha cuando el amargo despertar la restituía a la realidad. Soñaba que era la virgen votiva de Ishtar en las ceremonias del antiguo templo. Ante los ojos de la muchedumbre se soñaba ascendiendo lenta y solemne los trescientos sesenta peldaños que, a través de los siete pisos del zigurat, conducían al templo superior, a la morada de Marduk, donde debía permanecer doce horas ofreciendo su cuerpo al Dios, esposa sumisa en una noche sin posible mañana.

Soñaba que un apuesto extranjero, alto y moreno, desembarcaba en el puerto y se acercaba al templo, codicioso de mujer tras la abstinencia de su larga travesía en la nao surcadora de mares. Lo veía entrar por la puerta del lagarto Tiamat y detenerse en los umbrales del perfumado patio, lo veía registrarlo con la mirada, girando lentamente la hermosa cabeza de ungidos y rizados cabellos, lo veía reparar en ella, que se encontraba arrodillada, fingiéndose ausente, ante la imagen de Ishtar. Y era la misma diosa, la virgen buena, la que despegaba sus labios de pintado tamarindo para exhortar al apuesto extranjero:

–Ven y toma, cazador, una ramera del templo, llévala contigo y deja que venza al hombre con su poder. La mujer deberá despojarse de sus vestidos y mostrar su belleza. En cuanto el hombre la vea deseará poseerla y su rebaño que medra en el llano huirá de él. Ven y bebe en la redoma de sus pechos.

El hermoso extranjero tomaba a Sara de la mano y la conducía a una de las cámaras nupciales. Allí, la despojaba delicadamente del velo y contemplaba su rostro. La encontraba más bella que la propia diosa y conmovido le decía:

–Descubre tus senos, desnuda tu pecho y que yo posea tu belleza.

Sara descubría sus senos y luego su cuerpo todo y él se le acercaba y la abrazaba y poseía su belleza. Sin pudor la mujer aceptaba el masculino vigor, hacía camastro de su vestido y sobre ella él descansaba. Seis días y seis noches pasaban en el breve instante de un sueño agradecido.

Pero después, como queda dicho, el despertar de Sara era más amargo.

La vía sacra de la Casa de Fundamento del Cielo y la Tierra partía de los aledaños del puente de la Alcantarilla. Aquella avenida antaño brillante, jalonada con las estatuas colosales de Enlil, Enki y Marduk, era ahora dominio del escombros y la desolación. Los palacios y edificios oficiales que en tiempos de Babilonia la conformaban habían sido saqueados, incendiados, demolidos y sepultados mucho tiempo atrás. De la primitiva avenida sólo quedaba el piso de anchos adoquines de granito regularmente despojados de yerbajos por cuadrillas de Monos jardineros, pues era el lugar donde, en las grandes festividades de los asirios, desfilaba la guardia de la Casa de la Vida.

Asmodeo intuía que el mejor escondite eran las dependencias de Ishtar, toleradas

por los asirios como una concesión a las absurdas y groseras supersticiones de los pueblos sometidos a su dominio. En aquel laberinto de callejones y cuartuchos accesorios del zigurat, donde los marineros que arribaban al cercano puerto fluvial concurrían, drogados y borrachos, en busca del abrazo de alguna pupila de la diosa, sería más difícil que dieran con él los guardias o los sicarios de algún concejal codicioso. Hacia allí se encaminó el fugitivo, al amparo de la niebla y aprovechando que la limpia avenida de los desfiles era más tolerable para sus descalzas plantas que cualquier otro camino entre los escombros.

Penetró en el recinto del patio por la puerta de Tiamat, donde colgaba la piel del caimán rellena de paja. En el centro del patio las lámparas lucían en torno a la imagen de Ishtar. Aquella visión casi apacible lo reconfortó. Aunque Asmodeo no tenía creencia religiosa alguna, su alma atribulada se dejaba ganar fácilmente por el ambiente trasmundano del recinto sagrado que despertaba en él ancestrales instintos de protección sobrenatural.

Tenía que procurarse ropa limpia y zapatos. Con precaución exploró los cubículos de la galería en busca de algo con que socorrerse.

En uno de los cuartos, sobre la lamparilla que confusamente iluminaba un bulto sedente, una voz femenina asustada y casi llorosa recitó, al percibir su sombra:

–Salve, Marduk, arador, yo, Ishtar, madre de la tierra, señora y virgen, señora de la montaña, gran señora del príncipe, te saludo y derramo el aceite sobre mi tálamo intacto y quemo a tus pies incienso y froto tus sandalias con sebo de carnero...

En este punto la voz se quebró debajo del velo y cedió a los sollozos.

Repuesto de su sorpresa, Asmodeo se aproximó a la mujer. Estaba sentada sobre una esterilla de lana y con el borde de su rizado velo azul se había cubierto la cabeza y el rostro para ocultar su vergüenza. Asmodeo se agachó ante ella y alzando del suelo la lámpara iluminó el rostro de la muchacha. Sólo vio una mano muy blanca de huesudos nudillos que tenía un pequeño lunar sobre el dedo del corazón.

–Cálmate, mujer –susurró Asmodeo–. ¿Por qué lloras?

La mujer arreció su llanto. Volvía la cabeza el fugitivo nerviosamente para comprobar si alguien acudía al reclamo. Quizá hubiese guardias en el recinto del templo. Una ronda inoportuna, una patrulla que lo descubriera y solicitara su identificación. Podían apresarlos allí mismo.

–Cálmate, mujer –insistió–. Soy tu amigo. Sólo quiero tu bien. ¿Por qué lloras?

La mano de Asmodeo se había posado sobre el hombro de la muchacha. Su contacto tuvo la virtud de restañar el llanto. Todavía emitió la mujer dos o tres profundos suspiros antes de hablar.

–¿Cómo te llamas? –la animaba Asmodeo.

–Sara.

–Es un nombre muy bonito. ¿Me permites que vea tu rostro?

–Soy fea.

–¿Qué importa eso?

La mujer volvió a llorar. Asmodeo, alarmado, no sabía a qué recurso acudir para calmarla. La abrazó, intentaba apaciguarla, le balbucía al oído torpes palabras de consuelo. El miedo a ser delatado por aquellos indiscretos sollozos iba dando paso a la piedad hacia aquella desventurada criatura que sufría.

–¡Sara, Sarita, niña, niña hermosa, deja de llorar, consuélate!

–¡No soy hermosa! –protestaba Sara entre hipidos.

–Lo eres para mí.

–¿Porqué?

Asmodeo sintió que sus últimas reservas se agotaban. Quizá las emociones de la fuga le habían enturbiado el entendimiento. La tensión y el miedo lo habían estragado. También sentía deseos de llorar juntando sus lágrimas a las de aquella infeliz.

–No lo sé –respondió–, porque es de noche y tengo miedo y siento piedad por ti y por mí. Soy un fugitivo. Mañana estaré muerto.

Sara levantó la mirada y contempló el rostro del hombre con curiosidad. Se olvidó momentáneamente de su llanto.

–¿Eres tú el que mató a los guardias y penetró en la ciudad? –preguntó–. Los soldados registraron ayer el zigurat en tu busca. Te buscan por toda la ciudad.

–No, no soy ése. Yo he escapado esta misma noche de la Casa de la Vida. Soy un científico –titubeó antes de añadir–: Lo era.

–¿Por qué has escapado?

–Porque quiero vivir.

Sara no suspiraba ya. Parecía completamente serena. Apartó el velo que cubría su rostro, plegándolo con femenino destreza sobre sus hombros, y alzó la lamparilla. A la débil luz, Asmodeo vio el rostro de Sara y Sara el de Asmodeo. Sara era una mujer de treinta años, fea, los ojos demasiado juntos, las cejas escasas, la nariz larga y un punto aguileña, con el tabique nasal pronunciado; los labios demasiado delgados. A causa de su fealdad había acudido al zigurat durante siete años consecutivos para ofrecer su virginidad a Ishtar, pero siempre regresaba intacta a la casa de su padre. Los escasos forasteros que visitaban las cámaras del templo se retiraban en silencio en cuanto le apartaban el velo. Con tristeza los veía alejarse y buscar por las otras cámaras a una mujer hermosa.

Asmodeo acarició el rostro de la muchacha. Se inclinó sobre ella y la besó en la mejilla. Sara había adelantado la cabeza, entornando los ojos en humilde actitud de entrega. Asmodeo notó la respiración alterada de la mujer. Casi percibía el desacompañado batir de su corazón. Sintió piedad o amor. La rodeó con sus brazos y la besó en la boca. Era la primera vez que un hombre la besaba así. Se le aflojaron los miembros y pareció que iba a desplomarse sobre los vidriados ladrillos del pavimento. Asmodeo la sostuvo entre sus brazos sin apartar sus labios de los de Sara. Cuando notó que la muchacha volvía en sí le musitó al oído:

–Te quiero.

–No, no –dijo ella, alarmada. ¿Era miedo a su propia esperanza o a la mentira piadosa del forastero?

–Te necesito –musitó Asmodeo, bajando la mirada casi avergonzado.

–¡Eso sí!

Y volvieron a besarse con desesperada intensidad, fundidos en un abrazo, indefensos, mientras la noche giraba sobre los goznes del alba y la luz avanzaba como un furioso lobo de fuego por las solaneras de lejanos desiertos.

–¿Qué te ha ocurrido? –preguntó Sara señalando los rastros de cieno en los cabellos y vestidos de Asmodeo.

–Escapé de la Casa de la Vida arrojándome al río.

–Ven que te lave –dijo la muchacha.

Tomando a Asmodeo de la mano lo condujo al patio de los Naranjos, a la fuente de las abluciones, de piedra tallada y pulimentada, con cuatro caños de bronce, uno por cada país del mundo. Debajo de los soportales brillaba la mirada de vidrio del monstruo Tiamat alanceado por Marduk. Aquella piel del monstruo rellena de paja poblaba las pesadillas de Sara. Era la primera vez que se atrevía a penetrar en el recinto sagrado a través de la puerta de la Torre. La presencia de Asmodeo, su mano en la mano de ella, la confortaba tanto que entre su recelo y su esperanza admitió que lo que estaba sintiendo por aquel desconocido era auténtico amor de mujer. Su corazón, desbordado de ternura, era ya el pleno dominio de la sabia Ishtar, aquella que se viste de placer y amor. Está henchida de vitalidad, embeleso y voluptuosidad. En sus labios hay dulzura. La vida está en su boca. Ante su aparición, el gozo se calma. Su figura es hermosísima, sus ojos brillantes. Con la mirada crea la alegría, el poder, Asmodeo se despojó de la túnica, descendió las siete gradas que conducían a la fuente y se sumergió en el agua del remanso. No estaba demasiado fría. Chapaleó débilmente frotándose los hombros y el cuello para liberarlos del cieno seco. La mujer lo contemplaba indecisa entre el pudor y el deseo.

–Yo te lavaré –dijo Sara entonces. Y desnudándose también, tomó una pella de jabón y descendió hasta la piscina. El cuerpo de Sara, joven, de tersa piel y armoniosas proporciones era más bello que su rostro. Sin embargo, a pesar de su edad, aún no le habían ensanchado las caderas y los pechos apenas si le apuntaban, mínimos pezoncitos rosados, poblado pubis de brillante azabache. Parecía una niña.

Sara enjabonó la piel de Asmodeo, su sedoso cabello azafranado, sus delgados brazos, la frágil apariencia de su torso blanco. Luego lo recorrió con una espátula de marfil, demorándose en arabescos y dibujos, enterneciéndose con aquella piel que ya empezaba a marchitarse, amasando con amor de madre la carne entregada, trémula, abandonada al dulce baño, el éxtasis de la belleza y de la muerte.

Asmodeo se abandonaba a la placentera manipulación. Emitía un ronroneo de animalito agradecido. Por vez primera conocía la ternura y ese extraño goce que anida en el regazo del dolor.

Los arropaba la niebla como una casa crecida en torno a ellos, como un espeso

sauce en el centro del patio, en un mundo perfumado de azahar que contendía con la pestilente niebla fluvial.

Salieron del agua. Sara enjugó a Asmodeo con su velo y Asmodeo enjugó a Sara con sus manos tiernamente viriles. Se besaron largamente antes de tenderse sobre el húmedo manto, encima de las losas partidas que difuntas manos babilónicas tallaron para la morada de Ishtar. Allí yacieron como hombre con mujer.

Brillaba el asfalto del muro de la torre como una sólida noche yuxtapuesta a la niebla. Bajo los soportales que cerraban el patio, los ojos de cristal de Tiamat, el caimán relleno de paja, contemplaban mudamente la escena. La condensación de la niebla mentía en ellos una lágrima. Todo el dolor del mundo se había congregado aquella noche en el patio donde los jóvenes amantes se entregaban al misterio fecundo. Ardían como lámparas votivas a los pies silenciosos de Ishtar mientras el indiferente universo giraba sobre los goznes del cielo.

Nueve

Azar y Tobías descendieron por la escala de hierro hasta el fondo del pozo, once metros bajo el nivel de la calle del Magnicidio. La claridad cenital que se filtraba a través de la reja no alcanzaba a iluminar el fondo. A tientas, los fugitivos se acomodaron entre cascotes y basuras antiguas que habían elevado el nivel del suelo hasta casi colmatar el conducto que comunicaba con el túnel del ferrocarril. Por la estrecha abertura resultante circulaba una violenta corriente de aire que olía a grasa, a orines y a carne putrefacta. Azar y Tobías se arrastraron por la alcantarilla comprimiendo sus vientres, tragando el polvo que ellos mismos levantaban al reptar, escupiendo sabandijas etéreas e impalpables átomos de urbana miseria estancados desde el fondo de los tiempos. Alcanzaron una cavidad de más desahogadas dimensiones, seguramente los andenes del metro. Azar exploró el lugar a tientas. La oscuridad era absoluta. Una acera remataba en un redondeado bordillo. Lanzó una piedrecita al vacío para comprobar su profundidad. El rebote contra un fondo duro sonó cercano e inmediato. Entonces el hombre descendió precavido hasta el fondo: apenas un metro. Tanteó el suelo de cemento. Había un canalillo y dos elevaciones longitudinales separadas por un ancho lecho intermedio. Por aquí discurrían los raíles. A continuación había un nuevo canalillo y un nuevo andén elevado. En efecto, una estación del antiguo metropolitano, con el foso por donde discurrían los trenes.

–¡Tobías!

–¡Sí, sigo aquí! –sonó medrosa la voz del muchacho.

–No dejes de hablarme para que me oriente y pueda encontrarte.

–No sé qué decirte. Todo esto está muy oscuro y debe ser muy grande porque el eco de mis palabras resuena lejos de mí. Qué difícil es vivir. Nunca había estado en Babilonia. ¿Es esto Babilonia?...

Cuando notó que Azar llegaba junto a él, el muchacho guardó silencio nuevamente.

–Bien, bien –dijo Azar–. Parece que estamos en la antigua estación del metropolitano. Como no disponemos de linternas ni de cosa con que alumbrarnos nos toca tener paciencia y esperar.

–¿Esperar a qué?

–Esperar a que se haga una luz.

–¿Una luz?

–Sí. Estos subterráneos están habitados por babilonios. Tarde o temprano pasará alguno con una luz. No podemos hacer otra cosa que esperar. Arriba nos estará acechando la gente de Tukultininurta y probablemente también los guardias asirios. Espero que no descendan a buscarnos.

Azar y Tobías se sentaron en el suelo en la oscuridad. El silencio era turbado a veces por el rumor de ratas y sabandijas al arrastrarse entre las antiguas basuras o por sonidos lejanos e imprecisos ecos, pulsiones que parecían rebotar, amplificadas por

las cualidades acústicas del soterrano, procedentes de otros túneles o de otros mundos, como ondas que se propagan en un estanque a partir quizá del mínimo roce *del* ala de un insecto sobre la dormida superficie.

–¿Serán los espíritus? –cuchicheó la voz medrosa de Tobías.

–Los espíritus están aquí dentro –dijo Azar, y su dedo índice acertó a tocar, en medio de la oscuridad, la sien del muchacho.

–¿Tú no crees en los espíritus, Azar?

Azar tardó en responder. Tobías podía percibir su calmosa respiración.

–No, no creo en ellos –dijo por fin.

–¿No crees en la existencia de poderes que Ishtar y Marduk, Adad y Enlil y los otros dioses ordenan y crean?

–No creo en ellos. Tampoco en Ishtar. Es sólo una muñeca de madera a la que la gente pone velas.

Tobías quedó pensativo. ¿Qué clase de hombre era aquel Azar que no creía en los dioses del cielo?

–Entonces –se atrevió a preguntar después de una larga pausa–. ¿Qué es, según tú, lo que hay después de la muerte?

–Nada.

El eco de la voz de Azar resonó tres veces en la invisible bóveda del túnel: «nada, nada, nada». Pareció que crecía al alejarse hasta llenar los ámbitos del aire en la sepultada Babilonia y quizá también en el mundo exterior, hasta más allá de donde las centrífugas galaxias se expanden, como una multiplicada y geométrica explosión.

–¿Nada? –acertó a repetir Tobías, perplejo pero consciente, por vez primera, de las maravillosas cualidades fónicas de una palabra tan usual.

–Nada. El vacío total. La ausencia absoluta. El mundo se acaba cuando mueres. Puede seguir existiendo para los demás, como la experiencia nos muestra, pero para ti se acaba. Antes de nacer tú no había mundo porque tú no podías percibirlo. Después de morir tú no habrá mundo. Somos extraños animales perseguidos por los recuerdos de otros extraños animales que nos precedieron, perseguidos incluso por los recuerdos de los que nos sucederán. Por eso un perro puede ser feliz, o una rata, o una hormiga, incluso un Mono puede ser feliz. Ellos no advierten el mundo. Pero un hombre no puede ser feliz porque advierte que el mundo, su mundo, se acabará fatalmente con la muerte. El hombre es el animal consciente de su propia muerte. Esa consciencia es su más prometida conquista, la única perdurable. También es la fuente de su infelicidad y desasosiego. ¿No has oído recitar el poema de Gilgamesh?

–Sí, algunas veces. Mis padres suelen escucharlo por la radio la noche del Día de Difuntos.

–Pues entonces deberías recordar la desoladora revelación de Enkidu cuando su amigo Gilgamesh lo interroga acerca de la trastienda de la muerte que él ya ha visitado: No queda nada, le dice, ni tan siquiera una sombra.

En estos parlamentos andaban Tobías y Azar, quemando la cera de las horas,

cuando a lo lejos resonaron pasos que se aproximaban y a poco apareció un punto luminoso levemente oscilante. Azar puso su fuerte garra sobre el hombro de Tobías, requiriendo silencio. La luz se acercaba. Luego se vio que eran dos luces. La mano de Azar tiró bruscamente de Tobías indicándole que se volviera a refugiarse en el conducto del pozo de ventilación. Obedeció el muchacho con medrosa celeridad.

Dos hombres con sucintos taparrabos llevaban las luces. Azar se replegó en la entrada del pozo y aguardó a que los descuidados babilonios pasaran ante él. Entonces se irguió como un felino y saltó sobre ellos. Rodaron las lámparas por el suelo, pero no se extinguieron sus pabilos. A la vacilante luz, las imágenes de la lucha bailaban como sombras chinescas reflejadas en la bóveda.

La contienda fue breve. Azar derribó a los dos hombres y los remató de certeros puñetazos en las sienes. Sobrecogido por la fría contundencia de su compañero, Tobías contemplaba espantado el sacrificio de los desconocidos.

A la trémula luz de las lámparas de grasa, que olían a asfalto quemado, Tobías y Azar avanzaron por el polvoriento túnel del ferrocarril. Un trecho más adelante desembocaron en el ensanchamiento de una estación subterránea. El nombre «Maestra del Arrabal» aún perduraba por las paredes, escrito en grandes caracteres, bajo una multitud de *graffiti*.

Esta denominación, «Maestra del Arrabal», a veces traducida por «Valle del Rey», corresponde a un topónimo frecuente en la literatura mesopotámica. Está emparentado con el nombre de Sedee, denominación hebrea del planeta Júpiter.

Junto al andén de la estación, dormido como el esqueleto de una serpiente primordial, como los restos desvertebrados de la monstruosa Tiamat, pensó Tobías, yacía un tren o lo que restaba de él. Tobías nunca había visto trenes, porque estos ingenios no alcanzaron a su tiempo, pero había oído hablar de ellos. Sabía que fueron un medio de transporte muy apreciado antes del Virus, cuando la gente aún viajaba libremente. Algunos ancianos amigos de su padre se jactaban, en las tertulias de la plaza de Éfeso, de haber visto trenes en su juventud y de haber conocido a personas que recordaban haber viajado en ellos. Pero el tren que vio Tobías parecía más el esqueleto de una gigantesca serpiente, quince plataformas con su maciza máquina al frente, ancladas en la eternidad como yertos fantasmas. Los babilonios habían desguazado los vagones, los habían saqueado de planchas y mamparas, de techos y paredes; de ventanas, puertas, asientos, barras, asideros y demás trebejos. Faltaban hasta las planchas del piso. Quedaba la estructura misma, demasiado pesada para arrastrarla y aserrarla en trozos manejables. De aquella desolación se erguían, oxidadas y cubiertas de telarañas, algunas cuadernas semejantes a las costillas descarnadas de un reptil. El polvo y la suciedad habían uniformado los exiguos restos.

Amedrentado por la violencia que acababa de presenciar, el joven Tobías caminaba cabizbajo, sin atreverse a preguntar. Pero Azar le adivinó los pensamientos.

–Los babilonios –explicó su voz tranquila, impropia, pensó Tobías, de una

persona que instantes antes ha asesinado a dos hombres— desguazan estos trenes y cualquier cosa que encuentran. Necesitan material para excavar y construir sus refugios y túneles. Hay más ciudad debajo de la tierra que en la superficie. Las sucesivas ciudades que han existido sobre este lugar se superponen como los ladrillos en un muro. Cada nivel tiene su fundamento en el nivel anterior, los hijos en los padres, de cuyos cadáveres se nutren. Así son todas las obras de los hombres. Luego vienen los arqueólogos, perforan un pozo cuadrado y profundo y, a través de él, por las distintas capas de lodo, cenizas, tiestos y huesos que van hallando, averiguan las distintas gentes que poblaron el lugar, las clasifican e inventarían. Fabrican un calendario que remonta los días de los hombres pero también es calendario que los precede, porque al ahondar acaban encontrándose con ellos mismos, como en un espejo.

Tobías no decía nada. Pensaba en otra cosa.

Tobías era de natural tímido y apocado, casi exento de experiencia de la vida. No obstante, haber compartido con Azar los grandes peligros y zozobras de la víspera, en los dominios de Tukultininurta, le confirió el valor necesario para atreverse a preguntar algo que no cesaba de intrigarlo desde que lo conoció:

—¿Eres un guerrero, Azar?

—¿Qué te hace pensar tal cosa?

—No sé. La radio pregona tu cabeza porque mataste a cinco guardias y ahora te he visto matar a esos dos babilonios indefensos sin pestañear.

—¿Te ha parecido excesivo que los matara?

Tobías meditó la respuesta. No quería herir los sentimientos de su compañero.

—Bueno. Me extraña que no hayas matado a Tukultininurta que había intentado entregarnos a los asirios y, sin embargo, hayas acabado con esos dos pobres hombres que, de cualquier modo, se habrían dejado arrebatarse las lámparas sin resistencia. No iban armados y no parecían peligrosos.

—No maté a Tukultininurta —pronunció la tranquila voz de Azar— porque hubiese sido demasiado piadoso para él. Ese hombre ya está muerto. Nuestra huida es su muerte. En cuanto a los babilonios, su muerte no te preocuparía tanto si realmente conocieses el valor de la vida. Pero eres joven e inexperto.

—¿Cuál es el valor de la vida?

—Nada. Menos que el de un puñado de polvo. En un piojo que tomas de tu cabello y aplastas con la uña hay vida. Una vida tan entera como la de un hombre. Ayer te vi arrancar una brizna de hierba, por distraerte, mientras charlabas conmigo en la plaza: esa brizna de hierba tenía vida, una vida tan completa y compleja como la tuya o la de cualquier hombre. Ninguna vida vale menos que otra y, sin embargo, ninguna vale nada. Imagínate un tiempo infinito poblado de vidas infinitas. Imagínate más vidas que granos de arena forman las playas y mares del universo. Por grande que sea el número que imaginas siempre quedará corto en comparación con el infinito. La vida procede del infinito y se prolonga en el infinito. No viene ni va a ninguna parte. Está.

Se limita a ser. Se transforma incesantemente. Es parte de un proceso, de una cadena sin sentido. Un vacío aterrador que los hombres pueblan de dioses y de espíritus, mentiras que van engañando a las generaciones, promesas sobre algo que nadie ha visto jamás, sueños de poetas borrachos, construcciones ilusorias. ¿Qué valor puede tener un hombre? Nada. Pero los hombres se obstinan en creerse el centro del universo, persiguen el curso de los planetas desde las terrazas de los zigurats, espían el cauce de sus vidas interpretando sueños y entrañas de animales, creen que son algo, se creen el ombligo del mundo cuando en realidad no son nada. Esto vale especialmente para los hombres jóvenes como tú...

Seguían caminando a la vacilante luz de las lámparas. Azar abría la marcha, escudriñando cada rincón antes de pasar adelante. Tobías iba detrás, callado y pensativo.

Pasaron de largo hasta un lugar donde la plataforma se estrechaba, desaparecían los andenes y sólo quedaba el túnel con las vías por donde en tiempos circularon los trenes a gran velocidad. Ahora estaba desprovisto de cables y raíles. Tobías y Azar se internaron por aquella negrura. En un punto cercano, otro túnel cruzaba. En el cemento de la pared una indicación decía: «Cementerio» y casi al lado, señalando el quiebro de la galería, «Cantarerías». Consultaron el plano a la luz de las lámparas. La ruta más corta hacia el río seguía de frente, por lo tanto prosiguieron el camino. Frecuentemente encontraban en el suelo pequeñas señales que delataban la presencia de los babilonios. Montoncitos de huesos de rata o de perro, restos de improvisados almuerzos sobre el polvo espeso que acolchaba el piso de cemento. Huellas de pies descalzos sobre el polvo. Lares de guijarros quemados donde ardieron hogueras.

Anduvieron en silencio durante un buen rato sin encontrar nada. El grosor de la capa de escombros variaba a lo largo del túnel. A veces ascendía hasta el punto de que el espacio entre las cabezas de los caminantes y el techo abovedado era apenas suficiente para discurrir erguidos. Otras veces apenas había escombros y las lucecitas vacilantes de las lámparas casi no alcanzaban a iluminar la alta bóveda superior. Por todas partes los muros de cemento estaban cubiertos de *graffiti* y pintadas antiguas, un abigarrado palimpsesto en el que se confundían signos cuneiformes, jeroglíficos egipcios, silabarios cretenses, alfabeto hebreo y alfabetos griego y latino, voces en inglés con inscripciones en otros extraños idiomas. Las manos que trazaron aquellos signos se habían ido hacía mucho tiempo.

Prosiguieron el camino hasta un gigantesco socavón que comunicaba el túnel con el exterior. Una explosión antigua había abierto una gran tolva, en la que se había vertido metal en fusión provocando una brillante escombrera que semejava el pulido cono de un volcán cuando el magma se enfría y solidifica. Allí se detuvieron a descansar, aprovechando que el aire que se colaba desde el exterior era más puro y respirable. En silencio comieron dos o tres galletas energéticas untadas con una crema de champiñones que Azar había requisado del equipaje de los babilonios. Estimulado por su anterior conversación con su compañero, Tobías reflexionaba:

–La vida no tendría sentido si todo acabase con la muerte. Muere el cuerpo y se transforma en otras cosas que también tienen vida: estiércol y abono de la hierba, pero la conciencia de existir y el amor y el recuerdo y las otras potencias del alma se transforman en otro espíritu. Somos como cuentas de un collar que se van engarzando en el hilo del tiempo.

–¿Por qué piensas eso? –preguntó Azar.

–Porque llevo el día viendo todos esos extraños signos e inscripciones que afloran entre la ruina, y pienso que aunque los hombres antiguos que los trazaron murieran, sus obras aún me alcanzan a mí. Y sus emociones me emocionan. Esos bisontes del techo, o esa leona herida en las vértebras que se arrastra rugiendo en el bajorrelieve del muro –mientras decía esto, Tobías señalaba a su alrededor las imágenes aludidas.

Azar no dijo nada. Masticaba sus galletas parsimoniosamente. La luz de su lámpara proyectaba sus sombras sobre la leona herida del muro.

Después de un momento de reflexión, las palabras de Azar resonaron nuevamente en las bóvedas.

–Esa leona tiene cuatro o seis mil años de antigüedad; esos bisontes puede que tengan mil, quizás veinte mil más. Perduran, tú los ves, yo los veo, cualquiera que descienda hasta aquí puede verlos y pensar en las manos que los crearon o en los ojos que los contemplaron, cualquiera puede recrearse en su perfección y en su belleza que ha perdurado a lo largo de los milenios transcurridos. ¿Quieres decir, entonces, que sus autores o los ojos que los contemplaron no han muerto del todo? Puedes tener razón, pero eso no invalida que dentro del torbellino de millones de siglos que es el tiempo sin fronteras, incluso estos vestigios acabarán no siendo nada, fatalmente dejarán de existir, habrán muerto cuando no queden ojos para contemplarlos ni lenguas para alabarlos ni entendimientos para comprender lo que es bello. La especie humana se extinguirá fatalmente, como las otras especies. Y entonces, como cuando muere un hombre, todo estará acabado para todos los hombres que lo precedieron. Por mucho que camines, al final sólo encontrarás el vacío. Ni los dioses podrán sobrevivir, porque ellos sólo perduran en la memoria y en el corazón supersticioso de los hombres.

Tobías guardó silencio. Luego preguntó:

–¿Era necesario que mataras a los dos babilonios? ¿No pudiste apresarlos y dejarlos maniatados hasta que los liberasen los suyos?

–La muerte se hospeda en la estancia donde duermo –dijo Azar–. Vaya donde vaya, allá está la muerte.

–¿Gozas con la muerte?

–No eran palabras mías, joven amigo –repuso Azar pensativamente–. Recitaba un pasaje del poema de Gilgamesh. En realidad la muerte es tan indiferente como la vida. En la distancia el negro y el blanco se confunden, como esos hilos en que los devotos judíos comprueban si ha llegado ya el sábado o si todavía es viernes.

Se alzó Azar como dando por terminada la conversación y se puso a examinar la

brillante escombrera metálica donde habían estado sentados.

–Éste debe ser el molino de Alonso García –dijo consultando el plano–. Ya estamos cerca del altozano de San Ildefonso, de la torre y del río.

Y trepando por la inestable pila de los escombros, vadearon el obstáculo y prosiguieron su camino evitando los peligros del exterior. Pero sólo habían avanzado unos doscientos metros cuando encontraron un impresionante muro de ladrillo cocido vidriado de azul. El túnel del metropolitano discurría a través de un arco abierto en el muro. A uno y otro lado, resaltando en el brillo azulado, unos dragones en bajorrelieve custodiaban la entrada del túnel. Tenían la cabeza y el cuerpo de víbora cornuda, las patas delanteras de león y las traseras de águila.

–¡La serpiente que camina! –murmuró emocionado Tobías–. ¡Estamos ante la Puerta de Ishtar de Babilonia! –y trepando sobre el montón de escombros que ocultaba la parte inferior del monumento, recorrió con sus dedos, emocionado, los perfiles del relieve–, ¡Cuánta belleza y cuánta grandeza! Desde niño estoy escuchando a los viejos describir Babilonia pero jamás pude imaginar que esta puerta fuera tan bella.

–Cuando la hería el sol, amaneciendo –dijo Azar –brillaba en la distancia como un espejismo, como un astro en la noche sin luna, como una espada, y confortaba al exhausto caminante que se aproximaba a la ciudad hollando el polvo del camino.

–¿Conociste a Babilonia en su esplendor? –preguntó Tobías, volviéndose asombrado–: ¡No puede ser, no eres tan viejo!

Pero Azar se había marchado ya. Tobías percibió sus pasos un trecho adelante, sobre el inseguro cascote que colmaba el túnel, pasada la puerta de Ishtar. El muchacho tomó su lámpara y se apresuró a seguirlo. En la oscuridad que se iba cerrando a su espalda según avanzaba, percibía extrañas presencias que le provocaban escalofríos.

Por espacio de una hora progresaron en silencio, con mayor lentitud porque, a medida que se aproximaban a la torre, el volumen de los escombros aumentaba hasta el punto de cegar completamente algunos tramos del suburbano, lo que obligaba a los fugitivos a internarse por el laberinto de mínimas galerías excavadas en el cascajo. Muchas de ellas se interrumpían a los pocos metros de su inicio, porque los excavadores babilonios habían topado con un gran bloque de cemento o con cualquier otro obstáculo de dureza insuperable. Azar y Tobías se vieron obligados a probar suerte con media docena de ellas antes de encontrar una practicable que les permitiera avanzar unos pocos metros franqueando un obstáculo, sólo para volver a encontrar el mismo problema unas decenas de metros más adelante. Así llegaron, cuando ya en el mundo descendía la tarde, al sector del suburbano bajo los jardines del alcázar de los reyes asirios, según indicaba un viejo y chamuscado indicador de plástico en el muro del túnel. Junto a la plaza había un diagrama del río y los nombres de Abdeel, Masa y Tema, topónimos que aparecen en los registros del rey asirio Tiglat-Pileser III (siglo VIII a. de C). Tema parece corresponder, hoy, a un oasis en la

Arabia septentrional.

–Ya estamos cerca del río –declaró Azar consultando sus planos–. Ahora durmamos un poco para estar descansados cuando salgamos a él.

Y apartándose detrás de la renegrida carcasa de una máquina apisonadora que les ofrecía la magra protección de sus retorcidos hierros, se echaron a dormir. Era tal el cansancio que arrastraban después de la dura jornada, que Tobías se durmió enseguida. No así Azar, que durante un buen rato permaneció velando y pensativo y a veces miraba a Tobías, y lo contemplaba, en su confiado sueño, quizá con un punto de piedad.

Habían transcurrido tres horas cuando un rumor de pasos se percibió por la parte del túnel que Azar y Tobías debían recorrer para llegar al río. Azar aguzó el oído. No cabía duda: entre veinticinco y treinta hombres se acercaban en dirección a los fugitivos. Puso una mano en el hombro de Tobías y lo zarandeó suavemente.

–Despierta muchacho –le susurró al oído–. Viene gente. Hay que ocultarse.

Azar buscó un túnel lateral, apenas un camaranchón medio obstruido por el aluvión de escombros desprendidos, circunstancia que había desaconsejado la continuación de la galería a la que pertenecía. Con un gesto perentorio indicó al muchacho que se ocultara allí y luego lo imitó. Acomodados en el reducido espacio, Azar apagó una lámpara y depositó la otra en el suelo. Cubrió su llama con un cascote hueco, cuidando de no apagarla. Se hizo la oscuridad completa. En tenso silencio aguardaron escuchando las rítmicas pisadas militares que se aproximaban. A los pocos minutos bailaron luces ante la rendija del escondite y un desfile de hombres uniformados, membrudos y silenciosos, pasó de largo. Cuando se hubieron alejado. Azar aguardó un tiempo prudencial antes de decir a Tobías:

–Bueno, ya podemos proseguir nuestro camino.

–Esos soldados –señaló Tobías con una expresión de incredulidad en los ojos – eran por lo menos sesenta y todos eran el mismo: los mismos rasgos en el rostro y el mismo cuerpo y la misma expresión fiera en la mirada.

–Sí –asintió Azar–. Y eso me preocupa, pero también me alivia. Son clones de la guardia de la Casa de la Vida. No los enviaron por nosotros. Buscan a otros.

–¿Qué has dicho que son?

–Clones.

–¿Clones? –se extrañó Tobías–. ¿Quieres decir una especie de autómatas? ¿No son humanos?

–No, no es eso. Son perfectamente humanos. Son copias humanas idénticas, descendientes de una sola persona, no de dos, hombre y mujer, como es lo normal ¿entiendes?

Tobías negó con la cabeza.

–En la célula huevo animal –explicó Azar–, existen muchas células. En cada una de ellas está la información cromosómica completa del individuo de origen. Si se toma el núcleo de una de esas células y se implanta en otra célula sin núcleo, cuando

el huevo comience a dividirse se desarrollará un organismo. Así pueden copiarse a partir de un solo individuo miles de guerreros o miles de Monos. Todos con el mismo cuerpo y el mismo rostro, los mismos lunares incluso: en todo idénticos, como dos gotas de agua.

–¡Guerreros y Monos! –exclamó Tobías.

–Y miembros del Consejo Supremo de la Casa de la Vida. Cada uno de ellos tiene prevista una copia rejuvenecida de sí mismo. De este modo se perpetúan en el puesto. Muere la serie A y sucede la B y a ésta la C y así sucesivamente. Son siempre los mismos. Por eso confían en que la nación asiría no conocerá la decadencia de los imperios que la precedieron. No tendrá vejez.

Diez

Asmodeo despertó. Abrió los ojos y, durante un instante de perpleja felicidad, no recordó dónde estaba ni lo ocurrido la víspera. El techo desconchado, irregular y surcado de oscuras grietas donde anidaban los insectos, no correspondía en absoluto al aséptico, resplandeciente y familiar cuadrángulo que cerraba su celda en el IBG. De pronto, recordó lo sucedido el día anterior, su huida, su llegada al zigurat y su encuentro con Sara. Se incorporó, alarmado. Ya habrían descubierto su deserción. Las patrullas asirías estarían removiendo cielos y tierra en su busca. A la cruda luz del nuevo día le resultaba imposible albergar la más remota esperanza de escapar con vida. Se sentía irremisiblemente perdido. El Consejo no cejaría hasta dar con él.

Sara dormía aún, acurrucada contra el cuerpo de su amante, a pesar del calor. Un brazo de la muchacha lo rodeaba por la cintura asiéndolo firmemente, como si pretendiera impedir que escapase de ella mientras dormía.

Empezaba a clarear y el cielo se llenaba de la luz indecisa y lechosa que precede al día. Se habían retirado las miasmas fluviales y el aire era casi limpio. Alarmado, Asmodeo ponderó la situación. ¿Qué podía hacer ahora? Atravesar el río hacia el Sur a plena luz del día le parecía empresa temeraria y suicida. Habría patrullas buscándolo por todas partes. Los puentes y los caminos estarían vigilados. La radio habría difundido la noticia de su fuga y pregonado una elevada recompensa por su cabeza. Su descripción física habría circulado ya por todas las concejalías. Estimulados por la fácil ganancia, los ociosos habitantes de las ruinas se habrían lanzado a su busca. En tales circunstancias no le quedaba otra opción que ocultarse y esperar a que anocheciera. Entonces intentaría escapar.

Asmodeo se desligó del abrazo de la mujer y se puso en pie. Con precaución se asomó al vasto patio de los Naranjos. No se veía a nadie aunque, presumiblemente, en otros cubículos habría gente durmiendo. Frente al altar de Enki había una informe pila de ofrendas votivas. Escogió una túnica parda y un delgado cíngulo de cuero teñido de azul. Dar con unas sandalias que se ajustaran a sus delicados pies le fue más difícil, pues casi todas las que rescataba de debajo del montón correspondían a tallas femeninas, pero, al cabo, también se calzó satisfactoriamente. Miró a un lado y a otro antes de abandonar el cobertizo de las ofrendas. Nadie lo había visto saquear el guardarropa del dios. Cruzó rápidamente el patio y regresó junto a Sara. La muchacha continuaba durmiendo. Había en su rostro una expresión de felicidad que casi embellecía sus poco favorecidos rasgos. Asmodeo se sentó a su lado y esperó a que despertara. Vigiló el patio hasta que sintió en su nuca el cálido aliento de Sara. Los besos apasionados de la joven volvieron a recorrer su piel como la víspera, con urgencia agradecida. Intentó volverse hacia ella para abrazarla, pero Sara lo evitaba, abrazada a él y fuertemente apretada contra su espalda.

–Soy muy fea –protestó, mimosa–. Ahora me verás a la luz del día y me repudiarás. Te avergonzarás por haber yacido conmigo.

Sin apartar el miedo y la angustia de su corazón, Asmodeo sintió también ternura por la muchacha.

–Tengo que huir, Sara –le confesó–. Mi corazón no conoce reposo. Desde ahora libraré una batalla incierta, transitando caminos desconocidos.

–Huiré contigo si tú me lo permites. Tu casa será mi casa y tu Dios será mi Dios. Yo te ayudaré a vivir fuera de la Casa de la Vida. Iré a la muerte contigo y dormiremos en ella como en un sueño.

Se besaron y volvieron a gozarse. A medida que avanzaba la mañana se llenaba el vasto patio con el clamor de la pajarería que bullía en los cipreses. Luego, los jóvenes amantes tornaron a vigilar el recinto.

–No intentaremos salir a plena luz del día –observó Asmodeo–. Sería una locura.

–No te preocupes. En el templo existen muchos lugares donde ocultarse.

–¿A dónde podemos ir? Temo que lleguen los soldados y lo registren todo.

–Ya lo hicieron ayer.

–¿Y si regresan? Ayer buscaban a otro.

Sara caviló un momento, frunciendo el ceño, lo que la hacía ligeramente estrábica.

–Hay un lugar –empezó a decir– donde yo nunca me he atrevido a penetrar. Está muy oscuro y silencioso. Es una especie de laberinto que descubrí hace años, por casualidad.

–Llévame a él –le pidió Asmodeo.

Extremando las precauciones abandonaron la celda y cruzaron el patio. Al pasar ante la imagen de Ishtar, Sara se inclinó devotamente e hizo la señal de la diosa. Atravesaron un decaído arco de ladrillo estucado y accedieron a un patio intermedio, menor que el de los naranjos, cuyo suelo estaba parcialmente desnivelado a causa de los escombros de construcciones desplomadas sobre las que la piadosa yedra trepaba formando suaves colinas. Había en el centro un templete votivo medio derruido que cobijaba una diminuta imagen de piedra caliza. Era de mal agüero pasar delante de Ninsún sin hacer reverencia. Cogidos de la mano Asmodeo y Sara se prosternaron ante la gran reina. Asmodeo ignoraba la fórmula devota.

–¡Oh, divina Ninsún –dijo Sara–, deseamos emprender un largo viaje más allá de la Puerta Omega, mas no sabemos cómo llegar hasta allí! No conocemos el camino. En tanto no hayamos entrado en el bosque de los cedros, ruega, madre, a Shamash por nosotros.

En el patio siguiente había un templete votivo incendiado y arruinado, una de las vetustas construcciones de los babilonios. La yedra, las higueras locas y la vegetación parasitaria lo habían invadido de tal manera que era casi imposible explorar sus angostas salas de hundidos techos en las que crecía la más espesa e inextricable jungla. Olía a madriguera de animal peludo y a flores podridas, a resina vegetal y a humedad de agua remansada y umbría. Fatigosamente la pareja se abrió camino a través de aquella confusión. Al fondo del pabellón principal había un hueco con

dintel de madera carcomida. Sara lo traspasó medrosamente seguida de Asmodeo. Caminaron a gatas a lo largo de un polvoriento conducto oscuro lleno de mosquitos. Al otro lado del corredor desembocaron en un pasillo largo y estrecho. El suelo y el alto techo estaban formados de bloques de granito, pero el muro de la izquierda estaba enlosado con mármol del Pentélico y el de la derecha con mármol de Máchale, menos marfileño. El piso estaba pulimentado, así como los muros hasta la altura que alcanza el brazo. En aquellas superficies pulidas como el hielo se multiplicaba el reflejo de una azulada lámpara de neón que brillaba al fondo, iluminando el bulto inmóvil de un hombre pelado al cero, sentado con las piernas plegadas, que sostenía una tabla de madera encerada y una caña de escribir. Había interrumpido su labor y observaba a los intrusos. Primero notaron la corpulencia del torso desnudo del hombre, luego el extraño brillo cristalino de sus inmóviles pupilas. Finalmente descubrieron con alivio que el escriba sentado no era más que una antiquísima imagen de madera policromada, ojos de vidrio que espejeaban hacia la eternidad.

Junto al escriba, a los lados del pasillo, sendos corredores idénticos al que Asmodeo y Sara acababan de recorrer. Al fondo del pasillo de la derecha se adivinaba, bajo otra luz azul, una cabra levantada sobre una zarza dorada. En el de la izquierda una gran piedra de basalto con una larga inscripción en su cara pulimentada que Asmodeo leyó a media voz: «Yo, Asurbanipal, entendí la sabiduría de Nabu, me apropié del conocimiento de todas las artes de la escritura en tablillas, leí acerca de edificios celestiales y terrenos y los sopesé. Estuve presente en las asambleas de los escribas».

Otros dos pasillos se abrían a uno y otro lado del bloque de basalto. Siguieron el de la izquierda hasta el fondo, donde otra gran piedra inscrita les cerraba el paso. A uno y otro lado otros dos largos corredores de mármol y granito se abrían. Escogieron uno de ellos al azar. Repitieron la operación media docena de veces. Subieron un par de tramos de empinadas escaleras. Sara comenzó a sentirse acongojada por aquel juego de frías simetrías.

–Tengo miedo, Asmodeo. ¿Dónde estamos?

–En el laberinto de Ishtar. Siempre creí que se trataba de una vieja leyenda babilónica, pero el laberinto existe. Hemos penetrado en él.

Prosiguieron. Al final de un corredor ligeramente más ancho e iluminado que los anteriores ascendía una angosta escalinata. Una lámpara de bronce alumbraba el descansillo superior vigilado por la estatua de un musculoso rey barbudo, en berilo pulimentado. A los lados del rey, sendas alacenas, con postigos de madera artísticamente tallados, celaban secretos. Asmodeo dijo al verlas:

–Necesitamos lámparas y comida.

Los amantes escalaron los empinados peldaños bajo la terrible mirada del rey de ensortijada barba. Asmodeo tiró de la argolla de una de las alacenas. La abrió. En tres polvorientos estantes de madera algo vencidos por el peso, se alineaban hileras de tablillas de barro cocido.

–No hay lámparas. Tendremos que pasar sin luz –dijo Asmodeo emitiendo un suspiro.

–El poema de Gilgamesh es luz –resonó gravemente una voz argentina a sus espaldas, en lo hondo de la escalera.

Con el terror pintado en sus semblantes, Asmodeo y Sara se volvieron hacia la voz. Había un anciano ciego y achacoso, vestido de larga túnica gris hasta los pies, calva y cana la venerable cabeza. Con ayuda de un báculo ascendía penosamente los peldaños.

–Me llamo Acevedo, bibliotecario de Asurbanipal –se presentó–. El hombre que ha visto el fondo de las cosas y de la tierra y todo lo ha vivido para enseñarlo a otros me designó para custodiar sus libros. Habito en esta biblioteca que es también un vasto laberinto –declaró con pausado acento argentino–. He gastado mi vida y la luz de mis ojos entre los libros y ahora continúo leyendo con los dedos en espera de la apacible muerte que pronto me redimirá. Cuando alguien penetra en el laberinto, su mera presencia activa las células fotoeléctricas que encienden las luces. Yo, como podéis comprender, no las necesito. Pero el sistema se mantiene en obsequio de los cada vez más raros y esporádicos visitantes. Asurbanipal lo dejó sabiamente dispuesto en sus mandas testamentarias. ¿Quiénes sois vosotros?

–Me llamo Asmodeo.

–¿Eres tú el que ha huido de la Casa de la Vida? No, no temas. No voy a denunciarte. No soy asirio. No soy nada. O acaso sea muchas cosas. Mi patria son los inefables libros. Vivo al margen del tiempo, más en el pasado y en el futuro que en el presente, si se puede encerrar en esos términos la azarosa existencia. El presente es ilusorio. Tú piensas que huyes; esta mujer piensa que está enamorada, ¿de qué otro modo, si no, estaría dispuesta a acompañar a la muerte o a la, aún más pavorosa, vida, a un hombre al que acaba de conocer? Yo pienso que soy Acevedo. Somos sombras de otras sombras que nos precedieron. Somos nada. Una nada que dispersará la muerte. Estos ladrillos, que no son más que polvo y agua cocidos, nos sobrevivirán.

–¿Cómo sabes que he huido?

–Porque te llamas Asmodeo. Tenías fatalmente que huir. Tu nombre empieza por alfa y termina con omega. Cubre un ciclo completo. Todo estaba predeterminado: tu huida, vuestro encuentro, nuestro encuentro. En algún lugar de este laberinto una docena de tablillas de arcilla cocida relatan tu historia que ocurrió hace muchos miles de años y que volverá a ocurrir incesantemente. Puedes creerme. También mi nombre comienza por alfa y termina en omega. –Acevedo ensanchó su sonrisa y añadió–: Por otra parte la radio ha divulgado tu nombre y tu hazaña. Los asirios te buscan. Dicen que estás loco. Yo no lo creo. Siendo así, todos los disidentes estarían locos. Es una manera mágica de desaconsejar el ejemplo.

–¿Puedes ayudarnos? –preguntó Asmodeo–. Queremos escapar de la ciudad. Fuera de Nínibe podríamos vivir en paz.

Acevedo asintió compasivamente.

–Nínibe somos nosotros. Nadie puede ayudarte porque tu destino no es tuyo ni de nadie. Tu destino está tan escrito como el del rey Gilgamesh a cuyos pies estaba decidido que habríamos de encontrarnos. Ahí donde buscabas una lámpara has hallado la luz de su poema. En él se contienen la triste condición de los muertos y la búsqueda de la inmortalidad. Nos obliga a sentir, con el horror de lo que es muy antiguo, el incalculable peso del tiempo. Sosiégate y aprende a despreciar el terror.

El ciego se acercó a los anaqueles de la abierta alacena y repasó con sus dedos temblorosos los pulidos bordes de las tablillas que se alineaban en el estante intermedio. Escogió la tercera, la extrajo y la sostuvo con una apergaminada mano mientras que los trémulos dedos de la otra recorrían la cuarta columna y exploraban el texto en busca de una precisa cita. Cuando la encontró, recitó en voz alta:

¿Quién, amigo mío, vencerá a la muerte?

Sólo los dioses viven eternamente al lado de Shamash.

Los hombres tienen sus días contados

todo cuanto hacen no es más que viento.

Tú ahora temes a la muerte,

¿Qué se ha hecho de tu heroico poder?

–¿Quieres decir que no escaparemos? –preguntó Asmodeo.

–Quiero decir que no alterarás tu destino huyendo –repuso Acevedo–. ¿Tenéis hambre?

–Sí –respondió Sara atreviéndose a hablar por vez primera.

La sonrisa del ciego se ensanchó al percibir la voz femenina.

–Pues entonces, seguidme –dijo. Devolvió la tablilla a su lugar y cerró cuidadosamente la alacena.

Recorrieron un dédalo de pasillos con paredes unas veces de ladrillo y otras de piedra, de adobe, de yeso o de cerámica vidriada. En todos ellos, a un lado y a otro, se abrían espaciadas alacenas con postigos de diversas facturas y maderas. Ésta es la biblioteca de Asurbanipal, ésta es la de Alhakem II, ésta es la biblioteca de Alejandría, ésta la del Vaticano, ésta la Bodleiana, explicaba Acevedo según avanzaban por el laberinto. Un ordenado montón de tierra y cascotes que un día explorarán hombres como nosotros, quizá nosotros mismos.

Finalmente desembocaron en un angosto patio. Asmodeo y Sara levantaron la cabeza y descubrieron que se hallaban en el fondo de un profundísimo pozo. El brocal era tan remoto como la luna en la noche.

–Éstos son mis aposentos –explicó Acevedo invitándolos a penetrar. La sala era amplia y bien amueblada. Al fondo, una cama con dosel sostenido por cuatro doradas columnas salomónicas. Había un tresillo de cuero, algo ajado, frente a un escritorio. El tablero superior estaba muy arañado del roce de las tablillas de barro cocido. Acevedo ofreció a sus invitados una bandeja de galletas energéticas y un sorbete de

horchata que sacó de una alacena.

–Siento no poder ofreceros más –se excusó–. Vivo frugalmente, como quería Epicteto. Mi único solaz es el de Asurbanipal, el fundador de esta biblioteca, que escribió: mi gozo es repetir los bellos y oscuros escritos sumerios y los textos acadios difíciles de descifrar.

–No tienes que excusarte, anciano –respondió Asmodeo–. Tu hospitalidad nos abrumba. Sólo lamentamos no poder corresponderte.

–Ya me correspondéis con vuestra plenitud, hijos míos –repuso Acevedo–. Os contemplo con los ojos del alma y percibo la perfección del hombre.

–No te entiendo –dijo Asmodeo.

–Estáis enamorados, ¿no? Entonces no sois dos sino uno. Habéis regresado al uno. El siguiente paso hacia la perfección es la muerte.

No sé, yo que transcribo las palabras de Acevedo, cómo interpretarlas. Sara y Asmodeo se miraron en silencio. Quizá comprendieron lo que ahora nosotros, con la distancia que nos separa de ellos, no acertamos ya a comprender. Para los babilonios el hombre primitivo era andrógino. También, curiosamente, para los gnósticos y para Filón de Alejandría, el comentarista de la Biblia. Esta creencia podría proceder de Platón, pero Platón probablemente la heredó de los persas que a su vez la habrían recibido de Mesopotamia. El Jano latino es un eco más de la doctrina que, con el tiempo, ha ido adquiriendo nuevos alcances. En el poema de Gilgamesh, el héroe Enkidu es inequívocamente andrógino. Sin embargo, las palabras con que solemos designar a la criatura bisexual son tardías, griegas. Decimos *androgynos*, es decir «hombre-mujer», y *diprosopon*, «de dos rostros».

Acevedo quiso conocer las circunstancias de la vida de Asmodeo.

–Sabrás, señor y benefactor mío –respondió el fugitivo–, que he consagrado mis años al sacerdocio de la ciencia. Quería sintetizar la vida partiendo de la materia, fabricar los ácidos nucleicos que componen el corazón de la célula y colocarlos en un ambiente que les permitiera vivir, multiplicarse, organizar la vida de su entorno. Alcancé el estado del virus después de años de monótono trabajo en IBG. Incluso fui más allá del virus. También, pequeñas bacterias. Pronto, la industria fabricaría los azúcares y las grasas a partir del aire. Ésta ha sido la meta del IGB desde los oscuros años de la peste: realizar a escala industrial la síntesis de la vida, liberar a la humanidad de la esclavitud y de la muerte, entregarla al ocio, a la belleza, a la contemplación, al amor. Cuando se puedan fabricar por síntesis los ácidos RNA y ADN será posible obtener, en un caldo de cultivo apropiado, los elementos que rodean la célula y su membrana protectora. La vida surgirá de las probetas liberando al hombre de su antigua esclavitud–. Asmodeo hizo una pausa y suspiró. Todo el aparente entusiasmo con que había hablado de sus investigaciones se disipó con el suspiro–. Pero todo ese esfuerzo se basaba en la infelicidad del presente –prosiguió más calmadamente–: En la infelicidad de los Monos y en la de los hombres, de los Sucios y de los Limpios, y en mi infelicidad también. Envejecería entre probetas y

preparados y microscopios sin alcanzar el amor y los goces que con mi trabajo iba a regalar a la humanidad futura. Me rebelé y huí del IBG. Ya conoces el resto.

Acevedo tomó un lento sorbo de su horchata. Asintió gravemente.

–Eso que dices, Asmodeo, no es nada nuevo. Alguien recorrió hace mucho tiempo el camino que tú has renunciado a recorrer. Adivino tu asombro. Nada debe asombrarnos. El hecho es que sólo existe el camino cuando las sandalias del caminante van imprimiendo su huella en el polvo para compañía y alivio de los que vengan detrás. La memoria de los hombres es más frágil que la impronta de esa huella que el viento barre y borra antes de que se ponga el sol el mismo día. Después de cada hombre ha de venir otro que nuevamente recorra el camino creyendo descubrirlo. ¿No has oído mencionar el libro de Raziel?

–Nunca –repuso Asmodeo.

–Bien –prosiguió el ciego–. El hecho es que en alguna parte inexplorada del laberinto duerme el libro de Raziel, un compendio de los secretos de la sabiduría de Dios. He gastado mi vida y la luz de mis pupilas en buscarlo, pero la divinidad o el destino no me han considerado digno de su estudio. O quizá, a veces lo sospecho, no existe el libro de Raziel sino en la abierta naturaleza que nos rodea, en los otros libros, en la creación y en los planetas visibles e invisibles que rigen la bóveda. El caso es que muchos autores hablan del libro de Raziel, aunque ninguno confiesa haber accedido a él si no es con manifiesta falacia. Se menciona por vez primera, que yo sepa, en el eslavonio libro de Enoc, capítulo 28, según el cual Dios mismo ha escrito o dictado libros de sabiduría. Asegura que los ángeles Samuil y Raguil (o Semil y Rasuil) transportaron a Enoc de la tierra al cielo para que recibiese el libro. Raziel es el nombre de un tercer ángel cuyo buril grabó en zafiro los eternos caracteres del libro. Otro texto asegura que Raziel lo entregó a Adán, que había de nombrar a los seres de la creación, y que Adán lo transmitió a su descendencia y a los patriarcas de la Biblia hasta Salomón. Las *targum* referidas al *Eclesiastés* (X,20) aseguran que cada día Raziel, situado en la cima del Horeb, proclama los secretos del universo a la Humanidad y su voz poderosa se percibe en el mundo como un trueno iluminador. Otros sostienen que una copia o el libro mismo está en el tablero de una mesa o en la pulida superficie de un espejo que pertenecieron a Salomón y acabaron, después de innumerables avatares, sepultados en un subterráneo de Auringis, en la remota Tarsis, no lejos de los montes de la plata. Pero éstas son cosas que ocurrieron o que ocurrirán, nada que afecte a vuestra existencia o a la mía.

–Señor –dijo Acevedo–, la contemplación pasiva de la sabiduría de los antiguos no puede modificar el sentido de la vida que se está haciendo hoy y ahora a la luz del sol.

–Te equivocas –repuso el ciego suavemente–. Nada se está haciendo que no estuviera ya hecho. Nada se construye que no haya sido devastado y olvidado cien veces –se incorporó de su asiento y tomó una tablilla de barro cocido de la polvorienta estantería, detrás de su escritorio. Regresó al sillón con la tablilla

reverencialmente apretada contra el pecho, tomó asiento y prosiguió—: En este barro un texto de Jenofonte dice: «Aquí hubo una gran ciudad». También uno de Luciano, al que dijeron: «Tú me pides que te muestre Babilonia, esa ciudad que hace tanto que fue destruida; pues bien, amigo mío, es imposible saber el sitio donde estuvo». San Agustín proclama que el Señor gobierna la historia mediante el sufrimiento. Esa pavada cunde en la historia de la humanidad: levanta religiones, inventa dioses, rige cadalsos, justifica plagas, derriba esperanzas, todo ello tras la vieja falacia de darle sentido al sufrimiento. Pero la mentalidad expiatoria está tan arraigada que incluso los que se rebelan contra ella se hacen, sus cómplices, por el mero hecho de tal rebelión.

—Usted lo sabe —sonrió Asmodeo—. Tiene en la cabeza toda la Biblioteca.

Acevedo le devolvió la sonrisa, triste.

—La edad aporta la verdadera sabiduría: percatarse de que nada se sabe. Detrás de esa necesaria conclusión hay un desierto frío de inquietud y angustia. Como en aquellos versos de Fausto —es otro poema— que dicen: «Sólo puedo aprender que no sé nada / y el alma en la contienda está rendida». Pero mi sentimiento, con ser tan mío, no es nada novedoso. Es frecuente que quien, como yo, se consume entre libros o, como tú, entre probetas y tubos de ensayo, vislumbre la propia frustración en la madurez y lamente no haber vivido la vida.

—Pero la vida es larga y puede dar para todo.

—Tú sabes que el monstruo de la curiosidad intelectual y de la vanidad, ¿por qué no?, de llegar más lejos que los otros en el camino de la ciencia o de la creación, con esa ilusoria competición con Dios, acaba devorando al hombre y le hace perder el sentido de la proporción. Por larga que sea la vida, no nos redime del dolor de ausentarse de ella sin conocer las respuestas. Ni otra vida ni muchas vidas consecutivas salvarían la limitación del hombre. Ésa es su tristeza y ésa es nuestra angustia.

Mientras Asmodeo y Acevedo conversaban, la joven Sara, en respetuoso silencio, curioseaba cada rincón y anaquel de la vivienda. Sobre la mesa de trabajo, llena de extraños objetos, encontró un libro con tapas de madera forradas de gastado terciopelo rojo cuyas hojas eran grandes pergaminos de becerro con iniciales primorosamente iluminadas por algún artista antiguo en la paciencia de un escritorio monacal. Sara pasó varias hojas. Una de las miniaturas representaba a una muchacha vestida como ella: túnica blanca ceñida por cíngulo azul, peinado de Ishtar, caído sobre las mejillas y vuelto graciosamente con tenacillas calientes, y sandalias tachonadas de cuentas de pasta vítrea coloreada.

—¿Qué libro es éste sobre la mesa? —preguntó la muchacha.

—Varios libros hay sobre la mesa —dijo Acevedo—, pero percibo el crujir del mayor pergamino. Todos esos libros narran la misma historia, la historia de un joven que hace un largo viaje para cobrar una deuda de su padre. Es también la historia de un hombre justo al que el Señor probó, para que más destacara su piedad, con diversas

aflicciones y trabajos, con la pobreza y la honda ceguera –y, al decir esto, el ciego abría los brazos y extendía sus sarmentosas manos, sonriendo–, De todas las pruebas salió él vencedor, por su virtud acrisolada. El problema de fondo que plantea la historia es la razón de los sufrimientos del justo. Las almas piadosas no comprenden que Dios permita el sufrimiento de los buenos y el triunfo de los malos.

–¿Entonces, es un libro de doctrina? –preguntó Sara.

–Es un libro que contiene muchos libros a la vez. Los ojos que lo leen, los dedos que lo leen, hacen al libro más que la intención del que lo escribió. El libro grande cuyas pinturas te atraen tanto la atención es un manuscrito griego llamado Sinaíticus. Es el que yo prefiero, pero comparo su texto con los otros para completarlo y comprenderlo. Los otros son textos hebreos y arameos y comentarios de Crocínacio y Heliodoro y Neubager. Los sabios –sonrió como excusándose– incurrían a veces en la innecesaria vanidad de componer libros sobre otros libros que tratan a su vez de libros. Fatigan el mundo como lo fatigan esos reyes que con los adobes de una torre construyen otra. Quieren legar su nombre. Pretender rescatarse del inevitable olvido. Todo es vanidad. ¿No habéis oído hablar del libro de Tobías?

Asmodeo y Sara negaron con la cabeza, pero luego, cayendo en la cuenta de la ceguera del anciano, se apresuraron a añadir: «No». Acevedo pareció muy sorprendido.

–En ese caso será mejor que no os diga nada. Me imagino que ya queda poca gente que se interese por estos temas y menos aún entre los hombres consagrados a la ciencia como tú. Es la oscura historia de un muchacho que viaja. Existen muchas versiones, algunas de las cuales difieren notablemente entre ellas. Algunas son griegas, otras arameas, incluso las hay hebreas. En el Sinaíticus se refleja mejor el texto primitivo. Tiene gran viveza y colorido. De él derivan algunas versiones latinas. El texto llamado del Vaticano es menos pintoresco, porque carga la mano en los aspectos moralizadores de la historia. Casi todas las versiones imitan a las griegas. San Jerónimo siguió para la suya un texto arameo. Hizo el trabajo a regañadientes, a lo que presumo, sólo por complacer a los obispos Cromado y Heliodoro –sonrió Asmodeo al pronunciar este último nombre y murmuró como en un aparte, «Es natural que un adorador del Sol estuviese implicado en la empresa». Luego prosiguió–: San Jerónimo empleó un intérprete judío para leer el texto arameo, lengua que no le era familiar. Aquí tengo dos colecciones de tablillas que recogen otras dos versiones: la de los Setenta de Cambridge, que es la crítica, y la de un oscuro parafraseador y plagiaro árabe llamado Valeas Alarjoní. Por esos anaqueles debe andar también el Tobías arameo descubierto y publicado por Neubager y los fragmentos arameos y hebreos encontrados en una orza de las cuevas de Qumrám. Libros que han fatigado mis viglias. Ahora, en mi vejez, quiero retirarme a dormir en la tranquila espera de la muerte.

En esta charla transcurrieron unas horas. Cuando declinaba el día, Asmodeo comunicó a su anfitrión que Sara y él aprovecharían la noche y la niebla para

proseguir su camino. Acevedo se ofreció a indicarles un pasaje de la biblioteca que desembocaba al otro lado del río, lo que los libraría de atravesarlo por los puentes.

El camino fue largo, a través de interminables pasillos poblados de alacenas y anaqueles. Acevedo estaba torpe de pies y se fatigaba fácilmente. En uno de los descansos, Sara descubrió una hilera de libros que brillaban en una hornacina.

–¿Qué libros son éstos?

–Libros de pergamino, muy antiguos –dijo Acevedo–. Así los hacían en otro tiempo. Forman la historia de un hombre que bajó a los infiernos.

–¿A los infiernos? –preguntó Asmodeo.

–Sí –explicó el anciano–. Varios viajes a los infiernos registran las letras de nuestros anaqueles. El *hadit de* la Escala de Mahoma es el más recóndito de los hijos de Enoc y el más notorio porque de él se derivó el sueño del profeta Dante. ¿Te interesa la caída de los ángeles?

–No sé –titubeó Asmodeo, inquieto–. ¿Por qué me lo preguntas?

–Tampoco yo lo sé –sonrió el ciego–. Quizá un ángel ha sobrevolado mi corazón inspirándola.

La palabra *ángel* tiene unas connotaciones culturales definidas para el lector cristiano, pero la misma palabra significa algo muy distinto en hebreo, en asirio, en acadio. Los ángeles son genios, espíritus, meigas de muy diversa apariencia, unos buenos, otros malos. En general son mensajeros o mediadores entre los dioses y los hombres. Algunos iluminadores bizantinos, luego imitados por persas y árabes (o quizá fueran éstos los que inspiraron a los bizantinos) revistieron de angélicas cualidades a las meras palabras, o quizá figuraron a los ángeles como palabras bellamente caligrafiadas. Nombre común de ángel y palabra es *pneuma* que viene a ser, en su exhalada corporeidad, lo que se opone a la muerte o triunfa sobre ella. La palabra se tiende en el tiempo ensartada en frases y remonta el río de la existencia, creando y triunfando de la aniquilación, de la nada. La palabra, el verbo, engendra duración, engendra vida, crea, como Aracné, un hilo que suspende en el hondo vacío del no-ser y por ese hilo de las palabras, de la narración, se rescatan las vidas. De la raíz árabe *nasa/a* se derivan dos conceptos: narrar y tejer; y el poema o *ghazal* es pariente próximo de *ghazala*, hilar el algodón. La Creación misma es una narración de Dios, palabra de Dios, que al narrar se inventa a sí mismo e inventa a los hombres, espejo suyo, para, en su reflejo, existir y triunfar sobre la nada que es sobre el abismo que precede y sigue a la vida.

Después del último descanso, los dos jóvenes amantes y el anciano tomaron sus lámparas y prosiguieron su camino.

Once

El desagüe del antiguo Guadalbullón, así llamado hoy en los mapas del Instituto Geográfico, aunque los primeros textos babilónicos lo denominan Apsu, aguas que arrastran lúgubres sombras, desembocaba, desembocará, en el Gran Río a la altura de los muelles reales, donde la sombra de la octogonal torre de San Agustín se proyectaba en las brillantes horas del mediodía como una azulada penumbra que hurtase sus brillos al espejo de las aguas.

La fetidez de la niebla crepuscular se alzaba del remanso como un heraldo que proclamara el advenimiento de la noche. Azar y Tobías aguardaron prudentemente a que oscureciera. Se habían parapetado detrás de una plataforma de cemento que en los días de Babilonia había sostenido las compuertas reguladoras de las crecidas fluviales. En la inactividad de la espera, Azar se quedó dormido, pero Tobías, alarmado, no pudo imitarlo. Me admiraba, explicaría en su vejez, la despreocupación de mi compañero que era capaz de conciliar el sueño a dos palmos de la boca del lobo. A cada momento lo sobresaltaba el trapaleo de las ratas anfibias que correteaban por las fangosas orillas. A Tobías lo asaltaban sudores de muerte cuando, en sus imaginaciones, creía percibir el característico sonido de pisadas humanas sobre las aguas poco profundas del ribazo. A ratos el muchacho reunía el valor necesario para abandonar su escondite y aventurarse a cruzar el arroyo. Desde la plataforma de la orilla opuesta se podía divisar, sin necesidad de aventurarse hasta la boca del Gran Río, la mole oscura de la Casa de la Vida, masiva y compacta como un dique, en la orilla opuesta. Antes de que oscureciera por completo, se iluminaron las grandes letras IGB de la terraza. Había en su azulada fosforescencia una cualidad siniestra que puso un punto de terror en el corazón del muchacho.

–Eres pusilánime, Tobías –lo sobresaltó la voz de Azar que había despertado y llevaba un rato observándolo en sus idas y venidas–. Por encima de la fetidez que nos circunda puedo oler tu miedo –añadió. Había más amistad que reproche en sus palabras.

–Es cierto, tengo miedo –confesó Tobías inclinando la cabeza para desviar la mirada.

Azar cruzó la corriente de agua y examinó el panorama del Gran Río desde la orilla opuesta. Mientras lo hacía posaba su mano amistosa sobre el hombro de Tobías.

–No hay motivo para asustarse –dijo–. Si todo sale mal, lo único que puede perderse es la vida. Y, ¿qué es la vida? Poca cosa: ácido ribonucleico y aminoácidos sabiamente combinados por el azar.

Tobías pensó que su amigo estaba de muy buen humor. Una gran rata gris cruzó delante de ellos con un indiscreto chapoteo y se alejó en dirección al río.

–Los invitados comienzan a llegar –comentó Azar señalando la fuga del animal–. Ahora saldremos y nos mezclaremos con la gente. No mires fijamente al rostro de nadie para que no lean en tus ojos que eres un fugitivo. Los que deambulan por ahí

arriba han venido en busca de placer. Sonríe como ellos y camina relajado y soñoliento, como si estuvieras drogado o borracho.

Tobías asintió con la cabeza. El corazón le palpitaba fuertemente cerca de la garganta. El instinto lo hacía asir inadvertidamente el amuleto de Enkadi. Lo apretaba con tal fuerza que los bordes de las bronceas alas le herían la palma de la mano. Siguió dócilmente los pasos de Azar que salía de la gruta fluvial y ascendía, despreocupado, por los peldaños de la escalera. Arriba se extendían los muelles reales y la calle del Almirante en cuyo paseo del Contadero bulle la gente en sus atavíos de celebración. Está escrito que en la morada del placer todos los días son festivos: allá donde muchachos y rameras, desnudos y perfumados, gobiernan a los grandes desde sus tibios lechos.

En el pretil superior de la escalinata una placa votiva de mármol, partida en dos por el centro, avisaba a los viandantes: «Yo, Asurbanipal, he quemado con fuego a tres mil cautivos. No dejé a ninguno de ellos con vida para que sirvieran de rehenes. A los guerreros que pecaron contra Nínibe y conspiraron contra mí, de sus hocicos hostiles arranqué las lenguas y con garfios de hierro obré su destrucción. Sus miembros triturados arrojé a los perros, a los cerdos y a los lobos».

Contrariando su costumbre, Tobías no se detuvo a leer la inscripción. El espectáculo que se ofrecía al otro lado de la calle atrajo su mirada. Eran los jardines colgantes de Babilonia que, semisepultados y todo, destacaban por encima de los niveles ninibitas de la ciudad pregonando su monumental belleza. Un bosque oblicuo fingía una montaña en un país en cuyos nueve idiomas no existía la palabra montaña, aunque sí quince denominaciones diferentes para llanura y nueve para inundación.

Las terrazas de los jardines de Babilonia se ordenaban en siete niveles escalonados. Los fondos estaban impermeabilizados con adobe, asfalto y plomo. Los planteles contenían una capa de tierra negra tan profunda que incluso cipreses y palmeras arraigaban en ella. Una enorme noria giraba día y noche llevando a las acequias de la terraza superior el agua necesaria para el riego.

Azar asistía al pasmo de Tobías con una irónica sonrisa no exenta de ternura.

—Abre bien los ojos, Tobías —le susurró— y contempla la montaña de los cedros, la maravilla de Babilonia, la morada de los dioses, el santuario abierto de la divina Irvini, la ladera cubierta de ramaje cuya sombra es benéfica y llena de delicias.

Pero ya la niebla fétida del río iba extendiendo su espesa cortina por la faz del mundo. No se distinguían bien las terrazas superiores de los jardines y pronto todo fue una mole gris confundida con la ruina circundante.

Al amparo de la niebla que brotaba de las cloacas y del surco fluvial. Azar y Tobías ascendieron hasta el paseo del Contadero. El antiguo muelle babilonio, pavimentado con irregulares bloques de granito, conservaba aún los raíles de las antiguas grúas, así como las bronceas argollas que en un tiempo retuvieron las panzudas naos que remontaban el río con cargas de cobre, marfil, madera y especias.

Del nivel superior llegaban, con la brisa cambiante, ráfagas de música estridente. Azar y Tobías caminaron a lo largo del paseo hasta que de la niebla surgió un grupo de hombres que contemplaba el cadáver de un empalado que acababa de expirar. El médico de la Casa de la Vida junto a la tarima extendía el certificado de defunción y los verdugos y los guardias se retiraban.

–Llegáis tarde –explicó jovialmente uno de los mirones a los dos forasteros–. Ya se ha muerto. No hay nada que hacer: flojito espectáculo nos ha ofrecido. Pensé que aguantaría más. Era un fanfarrón. Siempre estaba alardeando de su fuerza y de sus hazañas.

Tobías miró el rostro del empalado cadáver. Tocó el brazo de Azar y le susurró al oído:

–¡Es Tukultininurta! ¡Es él!

Ensartado en una sólida vara de almendro con la aguzada punta que le brotaba del pecho casi a la altura del hombro, el grueso cadáver desnudo de Tukultininurta, sangrante por todas las coyunturas de su cuerpo, parecía, más que muerto, dormido. Había en su rostro, trasudado por las angustias y los afanes de la agonía, una expresión de paz y serenidad que nunca tuvo en vida. Antes de empalarlo le habían despellejado la espalda para despojarlo del artístico tatuaje de un dragón con cuya piel alguien se fabricaría la pantalla de una lámpara. En medio del sangrante rectángulo de la desolladura se dibujaba el espinazo como un blanco ciempiés.

–¿Por qué lo han ajusticiado? –preguntó Azar al hombre que había hablado antes.

–Es Tukultininurta, el concejal del distrito de Oriente. Ayer capturó a los intrusos que habían matado a los guardias, pero el muy estúpido los dejó escapar. La Casa de la Vida ha añadido su furgoneta, que es de los mejores gasógenos de la ciudad, a la recompensa que se ofrece por la captura de los fugitivos. Ha sido un ajusticiamiento muy lucido a pesar de la brevedad. ¡Lástima que hayáis llegado tarde!

A lo largo del antiguo muelle, una plataforma permanente sostenía los cadalsos en los que se ajusticiaba a los condenados. Dependiendo de la calidad del delito, los asirios empalaban simplemente al reo, o lo castraban y despellejaban previamente. Los cadáveres permanecían expuestos una semana. A partir del tercer día los Monos basureros los rociaban con cal viva, para evitar que las ratas del río los devoraran.

Los curiosos que habían presenciado la ejecución se retiraron comentando las incidencias del espectáculo. Los fugitivos se unieron a ellos y ascendieron a la calle del Almirante.

El hombre que charlaba con Azar, Supiluliuma, cronista y secretario de la concejalía de la Palmera, alardeaba de conocimientos ante los extranjeros. Suponía que habían desembarcado de algún carguero en el muelle del Comercio. Un grupo de Monos con el uniforme naranja de los trabajadores de la Casa de la Vida, recorría el paseo para cebar, con picadura de hojas de eucalipto e incienso, los grandes braseros de hierro que exhalaban nubes de aromáticos humos para contrarrestar el efecto de las miasmas.

Azar guiñó un ojo a Tobías. El joven comprendió el mensaje y se situó al otro lado de Supiluliuma. Los tres hombres unidos no despertarían sospechas de los guardias que andaban buscando a dos fugitivos, no a tres.

En la calle del Almirante reinaba una animación capaz de aturdir al que, como Tobías, no tenía la menor noción de lo que puede ser el bullicio humano. Un estruendo de música, jolgorio, gritos y canciones llenaba el aire. Era una ancha calle de negro asfalto limitada por dos amplias aceras ajardinadas. En la parte que miraba al río había dos o tres quioscos de madera con churrerías, puestos de castañas y patatas asadas y despachos de otros exóticos manjares para recreo de los dirigentes ninibitas hastiados de las galletas energéticas y el paté. Bajo los desvencijados mostradores de aquellos establecimientos, al amparo de la niebla invasora, circulaba la droga química contrabandeada por las naves que atracaban aguas arriba en los muelles de la Casa de Comercio. La acera opuesta semejaba una antigua feria. Las casas de placer se disputaban la clientela rivalizando por atraer la atención de los indecisos con estridentes melodías y anuncios de neón. Cabarets, salas de juego, saunas, fumaderos, clínicas, tarots, astrólogos, adivinos, baños de ozono, reñideros de gallos, cámaras de aislamiento sensorial, palacios del sueño, hechiceros, pajareros, curanderos, intérpretes de sueños, exorcistas, vendedores de amuletos y herbolarios ofrecían sus mercancías y servicios. Algunos establecimientos habían instalado elevadas plataformas exteriores desde las que seductoras animadoras provistas de altavoces interpelaban a cada curioso invitándolo a visitar el establecimiento.

Supiluliuma tuvo que elevar la voz para hacerse oír en medio de aquella barahúnda.

—Ésta es la calle del Almirante que, en los tiempos de antes de la plaga, se llamaba Vía Procesional.

Sobre las losas de piedra caliza y mármol rojo se repetía la inscripción: «Nabucodonosor, rey de Babilonia, hijo de Nabopolasar, rey de Babilonia: soy yo. He pavimentado bellamente la calle Babel para que discurra la Procesión del gran señor Marduk. ¡Que él nos conceda la vida eterna!».

Supiluliuma condujo a sus acompañantes a una casa de ladrillo de dos pisos, rojo el inferior, azul el superior. Prendido del balcón sobre la puerta principal, un letrero de neón en cuneiforme asirio indicaba «El Paraíso». Dos destartalados altavoces competían en sus espasmos con los de los establecimientos paredaños, una casa de juego y una farmacia-droguería.

—El Paraíso es un buen lugar —gritó Supiluliuma cerca del oído de Azar mientras animaba a Tobías con un guiño—. Bellas mujeres, bella música, bellos boletos al mundo de los sueños. Nadie se marcha descontento del Paraíso. Ésta fue la morada donde el héroe Gilgamesh vio un árbol y hacia él dirigió sus pasos. Los frutos eran rubíes, bellas las colgantes ramas y el follaje de lapislázuli. Podéis creerme.

Supiluliuma empujó la puerta y se apartó cortésmente para que pasaran sus

invitados.

Dentro, la luz era aún más difusa que en la calle. Un enorme salón, iluminado apenas por lamparitas rojas espaciadas a lo largo de las paredes y en el centro de los veladores, acogía a un centenar de clientes en su mayoría borrachos. Algunos dormitaban acodados en las mesas o echados sobre los divanes de cuero rojo, otros bebían vinos especiados, cerveza, hidromiel y aloja. Servían las mesas y atendían a los clientes jóvenes camareras sucintamente ataviadas que respondían con una pícaro sonrisa cuando algún parroquiano se excedía y les palmeaba el trasero o intentaba sobarles los pechos. Del techo pendían repujados pebeteros aromáticos. De algún rincón brotaba música suave que apenas lograba sobreponerse al fragor de la calle.

Al fondo había una plataforma elevada sobre la que una muchacha desnuda se contorsionaba ejecutando un extraño baile cuyos movimientos subrayaban sus encantos. Con voz aguardentosa cantaba:

–La bebida embriagadora de la escanciadora es dulce, como su bebida embriagadora; es dulce su pudor, es dulce su bebida embriagadora, como sus palabras es dulce su pudor...

Supiluliuma acomodó a sus invitados en un velador junto a la pista y solicitó a una joven camarera una jarra de vino especiado, almendras fritas y dátiles. Alardeando familiaridad despidió a la muchacha con un amistoso pellizco en el trasero.

Cerca de ellos dos hombres nacidos en diciembre bebían cerveza en grandes jarras de asa, junto a un velador: Botta, italiano, y Lagard, francés, aunque criado en Londres. Supiluliuma reparó en ellos, los invitó a su mesa y se los presentó a sus amigos. Llegó la camarera con el vino. Era la primera vez que Tobías cató el amargo y refrescante brebaje. Le gustó. Botta, el arqueólogo, estaba achispado y se empeñó en referir su vida a los nuevos conocidos. Había viajado por el mundo como médico de un bergantín. Después de pasar media vida entre turcos, árabes, kurdos, armenios y sirios había excavado Nínibe. Tenía la borrachera melancólica y le daba por hacer confidencias.

–He excavado en la gran colina frente a Mosul, a la orilla izquierda del Gran Río, agobiado por los calores de un verano abrasador. En la hora del mediodía, enloquecido por las chicharras, me refugiaba en mi tienda y en el sopor del camastro empapado, cociéndome en mis propios sudores, me llamaba imbécil y pensaba en regresar a París. Un café en la ribera del Sena, en otoño, cerca de los tenderetes de Notre Dame, me parecía un paraíso. Pero cuando finalmente dejé de remover escombros en aquella maldita colina fue para darme una vida aún peor. Me fui a Korsabad a excavar otras ruinas. Estaba convencido de que había dado con Nínibe, pero el palacio de los toros de piedra con cabeza humana, aquel Versalles asirio que fuimos desenterrando en las gélidas madrugadas y en los abrasados atardeceres, tampoco era Nínibe. Esa suerte le estaba reservada al cabrón de Layard –dirigió un guiño cómplice al aludido y le palmeó amistosamente la espalda–. Aquí donde lo

veis, éste abandonó la jurisprudencia por la romántica aventura de desenterrar el pasado. Se empeñó en excavar entre el río y Mosul. Yo digo que tuvo suerte, él dice que inspiración. ¡Inspiración! ¡Decidme cómo se come eso! Bueno, la cosa es que en cuanto sacó dos paletadas de tierra dio con una puerta monumental flanqueada por dos colosos alados: el palacio de Senaquerib. Los calores y los mosquitos lo vencieron. Regresó a Inglaterra y se repuso. Era joven, tenía toda la vida por delante. Acababa de cumplir treinta y cuatro años. Pero no regresó. Se dedicó a la política. ¿No es Platón el que dice que el hombre debe cambiar de actividad hacia la mitad de su vida?

–Pero, ¿qué es esto?, ¿Una sesión de catequesis? –interrumpió jovial Supiluliuma con otra jarra de vino en la mano–. ¡Dejad a un lado los temas graves y alegraos, porque yo pago! ¡Llenad vuestras panzas, parrandead día y noche, que cada noche sea una fiesta para todos, entregaos al placer, ataviaros con vestiduras bordadas, lavaos la cabeza, perfumaos, regocijaos contemplando vuestros prietos lomos, alegraos cuando vuestra compañera de lecho os abrace!

Al poco rato un nuevo personaje, antiguo conocido y algo pariente de Supiluliuma, se unió al grupo: Teglatfalasar, general asirio en situación de reserva, un enteco anciano con el rostro y los brazos cubiertos de cicatrices y el pecho constelado de cruces Victoria y condecoraciones que medio tapaban las manchas de su raída casaca militar. Tomó asiento entre Azar y Tobías y, aunque todavía no estaba completamente borracho, enseguida acometió el relato de sus victoriosas campañas.

–En Jasor dividí mis fuerzas en tres grupos de ataque, cada uno de ellos bajo la advocación de un aspecto de Shamash. Tener a los dioses de vuestra parte es importante. Por cierto, ¿sois creyentes? Bien, poco importa eso ahora. ¿Qué os decía...? ¡Ah, sí! Bien, luego mandé el primer grupo contra la alta Galilea, por la ruta de Qades y Janoai, para que incendiara y destruyera las dos ciudades. El segundo y el tercer grupo fueron hacia el Sur, desde Jasor hasta Kinneret. Allí se separaron. Uno tomó Pejel y Yabes-Galaad; otro siguió la ruta de Mayajanín. Mis tropas se extendieron por todo Galaad. ¡Allí se cubrió la gloria de Meguidó, la de la milenaria muralla almenada, la de los orgullosos edificios públicos, la de los mil establos y casas de piedra!

Una camarera le colocó delante su jarra de aguardiente rebajado con agua de limón. La apuró sin respirar como quien realiza una tarea que la vieja costumbre ha consagrado, ya sin el placer de los días juveniles. Padecía del estómago y, aunque el brebaje no le sentaba nada bien, lo tomaba como una penosa medicina, porque se resistía a admitir que el cuerpo no le respondía como antaño. Tobías contempló, estupefacto, las subidas y bajadas de la nuez prodigiosa en aquella enteca garganta semejante a una raíz sarmentosa. Apurada su libación, Teglatfalasar posó el jarro sobre la mesa con viril rudeza, se enjugó los labios con el revés de la manga y quiso proseguir el relato de sus hazañas con la lengua ya trabada y casi ininteligible, pero enseguida se quedó dormido, la cabeza sobre el tablero, y empezó a roncar.

Botta dirigió un guiño cómplice a Azar:

–No despertará hasta mañana. Eso que os ha contado se lo refiere a todo el mundo, pero debe ser verdad, quizá a fuerza de contarlo. Cuando excavamos Jasor hallamos sobre el cerro una capa de cenizas de su incendio de un metro de espesor. El testimonio de destrucción más dramático de todo el Oriente.

–¡Amigos y hermanos! –gritó Supiluliuma, el borracho jovial–. ¡Comed de este pan que es la vida! ¡Bebed de esta cerveza, como es costumbre aquí!

–¿Dónde es aquí? –preguntó malévolamente Azar. Supiluliuma fingió pensárselo. Se le cerraban los párpados, se tambaleaba.

–¡En Babilonia, en Nínibe, en Nipur, en Jasor...! –exclamó–. ¿Qué más da?

Algunos hombres sentados en las mesas vecinas se volvieron hacia él con expresiones de alarma pero, al percatarse de que estaba borracho, no le hicieron el menor caso y reanudaron sus conversaciones. Subía la música y no dejaba oír lo que Supiluliuma decía. Hermosas muchachas sucintamente ataviadas para mostrar a medias sus encantos cebaban los pebeteros con perfumes.

Los caminantes comieron hasta saciarse y después de agotado el vino bebieron cerveza. Siete veces les llenaron los vasos. Todo a mi cuenta, todo a mi cuenta, decía Supiluliuma. Comidos y bebidos, el espíritu se desató, llenos los cuerpos de bienestar, y resplandecieron los rostros.

Seguidos por la cómplice mirada de Supiluliuma, que había convocado para sus invitados a dos camareras de su confianza. Azar y Tobías franquearon una puerta verde, al fondo del salón, disimulada detrás de la pista de baile. Se encontraron en una sala espaciosa cuyos muros estaban decorados con una profusión vegetal. Doradas lámparas de aceite brillaban en el techo alto. La sala estaba subdividida por una serie de biombos que reproducían la decoración de los muros hasta sugerir la engañosa presencia de una inextricable jungla. Incensarios distribuidos por los rincones despedían penetrante olor a resina y maderas perfumadas. Dos muchachas que estaban sentadas en un poyo junto a la entrada acudieron solícitas y sonrientes a dar la bienvenida a los recién llegados y despidieron a las camareras que los guiaban. La mayor se dirigió a Azar y la otra, más joven y menudita, se ocupó de Tobías. El muchacho la encontró hermosa y bella. El espeso maquillaje verdoso de sus párpados le agrandaba los ojos.

–Me llamo Basyum. ¿Y tú? –preguntó a Tobías tomándolo de la mano. El joven Tobías se sintió simultáneamente acariciado por el tacto de la piel de la joven y por su cálida voz.

–Yo, Tobías –acertó a balbucir, bajando la mirada al notar que un inoportuno rubor le incendiaba las mejillas.

–Ven, Tobías –dijo ella tirando de su brazo con suavidad.

Tobías dirigió una mirada de alarma a su compañero, pero Azar presenciaba su apuro y asentía con una sonrisa. También él se dejaba guiar por la otra muchacha.

Basyum condujo a Tobías detrás de uno de los biombos y corrió una espesa

cortina. Quedaron a solas. Había una especie de sillón articulado delante de un tocador iluminado y junto a él una mesita abarrotada de potes y objetos diversos: jabón, frascos de agua de olor, raspadoras de marfil, pinzas depilatorias, toallas de algodón, crema perfumada, peines, tenacillas...

Con diestros movimientos, la joven desnudó a Tobías, que no osó resistirse, y lo sentó en el sillón. Dejó caer la blanca túnica de lino que cubría su cuerpo y se ofreció desnuda y espléndida a la contemplación del muchacho. Los pechos, turgentes y grávidos, danzaban delante de Tobías, a diez centímetros de su nariz, mientras Basyum le moldeaba el cabello con un peine de largas púas con el que le arañaba, placentemente, el cuero cabelludo. Notó la complacencia del joven y sonrió.

–¿Nunca has estado con una mujer?

Tobías se sonrojó nuevamente.

–Nunca –balbució hurtando la mirada. Pero por mucho que intentara bajarla sólo le quedaba a la altura de aquellos pechos que danzaban como alegres cabritillos delante de su rostro.

La chica se sonrió y continuó peinándolo despaciosamente. Lo acariciaba; con las puntas del peine recorría el cuero cabelludo en grandes aradas transversales, mientras los pulgares masajeaban con destreza la nuca y las sienes.

–Pues bien –la muchacha bajó la voz en tono confidencial–. Si me deseas podrás tenerme cuando acabe de peinarlo y te haya puesto guapo, ¿de acuerdo?

Aunque la proposición era más que previsible, dado el carácter del establecimiento, el alarmado corazón de Tobías se desbocó al oír estas palabras. La chica, que no parecía prostituta, se le ofrecía graciosamente. Al contacto de sus manos, en la turbadora cercanía de sus pechos desnudos, placenteros escalofríos le recorrían el cuerpo. Temía que antes de llegarse a ella algún suceso imprevisto, quizá amañado por demonios adversos, desbaratara su dulce destino.

Con tenazas calientes, que iba tomando de un braserillo exterior, Basyum rizó los cabellos de Tobías y se los puso a la moda de Nínibe, ensortijándolos en apretadas filas de tirabuzones que partían de una raya central, en lo alto de la cabeza, e iban descendiendo paralelas hasta las sienes y el cogote. Cuando terminó la operación tendió al joven un espejo de labrado mango para que inspeccionase su obra. Sonriente, esperaba la aprobación del muchacho.

–Te pareces al rey Sargón. Si tuvieses el cabello suficientemente largo para recogértelo en un moño y la barba hubiese aparecido ya en tus mejillas, serías la viva imagen del acadio. ¡Eres hermoso!

A continuación Basyum tomó una copa de plata y escanció en ella el contenido de un frasco. Se la tendió a Tobías:

–Las tenazas te han acalorado. Bebe y refréscate mientras alivio tus músculos con un masaje.

Tobías apuró de un trago el áspero brebaje antes de tenderse en el sillón. El respaldo había descendido hasta casi alcanzar la posición horizontal. Las hábiles

manos de la muchacha extendían el aceite perfumado por su espalda, sus muslos, sus caderas, sus brazos, rozando a veces con los pezones la piel de Tobías, como inadvertidamente. Dedos expertos y asombrosamente fuertes se clavaban en la carne entregada hurgando entre sus fibras en busca de cada dureza, aliviando cada tensión, derrotando cada dolor. Tobías, relajado y somnoliento, flotaba en un mar de cálida espuma, arrastrado por la brisa salobre, caldeado por el sol. Dentro de sus venas sentía flotar un universo de planetas y astros a la deriva mientras que detrás de sus párpados blandamente naufragaban colores y formas nunca vistos. Quedose profundamente dormido.

Cuando despertó no supo reconocer cuántas horas habían transcurrido, ni dónde se encontraba. Seguía desnudo, pero parecía haberse transportado a otro mundo, a muchas jornadas de distancia de la cruda Nínibe. Una playa de fina arena dorada, tranquila y soleada, descendía suavemente hasta el mar en calma. Perezosas olas batían sus espumas en la dormida arena. Era una caleta recóndita donde apenas se notaba el vaivén de los astros. Bajo las cristalinas aguas veíanse armónicos peces, caprichosas rocas de variadas formas y colores y bella vegetación marina suavemente mecida por la marola. Al otro lado de la playa, una franja de cocoteros y palmeras, agitado su follaje por la brisa de la altura, ofrecía el refrescante refugio de la sombra.

Al lado de Tobías se desperezaba Basyum, recién regresada del sueño, sonriente. Había cruzado los brazos sobre el pecho y esta postura, en apariencia impremeditada, resaltaba sus redondos senos de rosados pezones. Tobías abrazó a la muchacha y la besó en los labios ligeramente salobres. Al término del beso, que fue largo y lingual, los pezones se habían hinchado como aceitunas. Tobías los lamió largamente y los mordió hasta el justo umbral del dolor. Mientras succionaba con fruición, la muchacha lo asía por los cabellos acercándolo o retirándolo, rigiendo, con delicada dulzura, la cabeza inexperta. Así abrazados rodaron por la cálida arena hasta sentir la dura humedad de la raya del mar y allí, con la espalda de Tobías hundida sobre la arena mojada, Basyum se le subió a horcajadas, tomó su erecta virilidad y la guió hacia sus adentros. Durante la dulce cabalgada, Tobías acariciaba los pechos de aquella divina Ishtar que se alzaba majestuosa contra el puro azul de un cielo antiguo, soñado y perdido. Tras compartir la dulce muerte del orgasmo, como si una oleada de súbito fuego los barrierá del mundo, quedaron dormidos. Quiso Tobías preguntar cómo habían llegado hasta allí, pero el sueño fue deshilvanando pensamiento y deseo y venció a las palabras antes de que los labios acertaran a ordenarlas.

Tobías despertó de nuevo sobre el sillón del Paraíso. Basyum, a su lado, vestida otra vez con su blanca túnica de lino, limpiaba los peines y tenazas de su oficio y los ordenaba sobre la mesilla. No había notado el despertar del muchacho y andaba ensimismada en sus pensamientos, quizá feliz.

–Hola –dijo Tobías intentando incorporarse. Pero su cuerpo estaba todavía amodorrado y sólo lo obedeció a medias.

–¿Has dormido bien? –preguntó la muchacha solícita.

–¿Cómo nos han traído? ¿A dónde nos llevaron?

La muchacha rió de buena gana, mostrando su blanca dentadura. Hacía al reír un mohín encantador, entrecerrando los ojos, que tenía la virtud de destacar la sedosa longitud de sus pestañas.

–¡Ése es el secreto de El Paraíso! –declaró.

Tomó Tobías a la muchacha de la mano y la atrajo hacia él admirando su propio atrevimiento. Él que solía ser tímido y apocado.

–Me gustaría casarme contigo y llevarte a mi casa –le dijo–. Te lo debo, puesto que me has entregado tu virginidad.

–Sólo Ishtar conoce los misterios de la vida –repuso Basyum, seria. Se desasíó delicadamente del muchacho y le dio la espalda. Silenciosa, tornaba a ordenar los trebejos de su oficio sobre la mesilla.

En aquel momento se escuchó la voz de Azar que buscaba a Tobías entre los biombos.

–Ya voy –dijo Tobías. Se puso la túnica apresuradamente. Basyum, con lágrimas en los ojos, hurtando la mirada, le ató el cíngulo. Luego describió la cortina y apoyó su breve mano en la espalda del joven, a guisa de adiós.

La mano quemaba.

Aguardaba Azar, alto, fuerte y moreno, la barba ensortijada diestramente como la de los antiguos reyes asirios en las estatuas, oloroso a perfumes y a ungüentos, chispeantes los ojos como el acero, hermoso y magnífico como un ángel.

–¿Lo has pasado bien? –preguntó jovial. Sin aguardar respuesta, salió de la sala seguido dócilmente por el muchacho.

Supiluliuma y Botta habían apurado sus jarras y se habían marchado a una casa de juego cercana. Una camarera despidió a los viajeros con una graciosa reverencia y aduladoras palabras de ofrecimiento para cuando gustasen regresar.

De nuevo en la calle. Azar y Tobías dejaron pasar a una destartada camioneta de gasógeno y cruzaron la calzada. Al otro lado, reclinados sobre el parapeto de piedra que se asomaba al Contadero, varios hombres vomitaban. Un borracho canturreaba con detestable y pastosa voz:

*En cuanto a ti, oh Gilgamesh, llénate la panza
parrandea día y noche;
que cada noche sea una fiesta para ti;
entrégate al placer día y noche;
ponte vestiduras bordadas,
lávate la cabeza y báñate...*

Una patrulla de guardias salió de entre la niebla. El borracho se inclinó sobre el parapeto, sobre la fría piedra, y hurtó el rostro a los que deambulaban por la acera.

Azar y Tobías echaron a andar por la orilla, sin prisa, como dos viandantes que

han salido de un garito y deliberan sobre cuál de las casas de placer escoger para el resto de la noche. Las estridentes músicas apenas permitían intercambiar palabra. Al otro lado del río brillaban, prendidas en el cielo, las letras azules del IBG.

Un hombre corpulento de hermosa cabeza rasurada y barba rojiza, se acercó a ellos tambaleándose, borracho. Llevaba una sahariana y los pantalones embutidos en unas maltratadas botas de media caña.

–Me llamo Koldency –se presentó con voz pastosa al tiempo que intentaba saludar a la prusiana: le falló el taconazo y se propinó una patada en el tobillo–. Y vosotros, ¿quiénes sois? Una mujer muy perspicaz ha dicho que nunca he amado a nadie, que soy misógino y misántropo, que prefiero una muralla medio caída a un almendro en flor. Yo he visto, en un muro de ladrillo, ahí abajo, debajo de las alcantarillas donde las ratas chapalean en la mierda, la sala espléndida de un maravilloso palacio y, en su muro de ladrillos esmaltados, he descubierto la inscripción que produjo la mano misteriosa. Y la he leído. Os diré lo que ponía. Ponía: «Mene, mene, tequel ofarsin», o sea: medido, medido, pesado y dividido.

El borracho hizo una pausa para beber un trago de un frasco que extrajo torpemente del bolsillo de la sahariana. Azar y Tobías pasaron de largo sin prestarle mayor atención. Se volvió, torpe, hacia ellos y antes de que desaparecieran en la niebla les gritó:

–¡Huid, huid, pero no huiréis de la muerte! Nunca verán mis pobres ojos la belleza de Babilonia que yo desvelé. La puerta de la Diosa, Venus mía, lucero de mi mañana, virgen guapa...

Y el resto de lo que dijo, velado por histéricos sollozos, no se le pudo entender.

Ocultándose de patrullas de guardias que detenían e interrogaban a los viandantes sospechosos. Azar y Tobías llegaron al extremo de la calle del Almirante. La alegre avenida quedaba bruscamente cortada por un alto muro de cemento cubierto de pintadas. Una espesa maraña de alambre de espino prendido en puntiagudos hierros lo coronaba. Delante del muro había una fila de vehículos: dos o tres furgonetas y hasta cinco coches grandes y provistos de gasógenos que arrastraban en plataformas añadidas a la parte posterior. Los chóferes, que charlaban animadamente, callaron al ver aproximarse a los extraños. Cada cual regresó a su automóvil y escudriñando la niebla por donde las sombras de Azar y Tobías habían espectralmente aparecido.

–Aquí se corta el paso, Tobías –dijo Azar–. Ahora debemos cruzar el río.

–¿El río? –dudaba el muchacho. Y miró a sus espaldas en busca del cálido espectro de Basyum, pero sólo halló la espesa muralla de niebla que filtraba apenas los resplandores del neón y las confusas voces de la megafonía.

–No pienses en ella –dijo Azar poniendo su mano sobre el hombro del muchacho–. No volverás a verla. Piensa que todo lo que dejamos ahí detrás ha sido un sueño. Ahora cruzaremos el Puente de la Sierra. En la orilla opuesta estaremos otra vez a merced de un concejal de distrito y de sus esbirros.

Silencioso y cabizbajo, Tobías siguió los pasos de Azar procurando no apartarse

de él, no fuera a perderse en la niebla. Apretaba contra la nariz el pañuelo de Basyum y aspiraba su perfume. Tenía deseos de llorar, pero la sensación de peligro lo contenía.

Ya estaban sobre el puente. Bajo las herrumbrosas planchas soldadas chapaleaban las ratas fluviales. Azar avanzó precavido, atento a los rumores de la noche. Recelaba celadas al otro lado del puente, al acecho de los imprudentes borrachos que se arriesgaran a cruzarlo. Un trueno rodó hostilmente por los invisibles cielos. Rompió a diluviar, un agua grasienta y espesa que descendía a grandes goterones y escocía en los ojos.

Al otro lado del río, los escombros del antiguo mercado cerraban el paso bordeados por un estrecho sendero. Una estatua de basalto pulimentado representaba a un rey asirio con su leyenda a la espalda: «Yo, Tiglatpileser I, he derramado a raudales la sangre de mis enemigos y con las cabezas cortadas de los que se me opusieron hice montones en el campo de batalla como los cereales se apilan en las eras».

Tras la montaña de escombros se extendía un descampado sembrado de cascotes de alfar que semejaban esmeraldas a la luz de los relámpagos. Una barricada de adoquines con su puerta de hierro cerraba el paso. Encima parpadeaban luces.

–No podremos pasar por ahí fácilmente –dijo Azar deteniéndose– y la lluvia se está haciendo cada vez más ácida. Acabará por levantarnos ampollas si no encontramos pronto un refugio propicio.

–¿Qué podemos hacer?

–Hay que regresar a las cloacas.

No les fue difícil encontrar la entrada a un pozo de alcantarilla cuya tapadera de hierro había desaparecido. Se colaron por ella y, una vez abajo. Azar hurgó en su zurrón y sacó una linterna eléctrica. La encendió.

–¿Y eso? –preguntó Tobías agradablemente sorprendido.

–Es nuestro botín del Paraíso –dijo Azar–. A ti te dieron un pañuelo perfumado, a mí me dieron luz.

La mención de El Paraíso devolvió a la memoria del atribulado Tobías el rostro y los cálidos pechos de Basyum. Una dulce congoja regresó a su corazón. Aquel amor tan reciente le pareció tan antiguo como sus más antiguos recuerdos. Dócilmente echó a andar detrás de la bamboleante luz que portaba su compañero. Avanzaban por el infecto laberinto de las cloacas ninibitas.

Doce

Gemas dispersas entre los escombros. La lluvia rebotaba sobre los brillantes ripios vidriados. De las basuras plásticas a medio quemar y de la tierra mojada se elevaba un vapor sulfuroso que agitaban, en turbias cortinas, las ráfagas de viento solano, aliento abrasador y dañino de Enki.

Resguardados detrás de la tapia de cañizo, contra la que redoblaba el furioso tambor de la lluvia, Asmodeo y Sara contemplaban el aguacero. Las fatigas y emociones de las últimas horas los habían estragado tanto como el repetido ejercicio del amor, al que se entregaban con desesperada pasión, empujados más por un presentimiento inconfesado de muerte que por el gozo de la vida.

–Recuerdo una tempestad como ésta un diez de julio –dijo Sara–. Tendría yo entonces siete años. Aquel día me sentía muy feliz y excitada porque se me había caído mi primer diente.

Asmodeo intentó imaginarse aquella Sara niña, recién mellada, entrañable, feilla, feliz porque había perdido su primer diente. Sintió una cálida oleada de ternura y abrazó nuevamente a la muchacha.

–¡Sara, Sarita! –¿era él el que hablaba con sus labios, con su voz?–. ¿Cómo se puede querer tanto a una mujer que se acaba de conocer?

–Anoche me conociste muy bien –dijo ella sosteniéndole la mirada y sonriendo con picara intención–. Y esta mañana me has reconocido dos veces más –añadió dichosa.

Subió la sangre alegremente al rostro de Asmodeo. Se le quebraba la voz. Un leve ahogo le estorbaba las palabras. Sentía deseos irreprimibles de llorar, de confundirse en el aguacero ácido que rebotaba sobre el asfalto. En el laberinto de la ciudad, que olía a cadáver y a tierra mojada, la piadosa niebla iba taponando heridas y escombros.

Besó Asmodeo los labios de la muchacha y tiernamente le susurró al oído:

–Alguna vez me llamé John Hill y escribí para ti este poema:

*Desde que, al azar de los átomos,
fue engendrada esa cosa que llamamos
mundo
y que gira cada día
y no está todavía cansada,
¿cómo explicar que tú eres tan bella
y que yo estoy enamorado?*

En estos coloquios y caricias se demoraron los amantes hasta que la lluvia amainó y el viento se fue a soplar a otra provincia.

–Debemos partir ya –dijo Asmodeo.

Prosiguieron su camino a lo largo del muro de sillería que en tiempos antiguos

cercaba los jardines del Altozano, donde los reyes asirios cazaban leones a la luz de la luna. A la cruda luz de los relámpagos cobraban vida los carcomidos relieves que adornaban la piedra de la cerca: cuerdas de infelices cautivos torturados a los que habían taladrado los labios con alambre, príncipes asirios que tiraban de ellos o les saltaban los ojos con la contera de sus bastones. En una placa de caliza, una leona joven que ha recibido tres flechazos en la columna vertebral, ha perdido el movimiento de sus cuartos traseros pero las patas delanteras aún la sostienen fuertemente sobre sus furiosas garras para que yerga la cabeza y la boca por donde las fauces terribles rugen el dolor de sus últimos alientos. La sangre mana abundantemente de las heridas. Brilla en la lluvia, a la azulada luz de los relámpagos. Carros de guerra tirados por musculosos percherones. Los reyes asirios se retrataban en un tamaño dos veces mayor que el de los cocheros. Ciudades expugnadas por los soldados, torres reventadas por las máquinas de asedio, saetas voladoras, incendios coronados por nubes de pavesas, villas saqueadas y estragadas, casas llameantes, mujeres despavoridas en las azoteas, niños llorando en los soportales, bajo toneladas de humeantes escombros, detenidas en el vacío, en el mismo instante de desplomarse, por la sabia mano del artista. Toda la gloria, el poder y el horror de Nínibe estaban en aquella cerca votiva. Y toda la abominación. Pero Asmodeo y Sara lo ignoraban. Con la piel irritada bajo la lluvia de ácidas cuchillas, huían hacia el sur innumerable, fuera de la ciudad, lejos de ella, donde pensaban que crecería la flor recóndita de su felicidad.

Se detuvieron a descansar a la altura del callejón de Valparaíso. Al otro lado de la plaza, más allá del brillante berilo de la estatua de un rey o de un héroe, alzábase la trampa oscura de una barricada coronada por la tenue luz de una lámpara.

—Por aquí no podemos seguir —dijo Asmodeo—. Hay gente.

Y una vez más se arrepintió en su corazón de haber embarcado a Sara en su aventura exponiéndola a incógnitos peligros que sólo a él correspondía arrostrar. Pero ya era tarde para rectificar.

—¿Qué haremos? —preguntó la muchacha.

—No nos queda más remedio que descender al soterráneo. A lo largo de la Carrera discurre una antigua cloaca. Habrá que seguirla.

—Pero abajo están los babilonios —objetó Sara temerosa.

—Si nos atrapan no serán más crueles que los asirios que dejamos en la superficie —respondió Asmodeo.

Por un pozo de la alcantarilla descendieron los fugitivos a la cloaca del Sur, un viejo túnel de ladrillo, abovedado, de dos metros de diámetro, un canal de cemento y un estrecho pasillo sobrealzado que permitía a sus cuidadores transitar a pie enjuto. Pero eso había sido en los tiempos en que la ciudad estaba poblada. Cuando Asmodeo y Sara descendieron a la cloaca incluso el canal central estaba casi seco, con ocasionales charcos cenagosos y nubes de sabandijas. Los mosquitos acudían a la luz de la lámpara, chisporroteaban al calor y dejaban una menuda lluvia de minúsculas

bolitas de grasa en la mano de Asmodeo. Como aniquilados por un ángel.

El canal transversal de la alcantarilla se cruzaba con la madre de la que era tributario. En la confluencia había una placa de cerámica pegada al muro: «Plaza del Mercado». Más adelante encontraron un trofeo formado por tres cráneos humanos y un esqueleto de serpiente, todo ello clavado en una tabla que pendía del techo. En la tabla habían pintado, a guisa de marca territorial, un extraño emblema parecido a la antigua bandera británica. Sara contemplaba el macabro trofeo con manifiesto terror.

–No temas –intentó tranquilizarla Asmodeo–. Es la marca de los límites de la concejalía de Suedisavakaco. Vamos por el buen camino. En los límites meridionales de esta concejalía debe encontrarse la Puerta Omega.

–¿Cuándo llegaremos a esa Puerta Omega? –inquirió Sara–. Tengo miedo.

–Eso depende –respondió Asmodeo pensativamente. Temía acrecentar el miedo de la muchacha si la hacía partícipe de sus propios temores. Los feroces habitantes de aquel barrio podían vigilar los pasos subterráneos.

De hecho eran los únicos que podían jactarse de haber exterminado a los babilonios o de haberlos expulsado de sus dominios. Si se topaban con ellos, estaban perdidos.

Un trecho adelante, en una especie de espelunca que la cloaca atravesaba, Asmodeo y Sara encontraron quince cuerpos yacentes, todos muertos o moribundos, tronchados los huesos, abollados los escudos, trituradas las carnes, destripados los vientres. Como si una fuerza sobrenatural se hubiese ensañado con ellos.

Un débil lamento escapaba todavía de los labios de uno de los caídos. Asmodeo se inclinó sobre él y le iluminó el semblante. El hombre respiraba a duras penas. Se sentó a su lado y le enderezó la cabeza que tenía torcida en una extraña postura. El herido entreabrió los ojos y miró a su benefactor con la expresión ausente de los agonizantes. Intentó hablar pero se ahogaba. Tosió dejando escapar por la comisura de los labios un débil hilo de rojiza saliva. Tenía la boca torcida, rota la prominente y cuadrada mandíbula. Un hombre robusto y musculoso, un campeón habituado a levantar piedras que pesaban tres veces más que él. Agonizaba, incapaz de alzar una mano.

–¿Quiénes sois? –acertó a murmurar–. No puedo veros porque su luz me ha dejado ciego. ¿Acudís por ventura a mis exequias para ejecutar las danzas funerarias? Si es así no tendréis que aguardar mucho porque siento que se me escapa la dulce vida –se ahogó en un vómito de sangre y bilis, tornó a toser ronca y dolorosamente. Luego pareció que se reponía algo y prosiguió–: Soy Vasilacoki, el concejal de Suedisavakaco. Un solo hombre, un demonio, nos ha arrebatado la gloria de la batalla. Un hombre o un demonio que pelea con las manos desnudas, vestido de truenos e iluminado de relámpagos y es mortal como el rayo. Mira toda nuestra gloria esparcida como ceniza fría que los intrusos holláis a la puerta de nuestros saqueados hogares.

Dijo estas palabras, cerró los ojos y empezó a delirar, frases incoherentes, órdenes

a sus hombres muertos, plegarias. Decía: «Samael, ángel de la muerte, amo de los aires, padre de Caín, el que luchó con el arcángel Miguel para arrebatarse el cadáver de Moisés». Dijo otras palabras, ya ininteligibles, e inclinándose la cabeza expiró.

Asmodeo dejó que la cabeza del muerto descansara sobre la piedra y poniéndose de pie se incorporó. Contemplaba el cadáver de Vasilacoki con expresión sombría.

–No sé si alegrarme –murmuró–. Aparentemente alguien nos precede por esta cloaca y va despejando el camino delante de nosotros. Si no hubiera sido por él, estos salvajes nos habrían capturado y a estas horas nos estarían empalando o algo peor.

–Eso es bueno –se alegró Sara–. Ishtar está con nosotros, ha escuchado mis súplicas y nos ampara. Así llegaremos sin contratiempos a la Puerta Omega.

–No sé –murmuró Asmodeo rechazando un funesto pensamiento–. Me gustaría creer que una divinidad nos protege, pero soy demasiado viejo para empezar a creer en los dioses. Quizá se trate de los fugitivos que los guardias buscan desde hace días. Uno de ellos es un luchador formidable. Mató a cinco guardias en la frontera del Norte.

Dos horas de camino más adelante –lo que, cuando se discurre por las cloacas de Nínibe, no es mucho camino, quizá un kilómetro de distancia o incluso menos–, Azar y Tobías avanzaban esforzadamente, en silencio, deteniéndose a menudo para aguzar el oído, recelosos después de los dos combates que habían sostenido con los esbirros del concejal Vasilacoki y con una patrulla de la Casa de la Vida. En los dos casos. Azar había exterminado a todos sus enemigos quebrantándoles los huesos y hundiéndoles las sienes con sus manos desnudas.

A la altura de la cloaca del Sur, en una de las conexiones laterales de la plaza de San Martín, Azar y Tobías hicieron un alto para descansar. Azar aprovechó para remendarse las correas de sus sandalias.

Bajaba muy crecido el fragoroso caño de cieno gris porque las lluvias seguían descargando en la superficie, aunque ya amainaba la tormenta. Frente a las rejillas oxidadas del colector se remansaba una costra de espuma sucia. Estaba Tobías inclinado sobre el caño y dibujaba sobre la espuma con ayuda de una varita que había rescatado del agua cuando, de pronto, la costra se abrió y emergió la cabeza amenazadora de un pez, manos humanas en lugar de aletas, el monstruoso cuerpo guarnecido de escamas y aguzadas espinas. La bestia abría la boca erizada de crueles dagas y amenazaba con devorar al muchacho, pero Azar, viendo sus apuros, ordenó con aquella su voz calmada y fría que infundía a voluntad sosiego o pavor al que la escuchaba:

–¡No temas, Tobías! ¡Agárralo por las agallas y sácalo del agua!

Ungido por un valor ajeno a mí, inspirado por una fuerza sobrenatural que no era mía, poseído e hipnotizado por la voz de mi compañero, alargué los brazos, así al terrible monstruo por las duras agallas y tirando de él con todas mis fuerzas lo saqué a tierra. El cuerpo del pez era menos terrible que su cabeza. Latía ahogándose sobre la plataforma de cemento. Agitaba la cola en los estertores de la agonía y me miraba

con agradecidos ojos humanos. Hubiérase dicho que mi acción lo liberaba de un antiguo tormento, que llevaba una inmensidad de tiempo esperando la aparición providencial de su enemigo.

–Ahora descuartiza el pez –ordenó Azar–. Separa su corazón y el hígado con la hiel y ponlos aparte.

Tobías hizo prestamente lo que su compañero le ordenaba. Luego comieron del resto de la carne del pez. Después de repuestas sus fuerzas continuaron el camino silenciosos hasta que Tobías preguntó:

–Hermano Azar, ¿para qué sirven el corazón y el hígado con la hiel del pez?

Él le respondió:

–Sirven para que, si un demonio o espíritu lo atormenta a uno, quemándolos ante él ya no vuelva a molestarle. En cuanto a la hiel sirve para unguir a quien tuviese cataratas en los ojos, pues con ello quedará curado.

En este pasaje casi todas las versiones del relato coinciden, lo que ya es bastante notable tratándose de la historia de Tobías. Dos de ellas agregan un dato que quizá sea fútil: el pez en cuestión era un celacanto, una reliquia viva de la Era Terciaria que se creía extinta hace millones de años. Es posible que algunos copistas antiguos conocedores de ese dato hubiesen suprimido la especificación del pez pensando que restaba credibilidad a la historia. Sin embargo ocurre todo lo contrario, precisamente la confirma porque resulta que el celacanto vive. Un ejemplar vivo, aunque murió a poco, fue capturado por una expedición científica en 1953. La emotiva fotografía del profesor Smith, de la Universidad de Londres, llorando de emoción ante el cadáver del celacanto, dio la vuelta al mundo. Es presumible que fatigados ejemplares de esta especie marina se sigan reproduciendo en las frías y oscuras aguas de los océanos, ignorantes de que su largo destierro en un evolucionado mundo que ya no es el suyo obedece al divino designio de aparecer con el auxilio del hígado y la hiel en las sucesivas historias de Tobías que va generando el doble laberinto de la biblioteca de Acevedo.

La mitología asiría –y luego los textos sánscritos de la India –habla de Manu, un Noé remoto cuya embarcación fue guiada por un pez humano. El proceso de salvar a Manu se repite, según los textos, cada cuatro millones trescientos cuarenta mil años. Y ocurrió catorce veces abarcando la historia de la humanidad. Ahora estamos viviendo el tiempo del séptimo Manu. No sé si suprimir estas precisiones que seguramente aburrirán al lector.

Trece

Salieron de la cloaca del Sur por una de las bocas de alcantarilla de la plaza León, así llamada porque en su centro existía una escultura de basalto que representaba a un león agonizante de aquellos que los antiguos reyes asirios exterminaron en los pantanos. Siguiendo la costumbre de quienes han aprendido a leer, que es la de leer cuanto se les ofrece, y así van conociendo el mundo, Tobías trató de descifrar la leyenda del pedestal. Habían borrado a martillazos el nombre del rey. «Emplearé ingenios de guerra contra tu muralla; con hachas de bronce demoleré tus almenas; te dejaré como la cima de una roca; serás un lugar donde se podrán tender redes». Pensó Tobías que, en medio de tanto horror, aquel símil del lugar donde se tienden las redes devolvía a la apacible belleza. Se sonrió Azar, que contemplaba en paternal silencio la lectura del joven. El camino proseguía hasta el arrabal de Ecbatana. Entonces dijo Azar a Tobías:

–Hoy, hermano, pernoctaremos en casa de Ragüel, tu pariente, que tiene una hija llamada Sara. Yo le hablaré para que te la den por mujer, que a ti te toca su herencia, pues tú eres ya el único de su linaje. Escucha lo que voy a hacer: yo hablaré con su padre y cuando regresemos de Ragües celebraremos la boda, pues ya sé que Ragüel no puede darla a ningún otro marido según las leyes raciales o sería reo de muerte, porque antes que a ningún otro a ti te pertenece la herencia. Para ti está destinada Sara desde la eternidad y tú la salvarás e irá contigo.

Y aunque en el corazón de Tobías sólo había lugar para el dulce espectro de Basyum, el muchacho asintió obediente y guardó silencio porque la mirada de Azar quemaba como el viento del desierto y aquel hombre que lo había llamado hermano hablaba por boca de su padre, y las leyes de la herencia son inflexibles.

Llegados a la morada de Ragüel, les salió al encuentro Edna, su mujer y madre de Sara, que los saludó y ellos le devolvieron el saludo y haciendo el signo de Shamash en los umbrales, penetraron en la casa. Comentó Ragüel a Edna:

–Hay que ver cómo se parece este joven a mi primo Aicar –y volviéndose hacia los viajeros les preguntó–: ¿De dónde sois, hermanos?

Azar respondió:

–De los hijos de Neftalí, de los cautivos de Nínibe.

–¿Conocéis por ventura a Aicar, nuestro hermano? –preguntó Ragüel.

–Sí que lo conocemos –respondió Azar.

–¿Y cómo le va?

–Aún vive y está bien –dijo Azar. Y Tobías añadió: «Es mi padre».

Ragüel, confirmado lo que en su corazón sospechaba desde que viera entrar a Tobías, se alzó de su asiento, abrazó al muchacho y le besó ambas mejillas y la frente mientras derramaba copiosas lágrimas. Y tomando el rostro del muchacho entre sus manos lo bendijo diciendo:

–¡Eres hijo de un hombre honrado y bueno!

Sentados bajo el emparrado, bebieron agua con zumo de agraz en una hermosa jarra vidriada que la solícita Edna había sacado de la fresquera. Hablaron de Aicar y de la vida de Éfeso así como de las incidencias del viaje. Ragüel volvió a derramar lágrimas cuando supo que Aicar se había quedado ciego. También lloró Edna, su mujer.

Cuando llegó la hora del almuerzo, Edna preparó unos champiñones guisados con aromático ajo macerado en agraz.

En la sobremesa, cuando las mujeres de la casa se retiraron, Tobías le dijo a Azar:

–Hermano, habla del asunto que nos ha traído –y al decirlo, su sentido del deber contradecía a su corazón, que solamente latía por la esperanza de volver a encontrar a la dulce Basyum.

Azar expuso el asunto a Ragüel, quien después de escucharlo se levantó y, poniendo sus manos en los hombros de Tobías, le dijo:

–¡Come, bebe y alégrate! En efecto, te toca recibir a mi hija. ¡Huélgate, porque es tuya! Hoy o mañana regresará del templo de Ishtar, ya con su deber de doncella cumplido, y, por lo tanto, libre para casarse.

Mientras esto ocurría, Sara se despedía de Asmodeo cerca de allí en los bajos de la antigua fábrica de papel. Muchas veces se besaron y se dijeron adiós, como si un triste presentimiento planeara sobre ellos y estorbase la partida de la muchacha. Fundidos en un desesperado abrazo, ella soltó la fíbula del hombro y dejó caer su túnica, y él entró en su desnudez. Nuevamente alcanzaron el olvido piadoso que dispensa la diosa sobre el duro lecho de cemento en el que manos antiguas habían dibujado signos indescifrables.

Finalmente partió Sara. Remontó con dificultad la escombrera y salió a la luz de la mañana en los contornos familiares de su arrabal.

Atravesó la calle y se refugió entre las cuatro paredes calcinadas de un antiguo quiosco donde jugaba de niña. Cerca de la casa de sus padres sentía alas en el corazón. Quería correr a comunicar a su madre las buenas noticias. No obstante, con femenil prudencia, escudriñó la calle y examinó la familiar orografía de las dilapidadas casas que se alineaban, pardas y casi disueltas por la lluvia y el abandono. Sara se había criado en aquella vecindad. Conocía qué casas estaban habitadas y cuáles no, desde dónde podrían haberla visto salir del escondite de Asmodeo y desde dónde no. Temía por su amante. Si algún vecino sospechaba su presencia correría a denunciarlo a los guardias. Después de su detenido examen, se tranquilizó. Nadie la había visto. No había peligro. Nadie iba a curiosear en el lugar donde quedaba oculto su amado.

Más calmada, se incorporó y echó a andar intentando aparentar una cotidiana indiferencia que estaba lejos de sentir. Escogió un camino que implicaba cierto rodeo por patios de vecinos. Toda precaución le parecía poca, ahora que estaba a punto de alcanzar su felicidad. Sentía el corazón confuso y dividido entre sentimientos encontrados. Por una parte la atormentaba la impaciencia por referir a su madre los

últimos sucesos de su vida, y hacerla partícipe de su dicha. Por otra, cada minuto separada de Asmodeo se le antojaba una pérdida preciosa e irre recuperable. Además, sufría sabiéndolo tan indefenso, y esta certeza redoblabla su angustia.

Edna había salido a la fuente cercana con un cubo de hojalata para buscar agua para sus huéspedes. Sara la vio a lo lejos y la reconoció por su túnica de lino crudo guarnecida de florecitas azules, el vestido de las grandes ocasiones. Se extrañó de que su madre lo llevase puesto tan fuera de ocasión, en una tarea doméstica que podía estropearlo.

—¡Madre!

Edna se volvió y, al ver a su hija ante ella, su semblante se llenó de luz y se le saltaron las lágrimas. Las dos mujeres se abrazaron y besaron efusivamente.

—¿Cómo es que regresas tan pronto, hija? Faltan dos días para que te traigan los guardias. ¿Es que has venido sola? ¡No habrás cometido esa locura...!

—Sola no, madre: con alguien —repuso Sara feliz—. Pero vamos a casa porque tengo muchas noticias que daros. ¡Ya me ha admitido Ishtar!

Edna se dio una palmada en la frente y abrazó alborozada a su hija y haciendo esos aspavientos excesivos que suelen las mujeres del pueblo ante la prosperidad matrimonial de sus hijas.

—¡La mejor noticia que he recibido en mi vida! ¡Serás la gloria de nuestra ancianidad! Ahora podrás casarte, hija mía.

Sara contempló la alegría de su madre e hizo una pausa antes de darle la segunda noticia.

—¡Claro que podré, madre! También he encontrado marido.

La risa de Edna se heló.

—¿Marido, dices? —preguntó, recelosa.

—¡Sí, madre! Es largo de contar. Entremos en casa y os lo referiré.

—¡No! —dijo Edna asiendo fuertemente a su hija por el brazo—. Tenemos visita. Ya te contaré quiénes son. Será mejor que lo que tengas que decir me lo digas aquí.

Sara le habló de Asmodeo.

—¡Ay, Sara, Sarita, hija mía! —se lamentó Edna con grave semblante—. El día de mi mayor felicidad ha de ser también el de mi mayor aflicción. Rabisu ha trabado las cosas para que mi pobre ancianidad, que yo presumía feliz, sea un pozo de desdichas.

Rabisu era un ente demoníaco al que asirios y babilonios achacaban los enredos y trastornos de la vida cotidiana. Andaba siempre de puntillas, dentro del hogar, y se escondía en los rincones oscuros y en las alacenas, en los viejos arcones y en las claraboyas. Para exorcizarlo se utilizaban diversos amuletos y ritos, pero estas medidas no siempre daban resultado.

—¿Por qué dices eso, madre? —preguntó Sara, la voz ensombrecida por la tristeza.

—A ese hombre, Asmodeo, lo buscan los guardias de la Casa de la Vida. Están pregonando su cabeza por la radio. Los sicarios de los concejales lo buscan, y los vecinos, tu padre entre ellos, aguzan la mirada para ver si pueden cobrar la

recompensa. Ya sabes que aquí la gente es pobre y casi todo el mundo tiene cartilla de tercera. Medio barrio anda hurgando entre los escombros. No tendrán piedad con él ni con quien lo encubra.

–No temas, madre –dijo Sara–. No haré nada que os pueda comprometer. No lo traeré a casa. Lo he dejado oculto cerca de aquí. He venido a recoger mis cosas y a despedirme. Marchamos lejos.

–¿Lejos? –exclamó Edna atribulada–. ¿A dónde podréis ir, desgraciada? Nadie puede salir de la ciudad y en la ciudad no hay sitio seguro para esconder una rata, mucho menos un hombre.

–Nosotros sí podemos salir de la ciudad –replicó Sara–. Asmodeo era científico en la Casa de la Vida. Conoce los secretos de los asirios. Cerca de aquí existe una puerta que no construyeron los asirios ni los babilonios sino los que los precedieron, o quizá los propios ángeles. Se llama la Puerta Omega. Por ella podremos escapar de Nínibe.

–Se me parte el corazón al oírte decir esas cosas, hija mía –suspiró Edna enjugándose una lágrima–. Daría mi vida por facilitarte la tuya.

–Pero, ¿qué ocurre, madre? –preguntó Sara, alarmada.

–No puedes casarte con ese hombre. Según las leyes raciales te corresponde alguien de la tribu y estirpe de tu padre.

–Pero si no queda nadie de su estirpe –replicó la muchacha–. Todos están muertos o tan lejanos que no tenemos noticia de ellos. Me lo habéis repetido cien veces para consolarme de los desprecios que cada año sufría en la casa de Ishtar. ¿Acaso lo has olvidado ya?

–El forastero que hay en casa –dijo Edna– es tu primo Tobías, hijo de Aicar. Con él te corresponde casarte.

La noticia dejó a Sara alelada y perpleja. Se desplomó sobre el brocal de la fuente y, ocultando su rostro entre las manos, rompió a llorar. Las lágrimas se deslizaban entre sus dedos y bajaban por sus brazos abriendo surcos claros en la suciedad de cloaca que teñía su piel.

Edna guardó discreto silencio mientras asistía, entre compasiva y calculadora, al desahogo de su hija. Le acariciaba pensativamente la cabeza y le rascaba por el cuello, detrás de las orejas, como solía hacer para dormirla cuando Sara era pequeña. Cuando tomó una resolución, se sentó al lado de la muchacha y cogiendo sus manos, para obligarla a descubrir el rostro, le habló así:

–Sara, el amor viene como va. Tú eres una niña inocente a pesar de tu edad. Te has enamorado, o has creído enamorarte, del primer hombre que se ha fijado en ti. La felicidad de la mujer está en casarse con un hombre de su estirpe, escogido por sus padres. Luego, con el roce de cada día, el tiempo traerá el cariño, que es más importante que el amor. Tu primo Tobías te procurará una gloriosa y feliz ancianidad y cuando seas su viuda, oronda y bien situada, lo recordarás con amor. Ya lo verás. Olvídate de ése... ¿cómo dices que se llama?

–Asmodeo –dijo Sara echándose a llorar otra vez–. Y me necesita porque está en un apuro –añadió.

Edna aguardó otra vez, pacientemente, a que cesara el llanto.

–¿No dices que conoce una puerta para salir de la ciudad?

–¡Sí!

–Pues que la tome y se aleje de su muerte. Acabará encontrando a otra mujer y se olvidará de ti. No te preocupes.

–Pero él me está esperando en las ruinas de la papelera. Íbamos a huir juntos.

–Los planes han cambiado, hija mía –repuso Edna tajante–. Tú te quedarás con tus padres y te casarás con Tobías; pero, para que tu conciencia se alivie, puedes mandar aviso de lo que ocurre a ese hombre. Él lo entenderá y seguirá su camino más desembarazadamente, sin el estorbo de llevarte con él.

Comprendiendo que no era posible oponerse a los planes de sus padres, así era la compulsión de la obediencia filial y el acatamiento a la patria potestad de los antiguos, Sara asintió en silencio.

Fueron a la casa de Ragüel y, después de las exclamaciones de asombro y de los saludos y parabienes, Sara abrazó a su padre y se cubrió pudorosamente el rostro ante Tobías, como mujer que ya ha cumplido su voto con Ishtar. Edna dirigió a Azar una furtiva señal y, llevándolo aparte en el patio, debajo del emparrado, le habló en estos términos:

–Poco dura la felicidad en la casa del pobre y cualquier tiempo, con lluvia o con sol, es tiempo de aflicción. Sara ha venido a traernos a todos la dicha; pero también nos trae el infortunio. Tú pareces, forastero, hombre de experiencia y de recursos. Se ha suscitado un grave problema sobre el que quisiera pedirte consejo. Mi hija no ha venido sola. La acompaña ese hombre, Asmodeo, cuya cabeza buscan los emisarios de la Casa de la Vida. Si lo encuentran cerca de aquí y lo torturan y confiesa que espera a Sara, puede perdernos a todos. Te suplico que te apiades de esta pobre mujer y que vayas a él y lo alejes de aquí para que no nos traiga la ruina.

Azar se apiadó de las lágrimas de Edna y respondió:

–No te preocupes, mujer. Sofrena tu llanto y que sea hoy día de jolgorio para esta casa y no de tristeza. Yo me encargaré de todo de manera que tanto tú como tu hija quedéis satisfechas.

Edna, agradecida, dejó de lagrimear y, abriendo su túnica, mostró sus pechos al forastero en prenda de reconocimiento. Eran unos pechos de cuarenta y cinco años, pero aún llenos y firmes.

Volvieron Edna y Azar a donde estaban los otros. Entonces, Tobías, advirtiendo que todos estaban presentes, recordó la fórmula de petición matrimonial y dijo:

–No gustaré bocado hasta que resolváis este asunto y me lo confirméis.

Contestó Ragüel:

–Toma a nuestra amada hija desde ahora, según la ley, porque tú eres su hermano y a ti se te debe. ¡Que el Señor Misericordioso os colme de felicidad y de hijos!

Y diciendo esto, Ragüel tomó a su hija de la mano y la entregó a Tobías por esposa diciendo:

–Anda, según la ley del pueblo, tómalala y llévala a tu padre –y los bendijo. Y convocando a Azar y a Edna para que testificaran, tomó barro de un arriate, confeccionó una tablilla y con un punzón de obsidiana redactó por escrito el contrato matrimonial, de acuerdo con la ley de Hammurabi y lo leyó en voz alta. Decía así:

«Sara, la hija de Ragüel y Edna, ha tomado a Tobías, el hijo de Aicar y Ana, en comunidad conyugal. Si Sara dice a Tobías: Tú no eres mi esposo, será arrojada al río tras haber sido maniatada. Si Tobías dice a Sara: tú no eres mi esposa, pagará diez sidos por la separación. Han jurado ante Shamash, Marduk y Samsuilina.»

Acabada la lectura del contrato, Ragüel imprimió al pie la huella de su pulgar y luego pasó la tablilla a Azar y a Edna que hicieron lo propio. Tras de lo cual, sobre el rescoldo del hornillo donde se calentaba el puchero, sepultó la tablilla y la cubrió de brasas para que se endureciera convenientemente.

Terminada la ceremonia, se sentaron a comer y, para celebrar el día, untaron las galletas con crema de espárragos y mermelada de naranja amarga, ambas sintéticas. Además, los hombres compartieron un frasco de orujo que Edna atesoraba, desde años atrás, para la boda de su hija.

Llamó después Ragüel a Edna y le dijo:

–Prepara la alcoba para los recién casados.

Hizo Edna lo que se le mandaba y condujo a Sara a la cámara. Lloraba Sara y su madre le decía, mientras le enjugaba amorosamente las lágrimas:

–¡Anímate, hija, y levanta el corazón! Ishtar, la morena, te dará gracia y te aventará esa tristeza muy pronto. Ten valor, hija mía.

Pero Edna no podía sospechar hasta qué punto sufría su hija, ni imaginaba la dolorosa intensidad de aquel su amor contrariado por Asmodeo, el fugitivo de la Casa de la Vida.

Cuando los hombres terminaron sus libaciones, condujeron a Tobías hasta la puerta de la alcoba nupcial. El muchacho, ajeno a las formalidades de la ceremonia, recordó el exorcismo matrimonial y tomando un brasero puso encima de las brasas el corazón y el hígado del pez para provocar el humo propiciatorio. El demonio Rabisu, en cuanto olió aquel humo, huyó al Egipto superior, donde un ángel benéfico lo ató. Mientras cumplía con ésta y otras ceremonias, silenciosas lágrimas recorrían el rostro de Tobías pues el muchacho dio rienda suelta a su congoja bajo el disimulo de que era el humo el que se las provocaba. Lo advirtió Sara, que a su vez había estado llorando desde que su madre la dejara allí, y preguntó al muchacho:

–¿Por qué lloras, esposo mío? ¿Es que no te parezco suficientemente hermosa? –había en la voz de la muchacha una dulce conformidad–. Si es así no tienes por qué disimular tu desprecio. Lo comprendo muy bien y lo disculpo. Durante siete años consecutivos he pasado una semana en el templo de Ishtar sin hallar un benévolo forastero que consintiera en liberarme del vínculo de mi virginidad. Hace tan sólo dos

días que por fin hallé uno y me enamoré de él, pero no pertenece a nuestro linaje. Por eso está contristado mi corazón y derramo ardientes lágrimas. Aquí estoy yo, sierva y esposa tuya, mientras que Asmodeo (así se llama él) me espera en la calle, atribulado y solo.

Al escuchar estas palabras, Tobías refrenó su llanto y respondió:

–No llores porque te desprecie ni porque me parezcas poco agraciada. Estoy conforme con este matrimonio si tal es la voluntad de nuestros padres y la ley sagrada a la que todos nos debemos. Sólo que mi corazón se rebela porque hace dos días conocí a una muchacha llamada Basyum de la que me he enamorado y no puedo dejar de pensar en ella.

–La misma pena nos aflige entonces –dijo Sara con quiebro en la voz. Y acercándose se tomaron de las manos más como hermanos que como amantes, y después se abrazaron y cada uno lloró libremente sobre el hombro del otro, unidos, ya que no por el esquivo amor, por el común infortunio. Cuando el llanto vertido los alivió, Tobías apartó de sí dulcemente a Sara para mirarle el rostro y dijo:

–Levántate, hermana, vamos a orar para que Ishtar tenga misericordia de nosotros. Los dos compartimos una misma aflicción pues no existe pena mayor que estar lejos del ser amado y estando en compañía sentirse, sin embargo, solos.

Y, elevando los brazos al cielo, dijo Tobías:

–Señora, no llevado del deseo de la carne sino del amor y acatamiento de tu ley, acepto en mi corazón a esta mujer por esposa mía. Apíadate de mí y de ella y concédenos larga vida en mutua compañía.

Sara, cabizbaja al lado de su marido, respondió: «Amén».

Y regresando al lecho cumplieron con la ley y fueron honestos el uno con el otro aunque cada uno de ellos imaginó que estaba en los brazos de su amado. Luego se durmieron abrazados y ya no hablaron más hasta la mañana siguiente.

Tobías tuvo un sueño. Soñó que tomaba ceniza del hornillo donde se cocía su contrato matrimonial, y la esparcía a la puerta de la habitación y por el pasillo frontero.

–¿Por qué haces eso? –le preguntaba la voz de Azar o quizá la del padre de Sara.

–Quiero matar a los shedim que frecuentan esta casa –respondía Tobías.

–¿Los *shedim*?

–Sí, he visto merodear por la calle a los demonios nocturnos de patas de gallo. Buscan doncellas a las que poseer cuando la noche cae y todo el mundo duerme. Asmodeo podría ser uno de ellos. No dejan huella en ninguna parte salvo en las cenizas.

Amaneció el día y Azar fue a Tobías y le dijo:

–Ahora es preciso que terminemos lo que habíamos venido a hacer. Te propongo que, puesto que aún no han transcurrido los días que la ley señala para la conmemoración de los esponsales, quedes tú en casa de Ragüel y parta yo solo a Ragües de Media, a la casa de Gabael, a cobrar la deuda. De este modo podremos

regresar a Éfeso cuanto antes, pues tu anciano padre estará contando los días y si ve que tardas mucho en regresar se morirá de pena pensando que te ha ocurrido lo peor.

Mientras tanto, el anciano Aicar había llevado la cuenta de los días que podía durar el viaje de su hijo y, cuando éstos pasaron y vio que Tobías no regresaba, comenzó a cavilar sobre las causas de su tardanza: Quizá se han topado con dificultades que no esperábamos, o, quizá, al llegar a Media, resulta que Gabael ha muerto ya y no saben a quién cobrar la deuda. Estos pensamientos lo conformaban un tanto. Pero también pensaba con aflicción: Quizá lo hayan cogido los asirios y esté preso o muerto.

Tales pensamientos rumiaba Aicar en sus silencios, mas procuraba disimular su inquietud y no comunicaba sus temores a Ana. Pero ella, también inquieta, lo manifestaba abiertamente. Iba de un lado a otro de la casa, llorando y mesándose el cabello y arañándose los flácidos pechos y repetía: «¡Ay de mí, desventurada, y del hijo de mis entrañas! ¿Por qué hice caso a tu padre que nunca ha pensado nada a derechas y te dejé partir en mala hora? ¡Ay de mí, hijo mío, luz de mis ojos, espuma de mi vientre! ¡Sin duda ha perecido por los caminos de la inhóspita ciudad y las ratas han roído su rostro! ¡Para pasto de perros crié esas carnes!».

Intentaba Aicar consolarla y apartar de ella tan funestos pensamientos, pero Ana se zafaba violentamente de los débiles brazos de su marido y replicaba: «¡Calla, ladrón, no pretendas consolarme con engaños y falsas esperanzas! ¡Seguro que ha muerto!».

Y cada día iba al camino por donde su hijo marchó. Allí se estaba las horas sin probar bocado y en cuanto oscurecía regresaba con los ojos hinchados.

Una noche, agotadas las lágrimas y los funestos pensamientos. Ana se quedó dormida en el desvencijado sillón de la sala familiar. Consumida la grasa del candilillo, la habitación se iluminaba solamente por un leve resplandor lunar que entraba por la ventana agregando nácar a las azules formas de lo oscuro.

Entonces la propicia Ishtar infundió un sueño en los párpados de Ana. Estaba ella sentada en la plaza, al pie del pedestal de la estatua, y alargaba el cuello y fruncía los ojos por si veía subir a su hijo por la avenida de Éfeso. De pronto creyó verlo venir y dijo a Aicar: «Mira, por allí viene nuestro hijo con una mujer y con su compañero». Entonces, a pesar de la distancia, escuchó la voz de Azar que decía a Tobías: «Adelántate llevando la hiel del pez. Estoy seguro de que tu padre recobrará la vista. Úntale los ojos con la hiel. Al escocerle se frotará, se le desprenderán las cataratas y verá».

Ana, en el sueño, no pudo aguardar a que Tobías llegase a donde ella estaba. Corrió a su encuentro y se abrazó a su cuello llorando de alegría: «¡Te veo, hijo mío! –le decía–. ¡Ahora ya puedo morir!». También Aicar quiso acudir, pero tropezó y cayó al suelo. Tobías corrió hacia él y, levantándolo, derramó la hiel sobre los ojos nublos del anciano mientras le decía: «¡Ten ánimo, padre!». En cuanto le escocieron los ojos, Aicar se los frotó y se desprendieron las escamas que lo cegaban. Cuando

vio a su hijo se le abrazó al cuello y llorando copiosamente, dijo: «¡Bendito tú, Dios, y bendito sea tu nombre por los siglos y benditos tus santos ángeles porque después de azotarme has tenido misericordia de mí y veo a Tobías, mi hijo!». Salió entonces Aicar al encuentro de Sara, su nuera, que había quedado a la espera, cerca del ruinoso pabellón de deportes, y cuantos lo veían caminar sin lazarillo se maravillaban de que hubiese recobrado la vista, pues Aicar era de cincuenta y ocho años cuando la perdió y había permanecido completamente ciego por espacio de ocho años. Y Aicar y Ana abrazaron a Sara como a hija y la llevaron a su casa, donde todos celebraron el feliz reencuentro.

Tras las primeras efusiones, Aicar llamó aparte a Tobías y le dijo: «Mira, hijo mío, el salario que has de entregar al hombre que ha ido contigo y calcula lo que conviene añadirle como recompensa por su buen servicio».

–Padre –respondió Tobías–, no me parece excesivo darle la mitad de lo que he cobrado pues me ha devuelto sano, cobró el dinero y te ha curado.

Respondió el anciano:

–Todo se lo merece.

Y llamando a Azar le dijo:

–Toma la mitad de lo que habéis traído y vete en paz.

Entonces Azar sonrió y dijo:

–Nada me llevaré. Bien pagado me voy. No me llamo Azar sino Rafael.

En este punto del sueño despertó Ana espantada, inquieta y sudorosa a pesar de que el relente frío de la madrugada le había refrescado el rostro frente a la ventana abierta. El sueño le había devuelto la paz y la había llenado de alegría, pero el despertar la dejó pensativa. Le había parecido, en el preciso instante de volver en sí, que había visto el rostro de Azar en alguna parte. Ahora que conocía su verdadero nombre, Rafael, quería recordarlo. Se mantuvo en sus cavilaciones hasta que amaneció el día y cuando Aicar se levantó fue a él y le dijo:

–No te muevas de aquí, esposo mío, porque hoy toca reparto y voy a acercarme a la concejalía del barrio para recoger nuestras cartillas de racionamiento.

–Bueno –dijo él–. No tardes.

Cuando partió Ana, Aicar tomó asiento en el destartado sillón donde su mujer había pasado la noche y al punto se dejó vencer por el sueño. Soñó que regresaba a Jerusalén donde había estado en su juventud. Jerusalén, que los asirios incendiaron en los tiempos del destierro, estaba ya reedificada con más esplendor que antes, con zafiros y esmeraldas, y sus muros eran de piedras preciosas. Sus torres y almenas eran de oro puro y sus plazas estaban pavimentadas de berilo y rubí y piedra de Ofir, y todas sus calles eran un clamor: «¡Aleluya, Aleluya, bendito sea Dios que te ensalzó por todos los siglos!».

Se vio luego Aicar caminando por una vereda polvorienta que cruzaba un campo pedregoso, sin árboles. Un caminante venía en dirección contraria y se le acercaba. Cuando distinguió su rostro reconoció a su hijo Tobías y Tobías vio que era su padre.

Los dos corrieron a abrazarse. Entonces Aicar le dijo a Tobías:

–Hijo mío, vete a Jerusalén porque la profecía de Jonás sobre Nínibe se cumplirá y la ciudad será destruida. Sus ídolos quedarán sepultados debajo de los escombros y el cabrito será cocido en la leche de su madre. Dame digna sepultura y dásela a tu madre cuando se reúna conmigo.

Pasado esto, Aicar soñó su propia muerte a los ciento cincuenta y ocho años de edad y la de Ana, su mujer, igualmente colmada de días. Y vio a Tobías dándoles sepultura y luego lo vio ya viejo, marchando por el camino pedregoso con su mujer, sus hijos y sus nietos, en dirección al arrabal de Ecbatana. Y luego soñó la muerte de Tobías a los ciento veintisiete años de su edad y lo vio alzarse sobre el lecho de su agonía para contemplar, en el lejano horizonte, los fulgores del azufre que consumía Nínibe. Y se alegró por la aciaga suerte de la ciudad antes de morir.

En esto despertó Aicar de su sueño y con su pañuelo remendado, pero limpio, se enjugó la canosa barba por la que resbalaba la saliva cuando dormía en el sillón, con la boca abierta.

–Si estuviera Ana aquí, ya me estaría riñendo –se dijo con ternura, y, parodiando la voz de su esposa, salmodió–: Este viejo gruñón no tiene bastante con la cama y se me duerme en el sillón para babearme las camisas.

Ana había salido a la calle y había torcido a la izquierda, para ir a la concejalía dando un rodeo en lugar de seguir el camino acostumbrado. Aun a trueque de encontrar una larga cola cuando llegara a recoger su ración de alimentos y píldoras, quería pasarse antes por el templo de la Columna.

El templo era uno de los edificios anteriores al virus, una arcaica y curiosa construcción bizantina que en tiempos estuvo consagrada a la Santa Sabiduría o Sofía de los cristianos, una recóndita secta religiosa prebabilónica. Santa Sofía se hallaba abandonada, la gran cúpula hundida y el suelo de mármol saqueado y cubierto de cochambre. Ana se encaminó derechamente al Santo de los Santos, donde en tiempos antiguos sólo el sacerdote penetraba. Incluso aquel lugar sacratísimo estaba atestado de basuras. Los venerables muros lucían pintadas obscenas. Adornaba la escalinata un largo friso de mosaicos, medio destrozado a martillazos y pedradas por las bandas juveniles. El friso representaba la procesión de los ángeles. Los bellos colores aún refulgían bajo del vidriado de las teselas. Querubines armados con lanzas, cada uno de ellos provisto de dos alas ascendentes y dos descendentes, vestidos de magníficas túnicas bordadas en oro e incrustadas de gemas, montaban guardia delante de la majestad de Marduk. El ángel, el *kerub* de los asirios, tiene, de frente, rostro humano; cara de león de perfil derecho; cara de toro de perfil izquierdo y por detrás cara de águila. La cabeza humana era imagen de inteligencia; las alas de águila, de movilidad; el cuerpo de león significaba majestad y las patas de toro, fuerza. Eran los guardianes del trono del Consejo. Allí, en aquella galería de angélicos rostros, estaba el rostro atezado, la incisiva mirada, la nariz de águila, el perfil puro, los anchos hombros, la nuca poderosa, allí estaba Azar, el ángel Rafael, identificado por una

cartela que portaba en la mano, con su nombre en griego.

Ana abrió y cerró la boca varias veces, tan sorprendida como un pez que se debate en el fondo de la barca. No acertaba a comprender. Volvió a mirar el rostro del ángel, se atrevió a repasar sus rasgos puros con la yema de unos dedos trémulos y abrasados, desmenuzó sus rasgos humanos queriendo persuadirse de que, en su desesperación, podría haber albergado vanas ilusiones sobre la magnificencia del hombre que en su sueño acompañaba a su hijo Tobías y lo protegía.

Quería cerrarle las puertas a la engañosa esperanza por miedo al acrecentado dolor de un nuevo desengaño. Pero, cuanto más lo miraba, más se persuadía de que el rostro del ángel era el rostro de Azar. El hombre de su sueño era el ángel Rafael. Azar, el acompañante de Tobías, era el ángel Rafael en forma humana descendido entre los hombres para cumplir los designios del Santo.

Ana se apoyó en el frío muro de mosaicos. Las rodillas se negaban a sostenerla. Se deslizó hasta sentarse a los pies del ángel, acurrucada, replegada su pobre humanidad entre los pliegues de su cuerpo, se sintió henchida de piedad como un receptáculo en el que cupiera el dolor del mundo. Lloró mansamente de alegría. Ascendían sus sollozos, como aleteos de palomas, entre las devastadas bóvedas decoradas con amplios mosaicos y por los huecos de las dilapidadas techumbres escapaban al cielo extrañamente azul.

Catorce

Fue una noche larga, triste y fría. En los sótanos de la antigua fábrica, Asmodeo se desvelaba con premoniciones angustiosas. La ausencia de Sara y el presentimiento de haberla perdido pesaban en su corazón como una losa. Temeroso aguzaba el oído. Creía percibir sonidos. Tal vez los escuchaba. El viento ululante por los mil recovecos y rendijas de la ruina; las ratas por sus secretos corredores; la química de la podredumbre y la disipación crepitando tenaz. Se adormecía extenuado por el cansancio y las emociones, pero su consciencia lo devolvía, con dolorosa lucidez, a su angustiosa situación. Se removía, inquieto, en el suelo y libraba con su miedo una batalla incierta. Transitaba su alma caminos desconocidos. Rememoraba retazos de parlamentos antiguos, palabras de héroes ancestrales que recitaba en voz baja por confortarse. Quizá no estaba loco. Es posible que sólo intentase infundirse valor, pero sólo le acudían a la memoria pasajes deprimentes. Los héroes que pretenden trascender las limitaciones de su destino para auparse al de los dioses acaban desastradamente. En esta fatalidad coinciden las mitologías y las literaturas. El hombre se enfrenta a la muerte, la muerte vence, inevitable y fatalmente, al hombre. Entonces, ¿por qué escribes?

En la claridad lechosa del nuevo día, cuando se empezaban a revelar los perfiles de las claraboyas, Asmodeo se sorprendió, declamando:

—¿No moriré yo también, como Enkidu? El miedo se ha introducido en mis entrañas, la muerte me atemoriza y vago por la llanura. Llegaré al desfiladero por la noche y si me topo con leones y tengo miedo, levantaré la cabeza a la diosa luna para elevar mis súplicas a Ishtar de bellos pechos, hieródula de los dioses, a ella rogaré en mi corazón.

Y, poco después, tras dormitar otro poco, vencido por el cansancio más que por el sueño, recordó aquel pasaje del poema que empieza:

—Haré pedazos las puertas del mundo subterráneo y el número de los muertos sobrepasará al de los vivos.

A ratos guardaba silencio. Se palpaba la frente, febril, y pensaba que había perdido el juicio. Pero también a veces conseguía infundirse ánimos imaginándose las dificultades que Sara habría tenido que vencer en la casa de sus padres y los mil posibles motivos que podrían justificar su preocupante tardanza.

Lo alertó un pesado crujir de pasos sobre la grava de la rampa. Su corazón se llenó de pavor. Aquéllos no podían ser los pasos de Sara. Buscó donde ocultarse. La luz que se filtraba desde las vencidas claraboyas era demasiado escasa todavía para decidir en qué rincón de la devastada nave se encontraba el escondite idóneo. Además corría el riesgo de tropezar con algún obstáculo y delatar su presencia a los que lo buscaban. Se acurrucó detrás de un bloque de cemento y contuvo la respiración, inmóvil, sin osar asomarse. El trapaleo se percibía ahora más cercano. El que se aproximaba portaba una luz. De pronto sus pisadas dejaron de sonar. El

angustioso silencio.

Extremando las precauciones, aunque se sentía ya descubierto y perdido, Asmodeo reunió el valor necesario para incorporarse y mirar. Frente a él, a unos pasos de distancia, un Mono sostenía en alto una lámpara y lo contemplaba con aquella mirada estúpida y vidriosa propia de los Monos. Asmodeo se sintió momentáneamente aliviado por el hecho de que no se tratase de una persona, pero, en cualquier caso, el Mono lo había descubierto y lo miraba fijamente. ¿Lo denunciaría? ¿Tendría capacidad mental suficiente para comunicar su descubrimiento a los otros Monos o a los guardias? Los Monos no actuaban nunca en solitario. Siempre iban en cuadrillas de trabajo. ¿Dónde estaban los otros?

En aquel momento resonaron nuevos pasos en la rampa de descenso, pasos brutales, firmes, rítmicas pisadas de piernas militares. ¡Los clones de la Casa de la Vida! El terror reblandeció el corazón de Asmodeo como se reblandece la pella de cera arrojada a la hoguera. Se sintió perdido, se le ofuscó el entendimiento hasta dejarlo reducido a la indiferente ansiedad del animal prendido en el cepo, acorralado, perdido. A la vacilante luz que el Mono sostenía sobre su cabeza percibió el desfile de botas que descendían rampa abajo entre brillos de cuero y acero. Se dejó caer sobre el suelo y se tapó el rostro con las manos. Estaba perdido, más que perdido: muerto. Lo habían descubierto. Nunca más volvería a ver a Sara. Nunca alcanzaría la Puerta Omega.

Entonces resonó la opaca voz del Mono. Dirigiéndose a los guardias que se acercaban articuló torpemente, con su timbre profundo y grave:

–¡Hombre, no! ¡No huele hombre! ¡Hombre no aquí!

–Muy bien, monito –dijo el oficial a cargo de la patrulla, y volviéndose hacia sus hombres ordenó–: ¡Media vuelta y larguémonos de aquí cuanto antes, no sea que se nos caiga el techo encima! ¡Vida de ratas!

Asmodeo comprendió, aliviado. Los guardias de la Casa de la Vida estaban empleando Monos para seguir su rastro. Los Monos poseían el mismo fino olfato que ciertos animales y, además, una rudimentaria inteligencia que les permitía expresar ideas sencillas. Pero aquel Mono lo había descubierto. Se había dirigido derechamente a su escondite. Se había quedado mirándolo, de eso estaba seguro, y, sin embargo, no lo había delatado. Es más, había engañado a los guardias para protegerlo, los había alejado cuando ya era presa segura.

Asmodeo escuchó alejarse el rumor de las botas. Cuando calculó que los guardias habían abandonado el edificio, asomó la cabeza con precaución. El Mono no se había movido de su sitio. Seguía a unos pasos de él, inmóvil, sosteniendo su lámpara en alto. Asmodeo no sabía qué hacer. ¿Debería agradecerle al Mono que lo hubiera protegido? ¿Entendería el Mono? ¿Hasta dónde era animal y hasta dónde persona? ¿No lo delataría tan caprichosamente como lo había protegido? ¿Qué turbios procesos mentales regían aquel cráneo chato sustentado por un rostro de brutales facciones? ¿Aguardaba alguna recompensa por su complicidad?

El Mono se acercó a Asmodeo con su torpe balanceo de hombros. Una amplia sonrisa bobalicona que pretendía ser amistosa dejaba entrever una hilera de dientes lobunos entre los que escapaba un hilo de saliva que descendía por las comisuras del morro y los ásperos labios.

–¡Modeo! –articuló con dificultad la ronca voz del Mono mientras el índice de su mano libre lo señalaba–. ¡Tú, Modeo!

Asmodeo quedó atónito. ¿Estaba el Mono intentando pronunciar su nombre? Al propio tiempo, el Mono se llevaba las manos al pecho reproduciendo torpemente el signo asirio de la amistad.

–¡Modeo, Modeo bueno, bueno Modeo! –insistió el Mono.

De pronto Asmodeo lo recordó y lo reconoció:

–¡Sapi! –exclamó con sorpresa–. ¡Tú eres Sapi!

El Mono sonrió, lo que acrecentó la estupidez de su expresión, y movió la cabeza asintiendo vigorosamente. El hilo de baba que descendía de la boca al pecho se espesó.

Sapi era uno de los Monos de servicio de la Casa de la Vida. Estaba adscrito a la sección del laboratorio donde Asmodeo trabajaba. Era uno de los encargados de retirar cada tarde la basura y el papel inútil que los experimentos generaban. Todos los Monos se parecían entre sí como dos animales de la misma especie y edad suelen parecerse. No obstante, la familiaridad del trato diario había permitido que Asmodeo y sus compañeros de trabajo distinguiesen una serie de rasgos a partir de los cuales asignaron apodos graciosos a los Monos del servicio. Era más fácil que llamarlos por su número de identificación oficial. Sapi tenía la misma piel grasienta, amarillenta y sin pelo de sus congéneres, la misma cabeza casi esférica, la misma calva surcada de pliegues renegridos, como si el ceño se le prolongara hasta la región occipital. Su prominente mandíbula inferior, desprovista de mentón, y su boca brutal guarnecida de gruesos y bestiales dientes, eran las propias de los individuos de su especie, así como los robustos arcos supraciliares y la nariz gorda y aplastada, de inquietas ventanillas, que aleteaban al respirar como si husmearan los olores del ambiente. Pero aquellos ojos saltones de batracio, provistos de una mirada menos opaca que la de sus congéneres, una mirada en la que, de haber sido humana, se hubiese quizá podido diagnosticar un brillo de posible inteligencia, lo distinguían netamente de los ojos de pescado muerto de los otros Monos. A alguien le pareció que aquel Mono se parecía a un sapo en los ojos y desde entonces lo designaron por el diminutivo, más burlón que cariñoso, de Sapi. Y él, a las pocas semanas de oírsele llamar, aprendió a asociar aquellas dos sílabas con su propia persona y acudía servilmente, sonriente y babeante, cuando las oía pronunciar, lo llamaran o no.

Asmodeo comprendió la razón de que Sapi anduviese tras de su rastro. Los guardias asirios habían escogido a aquellos Monos de la Casa de la Vida que pudieran estar familiarizados con el olor corporal del fugitivo. Pero, por alguna oscura razón que Asmodeo no lograba comprender, Sapi se sentía inclinado a protegerlo y su

simpatía hacia el fugitivo prevalecía sobre la obediencia debida a los amos que le procuraban el diario sustento. Había decidido encubrirlo, era evidente, pero no existía nada que justificara aquella extraña actitud. Asmodeo no recordaba haberse comportado especialmente bien con aquel Mono. Por lo general los científicos no dirigían la palabra a los Monos si no era para darles alguna orden sencilla y fácilmente inteligible, que los Monos cumplieran inmediatamente, o para hacerlos víctimas de bromas pesadas que, en cualquier caso, los simios no parecían entender. Asmodeo no era aficionado a tales bromas. Es más, le disgustaba cualquier forma de crueldad, aunque en el caso de los Monos sólo se tratase de simples animales. Quizá era ésta y no otra la razón de la simpatía que aquella criatura parecía sentir por él y la causa de la extraña complicidad que le estaba demostrando. De sus confusos pensamientos volvió a sacarlo la ronca voz del Mono:

–Modeo escapa –acertó a articular–, Sapi escapa. Modeo, Sapi: juntos.

Dijo esto último golpeándose ruidosamente el pecho, como suelen hacer ciertos primates cuando se afirman en la manada.

–¡Modeo escapa, Sapi escapa! –repitió con entusiasmo. Luego era eso. No cabía la menor duda. El Mono había decidido escapar con él. ¿Era éste el precio de su silencio? ¿Sacar de Nínibe a un Mono a través de la Puerta Omega? Asmodeo se sentía tan confuso que no sabía qué determinación tomar. Por una parte se creía moralmente obligado a mostrar cierta gratitud hacia aquella desconcertante criatura. Por otra, le repugnaba la idea de llevar consigo a un Mono como compañero de fuga. Le parecía grotesco y descabellado. ¿Qué opinaría Sara cuando regresara y se encontrara con aquel extraño y repulsivo compañero de viaje? ¿La asustaría? La muchacha se sentiría incómoda, tan incómoda, por lo menos, como se sentía él. ¿A dónde podían ir con aquel esperpento infrahumano de torpes y desaliñados movimientos? Su inteligencia era tan exigua que a cada paso correrían peligro de que alguna imprudencia o torpeza los delatara.

Asmodeo tomó una decisión. Dirigió una mirada severa y autoritaria al Mono y, con el tono firme con que solía hablarle cuando era su superior en la Casa de la Vida, le ordenó:

–¡Sapi no escapa! ¡Sapi se queda! ¡No escapa! ¿Entiendes? Y ahora, Sapi, fuera. ¡Vete! ¡Fuera!

El Mono hundió la cabeza entre los hombros y encogió su corpachón como si temiese que alguna violencia física acompañase a las destempladas palabras de Asmodeo. Con la expresión lastimera de un perro apaleado miraba al suelo en silencio. Un grueso hilo de saliva descendía sobre su manchada casaca. De no estar seguro de que el exiguo cerebro de aquellos seres no podía generar sentimientos elevados, Asmodeo hubiese pensado que sus palabras lo habían ofendido y humillado y que una profunda tristeza lo embargaba.

Transcurrieron unos interminables minutos. El Mono seguía allí delante, desobediente e inmóvil, alelado. ¿Había comprendido cabalmente la orden? Sí: su

abatimiento lo atestiguaba. La cabeza gacha, balanceándose débilmente a uno y otro lado. No quería comprender. Asmodeo sentía que la mera presencia del Mono lo comprometía. Los guardias podían regresar en su busca, encontrarlo allí plantado en medio de la nave, barruntar que algo insólito le estaba ocurriendo a aquel Mono. Podían volver a registrar las destartadas ruinas de la fábrica, esta vez con mayor cuidado, podían, finalmente, descubrirlo y apresararlo.

¿Qué hacer en aquella tesitura?

Sapi levantó la cabeza y otra vez dejó oír su ronco y elemental discurso:

–Sapi bueno, Sapi no malo. Modeo escapa. Sapi escapa...

Por otra parte, pensaba Asmodeo, si rechazaba al Mono, éste podía regresar junto a los guardias y denunciarlo. El Mono demostraba sentimientos humanos, si bien rudimentarios. Entre estos sentimientos cabía la posibilidad de que figurase la inclinación a la venganza consustancial a los hombres. O incluso, descartando tal deseo de venganza por el desaire real o imaginado que el Mono pudiese interpretar en la negativa de Asmodeo, cabía la posibilidad de que la verdadera motivación de la complicidad que el Mono había mostrado hasta ahora hacia el fugitivo fuese, simplemente, la de escapar en su compañía. Si lo rechazaba, el Mono no tendría ningún motivo para continuar protegiéndolo. Los Monos eran seres de muy rudimentarios alcances. No cabía esperar otra reacción lógica de Sapi. Correría a denunciarlo estimulado por la esperanza de alcanzar el premio de un terrón de azúcar.

En tales circunstancias quizá lo menos malo fuese ceder a las pretensiones del Mono.

–¡Está bien! –suspiró Asmodeo–. Vete a aquel rincón y ocúltate allí hasta que llegue el momento de partir. ¡No hagas ruido! ¡Apaga tu lámpara! ¡No respires!

El Mono obedeció con torpe diligencia. Se retiró al rincón, tras la carcasa retorcida de unas calderas y un amasijo de oxidadas tuberías, y apagó la lámpara.

Transcurrieron unos minutos de calma apenas turbada por el rebullir de las ratas en los escombros. No se percibía sonido de pasos. Probablemente los guardias habían marchado ya después de registrar las ruinas. De pronto, una fragorosa exhalación de aire contenido, similar a la de un neumático que se desinfla, turbó el silencio. Procedía del escondite de Sapi.

–¡Sapi respira! Sapi se muere si no respira –se oyó la voz angustiada del Mono.

Después de un breve instante de perplejidad, Asmodeo recordó que lo había exhortado al silencio ordenándole que no respirara. Rió el suceso de buena gana y se regocijó en su corazón de la ocurrencia del Mono que había tomado su orden al pie de la letra. Era la primera vez que reía desde que huyó de la Casa de la Vida. Constatar su propia risa lo reconfortó. Quizá, después de todo, no estuviese tan lejos de culminar favorablemente la empresa y todo su pesimismo y desánimo fueran achacables a la soledad y a la dolorosa ausencia de Sara en las últimas horas.

–Está bien, puedes respirar –dijo en dirección a Sapi–. Pero no hagas ruido.

Quince

La cámara nupcial de Sara daba al patio emparrado de la casa. Por la mañana temprano se abrió la puerta de la habitación y apareció Sara, ojerosa, en el umbral. Cerró la puerta detrás de ella, cuidando de no hacer ruido. Tobías dormía su sueño profundo y tranquilo. Edna, la suegra de Tobías, estaba sentada en el poyo del patio. Acudió al encuentro de su hija y, tomándola de las manos, la hizo sentarse a su lado:

–Ya se lo he explicado todo a Azar –le dijo–. Se ha ofrecido amablemente, ¡que Dios se lo pague!, a acompañar y a proteger a ese hombre, Asmodeo, hasta ponerlo a salvo. Dile ahora lo que tengas que decirle porque ha de marchar enseguida. Todavía tiene que ir hasta Ragúes a cobrar una vieja deuda de tu suegro, el padre de Tobías.

Sara no pudo sostener la mirada de Azar. Bajó la suya, sumisa, hundiendo la barbilla en el perfumado pecho y compuso las manos dulcemente sobre el regazo, al calor del vientre fecundo. Fue diciendo palabras y al tiempo que las decía corrían silenciosas lágrimas por sus mejillas y goteaban sobre aquellos toscos dedos que Asmodeo besaba, uno a uno, tan sólo la víspera –parecía que habían pasado mil años –y nombraba con nombres de princesas antiguas.

Cuando Sara terminó su parlamento, arreció el llanto. Suspiraba, se cubría el rostro con las manos e intentaba arañarse las mejillas. Un rubor encendido le quemaba el rostro. Entonces, Azar, que hasta el momento había permanecido silencioso y la había escuchado con su rostro inexpresivo, adelantó una mano y tocando suavemente la barbilla de la muchacha la obligó a alzar el rostro para que lo mirara, al tiempo que le decía:

–Serénate, mujer.

Al sonido mágico de aquellas palabras el llanto de Sara cesó y dentro de ella se hizo una luz, como si el sol apareciese detrás de una nube negra y tormentosa. Allí se encontraba en pie ante ella un hombre vestido de sencilla tela de lino, las caderas forradas de oro. Su lomo era como el crisólito y el semblante le brillaba como el centelleo de los relámpagos. Sus ojos llameaban como antorchas encendidas; brazos y piernas brillaban cual metal pulido y sus palabras resonaban al igual que el estruendo y el estrépito de la multitud. Sara no entendió las palabras, pero fueron bálsamo que restañó las heridas de su alma atormentada. Inclinandose, abrumada de una dulce carga, se adormeció en el regazo pródigo de Edna, su madre. No volvería a recordar, en toda su dilatada vida cargada de días, que una vez existió un hombre llamado Asmodeo.

Tobías se levantó, con las débiles rodillas del amante generoso, y salió al patio. Azar lo aguardaba bajo el emparrado, pensativo.

–Prosigo mi camino –le dijo–. Ofrece mis saludos a tu joven esposa.

El viajero tomó su zurrón y se encaminó hacia el lugar donde la muchacha le había indicado que se ocultaba Asmodeo. Cruzó a grandes zancadas las devastadas calles. Remontaba en línea recta los montones de escombros y descendía, sin

apartarse de su rumbo, a los infectos cráteres. Hundía los pies en charcos cenagosos y malolientes y atravesaba miríadas de mosquitos. Llegado al edificio de la antigua fábrica de papel, penetró sin vacilación en las ruinas y descendió al sótano.

Cuando percibió los firmes pasos del visitante, Asmodeo pensó que regresaban los soldados. Se acurrucó inmóvil en su agujero, perlado su rostro por los sudores de la muerte, y se encomendó en su corazón a los protectores dioses, en los que nunca había creído, mientras apretaba firmemente un amuleto de Sara del que se había burlado considerándolo una necia superstición del pueblo.

Azar se dirigió derechamente al fugitivo y deteniéndose ante él, le dijo:

–No temas, Asmodeo. Sara me envía con un mensaje. Sus palabras son éstas: Asmodeo, príncipe de mi vida, ya no me verás más. Mi padre me ha otorgado en matrimonio a mi primo Tobías, al cual correspondía según las inviolables leyes de la herencia. No sufras por mí, despierta y prosigue tu camino y que la Diosa te lo depare venturoso y ancho. ¿Qué ganarías casándote conmigo? No soy más que ruina que no da cobijo, puerta que no resiste la tormenta, palacio que los héroes han saqueado, trampa mal disimulada, pringue que ensucia a quien la toca, odre de agua que moja a su acarreador, ripio que se desprende de la muralla y aporrea al viandante, amuleto incapaz de proteger en un país enemigo, sandalia mal ajustada que hace tropezar al que la calza.

Asmodeo escuchó silenciosamente el mensaje de Sara. A medida que descubría en él su propia soledad, sentía una conmoción interior. Había visto muchos edificios esquilmados por los saqueadores y reblandecidos por la lluvia ácida que se habían desplomado hasta dejar en pie solamente, como una cáscara hueca, las estructuras de cemento. Así se sentía él: un cúmulo de huesos unido por tendones y músculos; nervios y vísceras. Inerte e inútil porque la vida lo había abandonado. Le era igual vivir o morir allí mismo. Sentía vértigo y náuseas. Quería morir.

Tomó asiento en un bloque de rotos ladrillos y contempló con expresión al mensajero de Sara.

–¿La has visto? –acertó a preguntar.

Azar asintió levemente.

Asmodeo sollozó en silencio, cubierto el rostro con las manos. Le temblaban los hombros y la espalda, y sentía abrirse en el pecho el caudaloso río del dolor. Azar permanecía a su lado, expectante, en respetuoso silencio. Cuando los suspiros sustituyeron a las lágrimas, posó una firme mano en el hombro de Asmodeo.

–He prometido a Sara conducirte hasta la Puerta Omega –le dijo–. Lo que ocurra después está en manos del Señor, pero yo he de cumplir mi promesa.

Asmodeo alzó los ojos enrojecidos al forastero.

–Está bien –respondió–. Pongámonos en camino cuando tú quieras. –Se acordó de Sapi, que había asistido a la escena, agazapado en su rincón, sin comprender nada, y añadió–: Pero hay otro fugitivo que va conmigo. Es un Mono.

Entonces Sapi se levantó y salió de su escondrijo con una medrosa sonrisa

prendida en la faz, tímido y receloso ante el extraño.

–Está bien –concedió Azar–. Que venga con nosotros.

Y los dos hombres se pusieron en camino, seguidos del medio hombre. Salieron. Caía la tarde. La pestilente niebla empezaba a subir del río y a invadir la ciudad. Atravesaron las calles ruinosas y deshabitadas del barrio León camino de los límites de Nínibe. Manzanas de naves industriales trazadas a cordel, de las que sólo restaban los pilotes de cemento que sostuvieron las estructuras metálicas. Amasijo de ladrillos partidos y fragmentos de uralita entre los matojos brotados de las grietas del asfalto. Asmodeo abría la marcha silencioso, con el rostro ensombrecido por funestos presagios. La dolorosa ausencia de Sara. Detrás de él marchaba Azar, alerta, escudriñando obstáculos, previendo celadas. Y a su lado, intentando torpemente no retrasarse, entre traspiés, asiéndose a todo posible asidero para equilibrarse sobre el suelo sembrado de cascotes, Sapi, balanceando la voluminosa cabeza, el flácido labio babeante. Con el esfuerzo de la caminata acentuaba la estúpida expresión de su rostro.

A las naves industriales sucedía una llanada de asfalto invadida por la arena del desierto. Carcasas oxidadas de automóviles abandonados desde los tiempos del Milenario.

Al fondo, cerrando el desolado paisaje, un muro de ladrillo sin puertas limitaba el campo hasta donde abarcaba la mirada. El remate del muro estaba arruinado. Sólo en algunos sectores perduraban restos del parapeto original con la preceptiva altura de diez hombres. La excelsa barrera trazada a cordel. El muro interior que no tuvo rival. Los desplomes le habían restado grandeza, pero, vencida y todo, la muralla se erguía como un obstáculo insuperable.

Deteniéndose ante ella contemplaron el dintel que databa de siempre. Sobre alfombra de cascotes, polvo y cenizas pasearon por las antaño famosas defensas de Babilonia, por los invencibles cimientos de Nínibe. Su sólida fábrica construida con ladrillos cocidos más duros que la roca, sobre siete capas de asfalto. En el muro carcomido, una lápida de piedra arenisca igualmente gastada y rota contenía la palabra asiría «Kha-rran», es decir, *camino*. Asciende de un topónimo moderno, Harrán, la ciudad mercantil entre Nínibe y Carquemish, jornada del sudoroso camino de Damasco, junto a las lentas aguas del Balikh, veinte leguas al Oeste de Tell Halaf.

–¡La Puerta Omega! –exclamó Asmodeo con voz quebrada por la emoción. Se volvió hacia el duro Azar. El alma humana quiere compartir sus revelaciones y se torna sociable cuando el esplendor del misterio se le manifiesta y la devuelve a su propia insignificancia.

Entonces Azar pronunció una palabra que nadie entendió: *Daath*. Y después dijo.

–No veo ninguna puerta –mientras su mirada de águila recorría la dilapidada retícula del ladrillo.

Sapi, babeante, se unió a los dos hombres. Miraba un rostro y luego el otro con la expresión boba del que intenta seguir una conversación en un idioma que desconoce.

–Y, sin embargo –repuso Asmodeo–, ahí delante está. No la vemos porque la Puerta Omega pertenece a otra dimensión no detectable físicamente.

–¿Es posible? –repuso Azar–. ¿Cómo conoces tales cosas?

–Forman parte de los conocimientos de la Casa de la Vida –repuso Asmodeo–. No es mérito mío. Todo obedece a una explicación racional. En la medida en que los enigmas van teniendo una explicación dejan de ser enigmas. En la Casa de la Vida apenas quedan misterios por desvelar, si acaso el de la muerte del alma, la extinción del yo-mismo.

Continuaron caminando hacia la muralla. Ya no huían. Llegaron al pie del muro. Anchos ladrillos oscuros, sólidos como el pedernal, unidos con cemento y asfalto, les cerraban el paso como un apiñado ejército. Asmodeo recorrió el rugoso muro con sus manos con expresión concentrada, seguido a cierta distancia por los otros. Finalmente se detuvo y señaló un punto preciso igual a cualquier otro entre los ladrillos.

–¡La Puerta Omega! –suspiró liberándose de una angustia infinita.

Y Sapi contempló, con atónita mirada de niño, cómo la mano extendida con que Asmodeo señalaba penetraba en el muro con una especie de leve chisporroteo eléctrico y se desdibujaba y decoloraba hasta tornarse invisible.

Azar asintió, convencido. Había en su mirada, ordinariamente dura e inexpresiva, una especie de admirativa deferencia hacia Asmodeo, aquel hombre desamparado ya por la juventud, débil, fácil presa del terror, más muerto que vivo, y que, sin embargo, había sido capaz de alcanzar la Puerta Omega cuyo acceso está vedado a los propios ángeles.

–Aquí acaba mi cometido –declaró Azar–. Había prometido a Sara traerte hasta la Puerta Omega.

Asmodeo asintió tristemente.

Entonces ocurrió el prodigio. Era ya noche cerrada, pero fue como si habiéndose nublado una negra tormenta, se abriera de pronto el cielo y apareciera una luz maravillosa e indescriptible. Azar, como un relámpago incandescente, se mostró al hombre y al medio hombre en todo su terrible esplendor. De él surgió un hombre del cielo, su rostro y semblante eran como el del rayo, sus ojos tenían el brillo del sol, el cabello resplandecía en su cabeza como el fuego de una antorcha y sus manos semejaban hierros candentes.

Asmodeo, mudo, aterrorizado, inmóvil, turbado el corazón y sombrío el rostro, con el miedo dentro de sus entrañas, recordó las palabras de Nabucodonosor: «Mis fuerzas me abandonan, preveo un pésimo destino. Mi tumba está abierta y de mi mansión ya han tomado posesión otros antes de que yo esté muerto. La desgracia me pisa los talones».

¡Ay, Asmodeo, dolor mío tanto como tuyo! ¿Por qué está agotada tu fuerza e inclinas la cabeza? ¿Por qué está enfermo tu corazón y demudado tu rostro? ¿Por qué el dolor roe tus entrañas?

En el término de su destino, una extraña paz interior invadió a Asmodeo.

Hipnotizado por la angélica aparición aguardaba la muerte sin pesar y sin esperanza, como el irracional cordero que resopla sobre la mesa del matarife, ya inmóvil y tranquilo, notando cómo los dedos expertos del hombre buscan a tientas la vena de su garganta.

¿Quién, amigo, saldrá vencedor de la muerte?

Sólo los dioses viven eternamente, al lado de Shamash. Los hombres tienen contados sus días, todo cuanto hacen no es más que viento. Por orden del Santo ha sido decretado que desde el seno de la madre tal sea su destino.

El ciclón, el viento del Norte, el viento del Sur, el viento de la tempestad, el viento que hiela, el torbellino, el viento de todo mal, ocho vientos se levantaron contra Asmodeo impidiéndole avanzar o retroceder.

Antes de cerrar los ojos, Asmodeo volvió su vidriosa mirada hacia el muro sobre cuyos esmaltados ladrillos se reflejaba vivamente la luz con irisados destellos. Y halló que el muro lucía como una lámpara de esmeralda con los caracteres que formaban el nombre del Santo grabados en su seno. Confusamente, antes de que lo ganara el sopor profundo de la nada, se preguntó qué habría detrás de la Puerta Omega.

Nadie ha viajado jamás por el sendero que se adentra doce leguas en la montaña de arena. La oscuridad reina allí. No brilla luz alguna, ni al salir el sol ni al ponerse.

Cuando cesó el resplandor, Asmodeo yacía en el polvo y se desangraba lentamente a través de su garganta abierta. Sapi le sostenía la cabeza como una madre sostiene la de su hijo enfermo.

—Adiós, amigo —pensó o dijo Asmodeo al reconocer el hermoso rostro de Sapi asomado al profundo pozo de su agonía—. Me voy a la morada de las tinieblas donde habita Nergal; a la casa donde se entra sin esperanza de salir, por los caminos que son de ida y nunca de regreso, a la morada cuyos habitantes nunca tienen luz, allá el polvo es su alimento, su manjar es el lodo, las gentes de aquel lugar están vestidas de plumas, como los pájaros.

Aquella noche, Tobías soñó con Asmodeo, al que no conocía ni había visto nunca. Un espectro pálido y delgado de quebradizos cabellos pegados en la costra de sangre seca que apelmazaba su sien derecha.

—Dime, amigo mío —preguntó Tobías—. Dime la ley del mundo subterráneo que conoces.

—No te diré, hermano —respondió Asmodeo—. Si te la dijera te vería sentarte a llorar.

—Está bien —repuso Tobías—. Quiero sentarme a llorar.

—Lo que has amado, lo que has acariciado y lo que apiada a tu corazón está ahora roído por los gusanos, cubierto de polvo, sumido en el polvo.

Tobías despertó bañado en un sudor frío. Sara reposaba a su lado. Dormía apaciblemente, desnuda, casi bello su nacarado cuerpo a la luz de la luna. Tobías pensó comunicarle su extraño sueño en cuanto despertara, pero luego cambió de idea.

Toda su vida recordaría aquel sueño que guardó en su corazón sin confiárselo a nadie. En el lecho de muerte lo rememoró por última vez y los que asistían a su laboriosa agonía lo escucharon murmurar, sin entenderlo:

–He tenido miedo. He temido a la muerte y he huido a través de los campos. Las últimas palabras de mi amigo son un fardo que me abrumba.

–¡Escapa, Sapi! –murmuró Asmodeo–. ¡Atraviesa la Puerta Omega!

El medio hombre sostenía la cabeza de su amigo con maternal dulzura y no dejaba de llorar. Nadie había visto jamás llorar a un Mono.

–Yo, Sapi, no Mono. ¡Sapi no Mono! ¡Sapi Homo! ¡Sapi hombre, no Mono!

Un silbato lejano convocaba a los guardias. Quizá el súbito resplandor nocturno de la revelación angélica los había alertado y ahora acudían al lugar del prodigio con su rumor de armas, batiendo el pavimento rítmicamente con sus botas claveteadas. Todo ello y la mutua compañía ahuyenta el miedo.

–¡Sí, sí, pero tienes que escapar! –insistía Asmodeo–. ¡Sálvate tú! ¡Escapa! ¡Huye! Asmodeo está muerto. Voy a morir. ¡Sálvate tú, amigo!

–Sapi homo. Sapi amigo. Sapi espera –insistía el Mono tercamente, intentando cargar con el moribundo. Pero Asmodeo agrupaba sus débiles fuerzas para resistirse. Se zafaba de las torpes manos de su amigo. La sangre manaba de sus heridas, oscura y abundante. Había salpicado la cabeza calva de Sapi y le resbalaba por el rostro mezclada con las lágrimas.

Estertor, esa terrible palabra asociada a la violencia de la muerte o del gozo.

Las voces de los guardias se percibían más cercanas.

–¡Escapa, Sapi, huye!

Sapi sostenía el cuerpo de Asmodeo. Lo zarandeó, le dio la vuelta, lo miró a los ojos, apoyó su oreja sobre el pecho inmóvil. Cuando se cercioró de que su amigo había muerto levantó la cabeza y profirió un largo aullido bestial, un alarido lastimero que resonó extrañamente en los aposentos de la ruina circundante. Y en la aparición de aquellas sus primeras lágrimas, quizá sea una ilusión mía, pero creo que brilló un destello de inteligencia.

Rafael se le acercó. ¿Valía la pena matar a un Mono fugitivo? ¿Cómo podía un Mono irracional ser fugitivo? Las propias palabras del Mono parecieron ahondar la perplejidad del ángel.

–Sapi, homo. Sapi no Mono. ¡Hombre! ¡Homo!

Rafael mantuvo en alto, un momento más, su flamígera mirada. Brillaba el hierro herido por el sol interior como un ascua de incandescente oro y el fulgor del hierro de la muerte reverberaba a lo largo de la mano y del brazo y de la cabeza gloriosa, y toda la figura del ángel era como un halo incandescente y cegador.

–¡Sapi homo. No Mono! –tornaba a insistir la voz amedrentada de Sapi, acurrucado, apretados los ojos, esperando el golpe fatal, palpitante avecilla ya perdida.

Rafael clavó en el sol su dura mirada. Lo dudó un instante y luego bajó el hierro

con absorta lentitud. Miró a Sapi y le ordenó:

—¡Vete, escapa!

Sapi abrió los ojos con medrosa parsimonia y vio que el ángel despreciaba su vida y lo dejaba marchar. Dulcemente dejó descansar sobre el suelo la yerta cabeza de Asmodeo. Obediente al gesto de Rafael, se encaminó a la Puerta Omega. Antes de desaparecer volvió la cabeza para mirar, por última vez, al hombre muerto y luego atravesó la puerta. El muro se cerró sobre sus formas borrándolas. Allá se perdió Sapi para librar una batalla incierta consigo mismo, para transitar en terrible soledad por caminos desconocidos. Corazón ya sin reposo. Homo.

Esto que cuento ocurrió y ocurrirá antes de la Plaga, antes de que Hammurabi esculpiese en piedra las antiquísimas leyes futuras de los sumerios.

Cada cierto tiempo vuelve a acontecer.

Cuando termina una vasija, la diosa Aruru se moja las manos, toma una pella de arcilla y empieza a modelar otra. Incesantemente, desde lo más profundo de los tiempos, allá donde no hubo tiempos, allá donde tiempos no habrá. Unas vasijas se van rompiendo, otras se desportillan, otras acaban convertidas en molidos añicos, otras permanecen oscuras en el fondo de los lodos fluviales o habitadas de cangrejos bajo profundos océanos.

Amasijo en las manos de Aruru, cocido en el horno sabiamente construido. Polvo y agua.